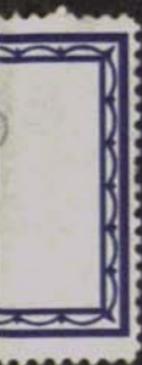


ELISEO RECLUS

Mis □ □ □ □
Exploraciones
en América



RECEIVED
W. A. RIVERS
EMERGENCY

F.A. (C)
910.4
(8)
REC

Ex-Libris
els gnoms



llibreria antiquària

c/. Avingó, 18

tel. 93-302 14 19

08002 Barcelona

FA

910.4

(8)

HISTORIA II

REC

MIS EXPLORACIONES
EN AMÉRICA

UNIVERSIDAD DE ALCALÁ



5902968229

ELÍSEO
RECLUS



Mis exploraciones en América

Traducción de A. López Rodrigo



Biblioteca de ESTUDIOS
Apartado núm. 158. -- VALENCIA

BUAH

R. 6282

V.P. PASCUAL QUILES, GRABADOR ESTEVE, 19.-VALENCIA

PRÓLOGO

En 1855, un proyecto de explotación agrícola, y sobre todo de amor a viajar, me indujo a visitar Nueva Granada. Después de una estancia de dos años en este país, volví sin haber podido realizar mis proyectos de colonización y de exploración geográfica; sin embargo, a pesar de mi fracaso me considero feliz por haber recorrido tan admirable comarca, una de las menos exploradas de la América del Sur, continente en sí muy poco conocido.

Hoy el hombre pasea su nivel por los llanos y montes de la vieja Europa; se cree bastante poderoso para luchar victoriosamente con la Naturaleza y quiere transformarla a su imagen y semejanza, regularizando las fuerzas impetuosas de la Tierra. Pero, no conociendo la Naturaleza que pretende dominar, la vulgariza, la hace fea, y, actualmente, se puede viajar cientos de lenguas sin ver más que porciones de tierra cortadas en ángulo recto y martirizadas por el hierro. Por lo tanto, ¡qué alegría produce poder admirar una tierra joven todavía, prolíficamente fecundada por las ardientes caricias del sol! En ella he visto la manifestación del caos primitivo agitándose en los pantanos, donde pulula sordamente toda vida inferior. A través de inmensos bosques que cubren con sus sombras territorios más grandes que nuestros Estados de Europa, he penetrado hasta las montañas que se levantan como enormes ciudadelas con sus cimas perpetuamente heladas, cubiertas de atmósfera polar, sobre el eterno estío. Y, sin embargo, el espectáculo admirable de tan magní-

fica Naturaleza, resumen del esplendor de todas las zonas, me ha sugestionado menos que la presencia de los pueblos que habitan en esas soledades. Se componen de grupos aislados todavía, comunicándose apenas a través de los pantanos, los bosques y los montes; su estado social es aún muy imperfecto, y sus elementos de lucha se desenvuelven aún en una efervescencia primitiva; no obstante, están dotados de todas las fuerzas vivas que determinan los éxitos, porque en ellos convergen las cualidades distintivas de tres razas: descendientes a la vez de los blancos de Europa, los negros de Africa y los indios de América, son más que los otros pueblos los representantes de la humanidad en ellos reconciliada. Al ponerme del lado de ese pueblo, lo hago con todo el entusiasmo de mi alma: creo en él, en sus progresos, y espero que su influencia será feliz en la historia del género humano. La República granadina y las demás repúblicas sus hermanas, son aún débiles y pobres; pero llegará un día en que formarán parte de las naciones más poderosas del mundo, y los que hablan con desprecio de la América latina, no viendo en ella más que una presa de la invasión anglosajona, no hallarán, tal vez en no lejano día, bastantes elogios para cantar su gloria. Entonces las alabanzas se volverán hacia el sol naciente: séame permitido adelantarme en celebrar los primeros resplandores de la aurora.

¡Cuán grande no sería la prosperidad de Europa si todos los pueblos, nacidos para ser libres, fueran en efecto libres e independientes unos de otros! Pues bien, esta cuestión tan temida de los pueblos oprimidos, cuestión llena de lágrimas y sangre que nos tiene continuamente bajo la presión de dolorosa angustia, que hace mantener afiladas tantas bayonetas, fundir tantos proyectiles y mantener millones de hombres sobre las armas, casi no existe en la América meridional. Salvo algunas tribus de indios que se mezclaron fácilmente, como se han mezclado ya muchos millones de aborígenes, todas las sociedades hispano-americanas pertenecen a una misma nacionalidad. Esas repúblicas del Sur, que no cesan de citar como ejemplo

de discordias, son, al contrario, los Estados más próximos de la tranquilidad y de la paz; sus divisiones sólo obedecen a diferencias de asuntos locales, y las vías de comunicación harán más para reconciliarlas que las guerras sangrientas. Los hispanoamericanos son hermanos por la sangre, por las costumbres, por la religión política. Todos tienen del blanco la inteligencia, del indio el indomable espíritu de resistencia, del africano la pasión y la ternura natural que, más que todas las otras causas, ha contribuido a fusionar en una las tres razas durante largos siglos de elaboración. En la América del Sur no hay Alpes ni Pirineos; los habitantes de una y otra vertiente de los Andes son verdaderos hermanos.

El continente sudamericano presenta una sencillez de contornos y relieves que define perfectamente su destino; es uno al igual que la raza que en parte lo puebla. Triángulo inmenso, bastante más grande que nuestro continente de Europa, carece casi de grandes penínsulas y de profundas bahías; sus costas se prolongan uniformemente desde la zona tórrida hasta los fríos y brumosos mares boreales. Atravesado en toda su longitud por una cadena casi recta de montañas y parecida a una gigantesca espina dorsal, está regado por los más hermosos y caudalosos ríos de la tierra, corriendo todos en la misma dirección y ramificándose con igual regularidad que las arterias de un cuerpo orgánico. Este continente no puede ser cuna más que de una sola nacionalidad, y esta nación, que ahora viene a la vida, cuenta ya con más de veinte millones de hombres, pertenecientes a la misma raza, en la cual se han fundido como en un crisol todos los pueblos de la Tierra. Cuando el Viejo Mundo, demasiado poblado, mande a sus hijos por millones a las soledades de la América del Sur, ¿turbará el flujo de la emigración esta unión de razas que se efectúa ya en las Repúblicas hispanoamericanas, o bien, la población actual de la América meridional será bastante compacta para reunir en un mismo cuerpo todos los elementos que le vengan de fuera? Esta última alternativa, que nos parece la única verdadera, producirá la reconciliación

final de todos los pueblos de origen diverso y el nacimiento de la humanidad a una era de paz y felicidad. Para un nuevo estado social es preciso un continente virgen.

Y en la historia futura del continente, ¿qué papel le está reservado a Nueva Granada? Si las naciones se parecen siempre a la naturaleza que las produce, ¿cuántas cosas buenas no tenemos derecho a esperar de ese país donde se aproximan los dos océanos, donde se hallan superpuestos todos los climas, donde crecen todos los productos, en donde cinco cadenas de montañas ramificadas en forma de abanico crean una tan maravillosa diversidad de sitios? Por su istmo de Panamá servirá de punto de cita a los pueblos de la Europa occidental y a los del extremo Oriente: en él, tal como lo presentía Cristóbal Colón, vienen a juntarse las dos extremidades del anillo que rodea al globo.

Yo no puedo ocultarlo: Nueva Granada es un país al que amo con tanto fervor como a mi país natal, y hacer conocer a mis lectores este país admirable y lleno de porvenir es para mí motivo de infinita alegría. Si consiguiera volver hacia esa hermosa comarca una pequeña parte de la emigración europea, mi satisfacción sería inmensa. Ya es tiempo de que el equilibrio se establezca entre las poblaciones del globo y de que Eldorado cese al fin de ser una soledad olvidada.

ELISEO RECLUS

Colón-Aspinwall.—Camino de hierro de Panamá

Avanzando hacia tierra, empujado por una vela, con la frente acariciada por el viento suave que agitaba la superficie del mar, esperaba, de pie sobre la popa del steamer «Filadelfia», que los primeros resplandores del alba alumbraban las montañas de Porto Bello. Desde hacia algunas horas tenía los ojos fijos a través de la oscuridad, en el horizonte negro, por todas partes estrellado; por fin, las estrellas se fueron apagando unas después de otras; el vago centelleamiento de la Vía Láctea se borró y los primeros reflejos de la aurora aparecieron por Occidente, como un vasto lienzo blanco sobre la tierra. La masa de los montes estaba envuelta aún en las sombras, y gradualmente la luz descendió por todas las vertientes, colorando las más lejanas y elevadas cimas con una tinta azul, apareciendo en las escarpaciones más próximas los bosques desparramados como mantos de verdura, y mezclando con matices de rosa la capa de niebla que se extendía sobre la costa, entre el mar y el pie de las primeras colinas. Luego se rasgó el manto de vapor, dispersándose en jirones alrededor de los arrecifes y sobre la superficie de las aguas, descubriéndose el vasto puerto de Aspinwall o Navy-Bay, dulcemente difuminado entre los dos verdes promontorios de Chancres y Limon. Al mismo tiempo, los rayos del sol naciente, acariciando oblicuamente las olas, pero sólo en sus cabelleras de espuma, cambiaron en una larga línea de oro la blancura que rodeaba los muelles de Colón-Aspinwall.

Vista desde el mar, la población presenta el aspecto de las ciudades de la América del Norte, construídas

rápídamente en el espacio de algunos años. Las casas, de altura desigual, se ven separadas por la playa baja y pantanosa de la isla de Manzanillo, y por el lado de Oeste se aproximan lo suficiente unas construcciones a otras para formar calles. En los terrenos no ocupados por los edificios, grandes árboles desramados se ven en pie todavía. Al otro lado del estrecho, brazo de mar que separa la ciudad del continente, se presentan, innumerables y copudos, los árboles del bosque. Un gran barco a vapor y cinco o seis goletas se balancean sobre las aguas al lado de las embarcaciones naufragadas, masteleros y palos aparecen poblados de infinidad de crustáceos; cerca del puerto, un viejo barco, con el casco podrido, espera un golpe de mar para zozobrar completamente y contribuir a la obstrucción del puerto. Los rompeolas y plataformas están materialmente llenos de hulla, dogas para barriles y otras maderas. Los vagones, empujados por hombres o arrastrados por mulas, van y vienen incesantemente entre los navios y la estación del camino de hierro de Panamá, bonita y graciosa casa en la que, cuatro palmeras con el tronco torcido, proyectan sobre su fachada, resplandeciente de blancura, una apacible sombra que la hace destacarse perfectamente del fondo verde del bosque. Una pared y un rayo de sol es bastante para formar un cuadro maravilloso bajo el hermoso cielo tropical.

Apenas desembarcados, los trescientos pasajeros del «Filadelfia» fuimos asaltados por una multitud de hombres de todas las razas y países, negros de Jamaica, de Santo Domingo o Curaçao, chinos, americanos, irlandeses, hablando o «jergueando», cada uno en su lengua o su dialecto, desde el francés e inglés más puro hasta el «papamiento» (1) más corrompido.

Hostigados por la ávida multitud, arrastrados casi de viva fuerza, los pasajeros fuimos tumultuosamente separados y conducidos hacia innumerables hoteles, posadas o bodegones, de que la ciudad está llena. Yo creía haberme salvado de la multitud refugiándome detrás de un montón de hulla, pero un negro de Santo

(1) «Papamiento», mezcla de palabras españolas y holandesas.

Domingo acertó a «descubrirme» y, acercándose a mí con un saludo en tres idiomas se impuso como mi guía, y en toda la mañana no pude separarme de mi importuno defensor.

Colón tiene en toda la América tal reputación de insalubridad, que yo esperaba ver un gran cementerio en donde sombras de hombres se pasearían temblando, consumidos por las calenturas, pero me llevé chasco; no es así.

Los negros y los mulatos que forman la gran mayoría de la población de Aspinwall tienen todos una salud y una alegría que tranquiliza el corazón de los recién desembarcados; se encuentran allí en un país parecido a aquel de donde fueron arrancados sus padres, y, como las plantas tropicales, vegetan espléndidamente sobre esta tierra fecunda y cenagosa calentada por un sol de fuego. Viendo su marcha tranquila y su cara risueña, se comprende que aquí estén en su patria y que el porvenir del istmo les pertenece, lo mismo que las demás regiones de la América tórrida. En cuanto a los blancos y a los chinos, los que han podido resistir a la terrible calentura, parecen sostenidos o hasta aclimatados por la ardiente sed de riquezas, que les ha hecho ir a establecer sus industrias en el país mismo de la muerte. Un fuego sombrío, brillando en sus miradas casi feroces, anima sus caras amarillas y descarnadas. Sus movimientos alternativos y nerviosos demuestran que no viven de la existencia natural del hombre, y que han sacrificado a la ambición todo sentimiento de paz y de tranquilidad. El padre que obligue a vivir a sus hijos en esta población puede estar seguro de que los mata, lo mismo que si les clavara un puñal en el pecho; con todo, hay quien no reflexiona, y desafiando la muerte para él y para los suyos, se marcha tranquilo y resuelto a esperar en Colón el ave de paso que, los peligros a que se expone, le dan hasta el derecho de saquear. Puede morir en la lucha, es cierto, pero si se puede sostener por la tétrica energía de la codicia, podrá retirarse luego de algunos años de trabajo a Nueva York o a San Francisco, con su cartera repleta de billetes.

Además, es bastante raro que los aventureros que de todo el mundo van a Colón, lleven con ellos niños ni mujeres. Estas forman una minoría insignificante de la población, y sabido es que toda sociedad donde faltan mujeres conviértese necesariamente en grosera, inmoral, impúdica. Lejos de las miradas de nuestras compañeras, que encantan y subyugan hasta los seres más sombríos, el hombre pierde completamente todas sus buenas costumbres, toda su dignidad; se precipita de lleno en el vicio y, avergonzado, con la cabeza baja, se complace secretamente hasta hacer de su embrutecimiento una gloria. Sólo los lazos del comercio atan a los miembros de esta sociedad unos con otros. ¡Desgraciado de aquel que no pueda ofrecer nada a cambio del servicio que pide!

El edificio más grande de la ciudad es el hospital. Un enfermo puede hacerse cuidar con relativa atención mediante el pago de 100 pesetas al entrar y 25 cada uno de los siguientes días; sin esto, puede estar seguro de que morirá como un perro, sin que nadie se ocupe de él. Un extranjero muerto de sed en una calle de Colón, puede arrastrarse largo tiempo de casa en casa, seguro de no hallar un blanco caritativo que le dé gratuitamente un vaso de agua: ¡sólo los negros, despreciados y odiados, tendrían la generosidad de mojar sus labios! Yo no olvidaré jamás el aspecto de la sala de fonda donde yo entré para comer y reponerme del mareo. Alrededor de una mesa de madera, ennegrecida por el uso, se sentaban un centenar de pasajeros de todas las nacionalidades. La mesa parecía una escena de saqueo; cada cual se precipitaba sobre el plato que más le gustaba y procuraba asegurarse la mayor parte; los gritos, amenazas y disputas partían de todos los lados. En un extremo de la sala, un grupo de californianos, con los ojos huraños, los cabellos en desorden y las ropas hechas pedazos, se jugaban su dinero y el polvo de oro, sin preocuparse de los extranjeros que acababan de invadir el hotel; en el grupo reinaba el más profundo silencio, interrumpido solamente, según los azares del juego, por risas sardónicas y blasfemias.

Una mujer, en otro tiempo blanca, amarilla por la fiebre, presidía el servicio de la mesa. Sus ardientes y grandes ojos rodaban en órbitas demasiado anchas; su piel enjuta comprimía sus ojos, y su frente, desmesuradamente grande, parecía de mármol; sus labios violáceos y siempre abiertos dejaban ver sus encías, blancas por la anemia, y bajo sus ropas anchas se adivinaba que en otro tiempo debió haber hermosas y voluptuosas formas.

De su antigua belleza sólo le quedaba una abundante cabellera, sirviendo de marco a su cara completamente marchita. Y, sin embargo, esta mujer, que parecía formar parte del mundo de los muertos, no demostraba ningún desfallecimiento; su voz era decidida, su mirada intrépida, sus ademanes soberanos, desenvueltos. Parecía estar sostenida por una fiebre más terrible que la que minaba su existencia: la fiebre «sagrada» del oro.

La calle mayor de Colón presenta un aspecto extraño: banderas de todos los colores flotan en el aire, en todas las puertas y ventanas como en una calle de Pekín; blancos, negros y chinos gritan, gesticulan y se baten; niños completamente desnudos se revuelcan por el polvo y en el barro; cerdos y perros devoran sin disputa la multitud de carroñas y basuras que llenan la calle, y los buitres, parados al borde de los aleros, contemplan el espectáculo con ojos llenos de avidez; monos atados por todas partes braman enfurecidos, y los papagayos y loros de toda especie lanzan al aire sus gritos estridentes: es un extraño barullo, en medio del cual no se puede entrar sin cierto espanto. Sólo los indios faltan en esta Babel. Perseguidos por el invasor de su país, apenas si se atreven a rodar tímidamente por las inmediaciones de la ciudad, que se eleva, por encantamiento, sobre una isla pantanosa.

La bandera tricolor de Colombia flota sobre la casa consistorial de Colón-Aspinwall; pero la autoridad colombiana, lejos de gobernar, puede considerarse dichosa de que la toleren. La Compañía de los Caminos de Hierro, declarada simple propietaria de la isla, por acuerdo del Congreso colombiano, es en realidad la

verdadera soberana de las vertientes atlánticas del istmo, y sus decisiones, sean o no ratificadas por el jefe político de Colón y por el Congreso de Bogotá, son realmente fuerza y ley. Los americanos son los primeros que, sin temor a nada, han puesto el pie sobre ese islote malsano de Manzanillo y han construido una población de casas, chozas y cobertizos, desde donde han llamado a todos los hombres avaros de la tierra, diciéndoles: «Haced lo que nosotros; exponed vuestra vida por las riquezas.» Hasta han llevado desde los Estados Unidos, ya construídas, la mayor parte de las casas, y las harinas, carnes y otros comestibles vienen también de allí. La ciudad es creación suya, y se sienten con el derecho de gobernarla; para hacerse una idea de su dominio, basta decir que le han dado el nombre de uno de los mayores accionistas de la Compañía: el del negociante Aspinwall. Y este nombre lo comparte aún con el de Colón, que los granadinos dieron a la ciudad naciente, en conmemoración del célebre navegante que descubrió la isla de Manzanillo.

Los agentes de la Compañía americana son los únicos responsables de la salubridad de la ciudad; si quisieran ocuparse del saneamiento, la población, de cinco mil habitantes que actualmente tiene, se doblaría o triplicaría en el espacio de algunos años; sólo que, en vez de secar los pantanos, han hecho otros artificiales. Para construir un gran depósito de piedra negra, los ingenieros han elegido una línea de arrecifes a poca distancia de la orilla, y el pequeño lago que han separado así de la bahía se ha convertido en una ciénaga infecta, llena de desechos putrefactos, cubierta de un sedimento bajo el cual germina la temible «fiebre de Changres». Frœbel, que ha visitado la desembocadura del río Changres, y de la cual hizo una hermosa descripción, dice haber distinguido perfectamente en su lengua el gusto de los distintos miasmas del paludismo.

El camino de hierro, con una sola vía que une Colón con Panamá, no tiene más que unos setenta y dos kilómetros de largo, y atraviesa el istmo casi en línea recta de Noroeste a Sureste. Ha costado más de 500.000

pesetas por kilómetro, suma enorme comparada con lo que han costado otras vías de América; sin embargo, y dígase lo que se quiera, los trabajos importantes y artísticos no tienen nada de particular ni gigantesco. Fuera de un puente sobre el río Changres y otro para unir la isla de Manzanillo con el continente, lo demás, y esto mismo, hace ya muchos años que los ingenieros saben vencerlo. El mayor obstáculo para la construcción de esta línea fué la terrible mortandad de los obreros. La promesa de un sueldo exorbitante sedujo de un modo irresistible a muchos miles de hombres de toda raza y nacionalidad, y acudieron allí de todas partes bravos trabajadores que empezaron con valentía los trabajos, con los pies en el cieno ardiente de los pantanos, clavando pilotajes en el barro, arrojando arena y piedra en los lagos corrompidos.

¡Cuántos desgraciados, hostigados por el insecto malhechor, aspirando constantemente los pérfidos miasmas del agua, entontecidos por el sol inclemente que quema la sangre en las venas, se han arrastrado penosamente sobre la tierra hasta dejarse caer para no levantarse jamás!

Es un proverbio popular el que la vía de Colón a Panamá ha costado un hombre por traviesa. Tal vez esto sea una exageración, pero lo cierto es que la Compañía no ha juzgado prudente publicar una estadística de los muertos. Los irlandeses, más expuestos que los demás a causa de la exuberancia de su vitalidad y de la riqueza de sangre, fueron casi todos exterminados, hasta el punto de que los agentes de la Compañía renunciaron a hacer venir de Nueva York o de Nueva Orleáns más obreros de esta nación. Los mismos negros de las Antillas sufrían bastante los ataques del clima, y, poco deseosos de aumentar sus economías en detrimento de la salud, se retiraron en gran cantidad, a la Jamaica y a Santo Tomás, a gozar las dulzuras del *far niente*. En cuanto a los chinos, robados de las playas de Macao, o que, atraídos por magníficas promesas, abandonaron su país para enriquecerse al otro lado del Pacífico, se les vió morir a millares, de fatiga y desesperación. Muchos de ellos se suicidaron para

librarse de los sufrimientos de la enfermedad que empezaba a retorcerles los miembros. Se cuenta que, cuando la epidemia estaba en su apogeo, una multitud de esos pobres expatriados fueron en masa a acostarse un día, a la caída de la tarde, sobre las playas arenosas de la bahía de Panamá, que se veían libres, desde hacía algunas horas, de las aguas de la marea. Silenciosos, sombríos, mirando por Occidente el sol que se ponía por encima de su patria, tan distante de ellos, esperaron resignados, estoicos, que la marea subiera. Bien pronto, en efecto, las olas llegaron en tropel sobre las arenas de la playa; los desgraciados se dejaron arrollar sin exhalar un grito y la mar cubrió el inmenso lienzo sobre ellos y su desesperación.

La vía férrea del istmo está muy lejos de producir a la humanidad y al comercio los servicios que era de esperar. La falta corresponde completamente al monopolio y a la tarifa exorbitante de los precios exigidos por la Compañía, que hace pagar a los pasajeros la enorme cantidad de 125 pesetas por un simple trayecto de 72 kilómetros, y pide hasta 100 pesetas por una tonelada de géneros expedidos en gran velocidad. Por eso el camino de hierro apenas si transporta de un mar a otro unos cuarenta mil viajeros por año, es decir, menos que nuestras líneas del Oeste en un día. El movimiento de mercaderías entre los dos océanos representa el valor total de un tercio de millar; y aun los artículos expedidos consisten en oro de California, en plata de Méjico y otros objetos que representan un gran valor en muy poco volumen. Todas las mercaderías de mucho volumen, exportadas de un mar a otro, siguen todavía el camino de cabo Horn: por más que el valor total se eleve a un término medio de mil millones aproximadamente, la Compañía no piensa en rebajar la tarifa por sacar su parte de beneficio en el comercio importante. Antes que pagar el precio enorme al estipulado por la Compañía del Camino de Hierro para el transporte de mercancía, los negociantes de Nueva York o de San Francisco prefieren imponer a sus géneros el salto de 9.600 kilómetros y una prolongación de sesenta días de marcha en medio de las tem-

pestades del Océano austral. Excepción hecha de los grandes transportes que hacen el viaje regular de pasajeros y de Correo, casi todos los navíos que abordan Colón y Panamá son simples goletas que hacen el servicio de cabotaje entre los puertos de Nueva Granada y América Central. Esto no obstante, el transporte de pasajeros y metales preciosos basta para hacer ganar el 40 por 100 anual a los accionistas de la Compañía; dentro de poco podrán aún aumentar los beneficios, vendiendo las cien mil hectáreas de tierras fértiles que les ha concedido la República granadina.

Hasta el día, la Compañía del istmo no ha tenido más que una sola competencia que temer: la de los barcos a vapor del lago de Nicaragua, y también un poco las piraterías de Walker y las intrigas de los plenipotenciarios americanos, que exigen para los Estados Unidos una casi soberanía sobre la línea de tránsito, y que han hecho cesar completamente esta competencia durante algunos años. Tarde o temprano, sin embargo, las vías férreas interoceánicas de Tehuantepec, de Honduras, de Costa Rica y del istmo de Chiriquí quedarán terminadas, y hasta es posible que Nueva Granada, justamente descontenta de la Compañía de Panamá, no le pague el interés anual convenido y permita a una Compañía rival la construcción de otro camino de hierro entre los dos mares. Es evidente que este istmo alargado, que tan graciosamente se pliega entre las dos Américas, en una longitud de 2.200 kilómetros y separa con su estrecha banda de perpetua verdura los inmensos lienzos azules de los dos grandes océanos del mundo, no debe continuar siendo siempre una soledad triste en donde apenas si de distancia en distancia germinan algunos embriones de población. Un día vendrá en que los pueblos todos de la tierra se reunirán en este istmo: Constantinopla y Alejandria se construirán en la desembocadura de sus ríos, y sus prados y pantanos se convertirán en tierras fértiles; el volcán pagano de Momotombo, que, según la tradición, tenía el «deber» de «tragarse» a todos los misioneros cristianos, admitirá, sin duda, sobre sus vastos flancos a los leñadores y agricultores pacíficos.

II

El «Narciso».—Porto Bello.—Los indios. El Golfo de Auraba

Mi deseo era ir hasta Panamá, por ver el istmo en toda su longitud y contemplar al mismo tiempo las aguas del Océano Pacífico; pero para ello tenía que esperar durante todo un día y una noche a que saliera un tren, y tan larga estancia en un hotel, construido en las inmediaciones de un pantano, me hacía muy poca gracia. Además, tenía mucha prisa de llegar al pie de Sierra Nevada, finalidad principal de mi viaje, y me despedí de mis compañeros. El vapor inglés que hace el servicio regular de las costas de Nueva Granada, no debiendo pasar hasta una docena de días después, tenía prisa de ir al puerto y ver si podía aprovechar alguna goleta que fuese a Cartagena. Afortunadamente, una embarcación, con todas las trazas de una cáscara de nuez, estaba levantando su áncora o lo que fuera; no tuve más que el tiempo preciso de mandar traer mi maleta, de meterme en un esquife y de subir a bordo de la goleta, que ya empezaba a balancearse frente a Aspinwall; luego bajé a la bodega para dejar mis efectos entre dos sacos de cacao, y cuando subía la escalera peligrosa, estábamos ya en medio de la bahía.

El «Narciso» era una pequeña embarcación de veinticuatro toneladas de porte y tan mal acondicionado, que el único espacio libre, por donde me podía pasear no tenía más de dos metros de largo. A cada instante la altura de las olas nos ocultaba el horizonte y, a juzgar por la sugestión, parecía que la ciudad, allá lejos,

salía del seno del mar para abismarse en él a cada momento. Cuando llegaba una ola, el palo bauprés de nuestra embarcación se sumergía en ella, y el agua corría hasta mí. El espacio enjuto era bien pequeño, y, sin embargo, era preciso contentarse con él, procurando instalarme lo mejor posible; con la espalda apoyada contra la borda de estribor, haciendo presión con los pies sobre el reborde de la escotilla y al mismo tiempo abrazado a un cable, formaba cuerpo con la embarcación; parecía un madero amarrado sobre el puente. Esta posición me permitía contemplar las olas, en las cuales se reflejaban transparentes medusas, y ver cómo los tiburones hendían la superficie del mar con sus alas dorsales, triangulares y cortantes como cuchillo de guillotina.

La dotación del «Narciso» se componía de cuatro hombres: el propietario, el capitán, un marino y el grumete. El primero era un negro hercúleo de cara grande y plácida. Acostado sobre el puente, miraba con profunda satisfacción la vela de su navio hinchada por el aire, los sacos de cacao amontonados en la bodega y al humilde pasajero tendido a su lado. Gozaba voluptuosamente, considerándose dueño de la goleta, y se complacía mirando desde ella el mar agitado sobre el que flotaba su embarcación; entregado enteramente a sus ensueños, se ocupaba muy poco de las maniobras y apenas si de tiempo en tiempo se cogía flemáticamente de una cuerda para ayudar a un cambio de rumbo u otra operación cualquiera. Por lo demás, era de un candor inefable y deseaba ver a todos sus compañeros tan felices como él; si el capitán no hubiera mandado; si el grumete y el marino se cruzaran de brazos, él se dejaría tranquilamente encallar sobre un arrecife, sin que la satisfacción, pintada en su semblante, sufriera ninguna alteración. Verdadero tipo del negro de las Antillas, se llamaba cosmopolita y vagaba de ola en ola, de tierra en tierra, como un alción. Hablaba igualmente mal todas las lenguas y todos los dialectos de los pueblos establecidos en las costas del Mar Caribe, respondiendo igualmente al nombre de don Jorge, que al de John o al de Jean-Jacques.

El capitán, joven, guapo, activo, pero muy hablador, impaciente y colérico, no ocultaba el desprecio que le inspiraba su plácido armador; no obstante, tenía el buen sentido de no exacerbarlo. Hijo de un francés casado en Cartagena, José María Monton tenía indudablemente un gran parecido con su padre, a juzgar por sus ademanes y su vivacidad; sólo había cogido del país de su nacimiento los hábitos y las supersticiones, y no sabía ni una palabra de la lengua de sus ascendientes. Con importuna curiosidad no separaba de mí su vista. En todas sus palabras había un cierto acento de desconfianza, y sólo se sentía amable y cariñoso cuando se dirigía al marino. Este, siempre silencioso, adivinando anticipadamente el menor deseo del capitán, trabajaba sin descanso en las velas, las cuerdas y las cadenas; me parecía un ser indefinible. No sólo es que no hablaba, sino que no miraba, y andaba sin producir ruido alguno, volando como una sombra de un extremo al otro de la goleta. ¿A qué raza pertenecía? ¿Era negro, español o mestizo? Su tez morena podía haber sido curtida por las lluvias, las tormentas, los huracanes y el sol abrasador; su mirada podía haber quedado sin expresión a fuerza de contemplar el espectáculo de tantos miles de ondas agitadas en la superficie de los mares. Apenas si me hubiera extrañado saber que era un holandés cuyos ascendientes vagaban, desde muchos siglos, errantes por el océano; uno de esos seres que, cuando la tempestad se prepara, agitan desde la proa del navío sus brazos envueltos en la niebla. En cuanto al grumete, era sencillamente un niño, sucio y perezoso como una serpiente; estaba siempre dormido y nadie podía despertarle sino el capitán y aun a grandes patadas.

Don Jorge, cuyas comidas eran frecuentes y abundantes, ocupaba el resto del tiempo vigilando sus aparejos de pesca que había atado al exterior de las bordas del navío. Durante el primer día, su pesca fué extraordinariamente fructuosa; sacó infinidad de peces, cuyos nombres bárbaros no recuerdo. El segundo día pescó un dorado y un tiburón joven que medía unos dos metros de largo.

Para coger estos animales cortan los marinos un pedazo de tela blanca en forma de pescado volador, lo atan a un grande anzuelo y lo arrojan sobre la estela; luego empiezan a silbar como un boyero cuando lleva el ganado al agua. El pescado, seducido por el llamamiento, se arroja sobre el pedazo de tela blanca y se traga el anzuelo..., y los que no han tenido vergüenza de engañar al pescado, lo suben hasta el puente, lo golpean y lo hacen pedazos; luego, saboreando anticipadamente el festín, arrojan alegremente sobre el asador lo más sabroso del animal. Se dice que los náufragos del *Meduse* prefirieron devorarse entre sí a comer tiburón; yo no participé de sus escrúpulos y me asocié con la dotación para satisfacer mi apetito con la carne del pobre pescado. Declaro que me parecía exquisita; pero, comiendo, no pude verme libre de un remordimiento. ¿Con qué razón me quejaré yo si otros tiburones vengan en mí a su hermano asesinado? Así va el mundo.

Al anochecer del primer día, el capitán, que durante la jornada había hablado no muy poco, dirigió la palabra a don Jorge, se acercó a él, y, adquirida confianza por la dulce y misteriosa influencia de la noche, condescendió a entrar en conversación. Primero habló de negocios, luego de viajes, pero después de fantasmas, y bien pronto oímos contar una leyenda del tiempo de la Inquisición llena de horribles detalles. Era la historia de un alma cargada de crímenes, oscilando sobre la boca del infierno, y disputada por los ángeles y los demonios. Por fin, éstos se apoderaron de ella, y el alma desesperada fué sumergida en las llamas del abismo. Era probablemente la milésima vez que el capitán relataba esta leyenda, porque sus palabras, que no tenía necesidad de buscar, se convertían en frases precisas y sonoras, adquiriendo su expresión cierta elocuencia salvaje en la descripción de los tormentos infernales. Don Jorge, contento de este relato que estimulaba la digestión, gozaba visiblemente de su propio miedo, mientras que el grumete, apoyado sobre sus codos y acostado boca abajo sobre el puente, fijaba sus ojos en el capitán y sentía cómo su alma misma

se le escapaba de espanto. El marino, siempre solitario, estaba de pie sobre la proa del «Narciso», y su alta estatura, medio cubierta por las jarcias, se dibujaba como un negro fantasma sobre el mar fosforescente.

A nuestra sesión puso fin una fuerte lluvia, y capitán, armador, grumete y pasajero nos dimos prisa en bajar a la bodega para acostarnos sobre los sacos de cacao. Mis compañeros, acostumbrados a esta clase de cama, se durmieron bien pronto profundamente, pero a mí me fué imposible imitarlos. Las cáscaras del cacao, duras como piedras, me penetraban en la carne; repugnantes insectos, los más gruesos que he visto en mi vida, me picaban las piernas y brazos y se paseaban por mi cara; el aire mefítico de la sala, y, sobre todo, el olor penetrante del cacao, me sofocaba. A cada instante subía la escalera para respirar un poco de aire puro por la abertura de la bodega, pero la lluvia incesante me obligaba a bajar al antro malsano, donde mis compañeros tenían ensueños dorados. Hacía el amanecer, vencido por el cansancio, pude dormir un poco, pero agitado y convulso.

Cuando me desperté, el «Narciso» doblaba uno de los promontorios poblados de bosque secular que cierran la entrada de Porto Bello, antigua Puerta de Oro de los españoles, en donde los galeones venían a cargar los tesoros del Perú. La lluvia había cesado; un tenue vapor flotaba aún por los montes. Estos y el mar, alumbrados por el sol naciente, presentaban un espectáculo admirable; pero yo apenas si lo miraba: no podía separar mi vista de los bosques tropicales, que se me presentaban por primera vez con toda su magnificencia. Hasta ignoraba si eran realmente bosques lo que tenía ante mis ojos, porque no distinguía árboles, y durante mucho rato creí tener a la vista una gigantesca roca cubierta de musgo. En la zona tórrida el árbol no existe, por decirlo así; ha perdido su individualidad en el conjunto de la vida vegetal, para convertirse en una molécula de la gran masa de que forma parte. Una encina de Francia, con sus grandes ramas extendidas, su corteza rugosa, el tejido

enorme de sus raíces y la alfombra de sus propias hojas, parece independiente y libre: en la América del Sur, los más gigantescos árboles de sus selvas vírgenes carecen de esta independencia. Torcidos unos sobre otros, atados en todos los sentidos por infinidad de cuerdas de liana, medio ocultos por las plantas parásitas que los estrñen y beben su savia, parecen no tener existencia propia. La influencia de los climas es lo mismo para los pueblos que para la vegetación: en la zona templada es donde se ve al individuo salir de la tribu y al árbol insolarse en el bosque.

Poco a poco nos aproximábamos a la estrecha boca del puerto y la escena se presentaba cada vez más espléndida. Dos colinas, teniendo en sus cimas las minas de dos castillos, se levantan la una enfrente de la otra; en su base, enormes y múltiples cocoteros se inclinan hacia la superficie del mar; infinidad de pájaros pescadores descansan sobre las rocas. Desde la cima hasta el pie de las colinas, todo es un mar tumultuoso de hojas, y bajo esta masa, que el viento agita, nadie puede distinguir el suelo, pareciendo más bien una enorme planta piramidal de doscientos metros de altura. Todas las ramas están liadas unas con otras, y el más pequeño movimiento, transmitido de hoja en hoja, hace agitarse aquella verde inmensidad. Sin embargo, las colinas, que son muy escarpadas, permiten que algunos árboles extiendan sus ramas a grandes distancias, y las lianas y las flores, emparradas de cinco en cinco, producen la ilusión de una catarata, de un Niágara de verdura.

Por fin, el «Narciso» echó el áncora casi a la sombra del misterioso bosque, el bote fué desamarrado de la goleta, y el marino, cogiendo silenciosamente los remos, nos hizo señal de saltar. Ibamos a hacer un pequeño descanso en tierra. Mi emoción, ya bastante fuerte, se aumentó cuando el esquife se detuvo, y yo, saltando de piedra en piedra, llegué hasta la playa, completamente adornada con infinidad de conchas de multitud de colores. En pocos minutos llegué hasta la desembocadura de un pequeño arroyo que baja dando saltos desde las profundidades de la selva, y, remontan-

do su cauce accidentadísimo, me sumergí en un agujero oscuro como un túnel que se abría delante de mí.

Es imposible no sentir una extraña emoción física cuando, repentinamente, se pasa de la atmósfera ardiente y luminosa de estos países a la sombría, húmeda y solemne de una selva virgen. A pocos pasos del mar pude creerme cien leguas en el interior del continente: por todas partes, una multitud infinita de ramas, una misteriosa profundidad, en la que mi vista apenas podía orientarse; a mi alrededor, rocas enormes, cuyas paredes resbaladizas estaban cubiertas de hojas y fibras confusamente tejidas; sobre mi cabeza, una cúpula de verdura que el sol ardiente no podía penetrar. ¡Qué diferencia entre estos bosques tropicales y los nuestros, tranquilos y simétricos, con sus árboles desramados y brancas secas, como enfermos desgraciados! En este país del sol, la savia impetuosa corre por las fibras de los gigantes vegetales, que la tierra y las aguas nutren con pródiga fecundidad. Las cimas son más altas y copudas, los colores de las hojas y las flores más variados, los perfumes más acres, el misterio de la selva más temido; bajo su tenebrosa sombra no se encuentra el reposo, sino el espanto, el temor a lo desconocido.

Yo avanzaba con precaución, con paso vacilante, religioso. Pequeños reptiles, medio ocultos entre las hojas o las ramas, desaparecían produciendo ruidos extraños; la escasa luz que penetraba disminuía sensiblemente. Me detuve y me senté en el borde de una roca que el agua había horadado, y cuya concavidad estaba llena de agua espumosa. Mirando hacia atrás, veía por la extremidad del agujero en que me hallaba una bahía en miniatura, en donde las olas azules, coronadas con franjas argentinas, venían a morir sobre la arena resplandeciente de blancura. Contemplando este espectáculo estuve algunas horas, mientras que don Jorge dormía la siesta a la sombra de un enorme *caracolí*.

Mi segunda visita fué para la ciudad de Porto Bello, adonde el capitán Monton decía ir a comprar algunos sacos de cacao, por más que en realidad no tuviera

otro objeto su viaje que visitar a una *señorita* de la población. Yo corrí como un loco todas sus calles para descubrir los restos de sus pasadas grandezas, que por cierto se reducen a bien poca cosa; miserables chozas cubiertas de cañas o de hojas de palmera han sustituido a las construcciones de los españoles; de distancia en distancia, aparece aún algún trozo de muralla, en cuyas rendijas habitan lagartos y culebras; los árboles han introducido sus raíces por entre los resquicios de la fortaleza que dominaba la ciudad, y muy pronto no quedará piedra sobre piedra. La población, compuesta de negros y mestizos en número de unos ochocientos aproximadamente, es una multitud de harapos y suciedad que pasea orgullosa su indolencia por la playa. Sólo las mujeres trabajan; ellas son las que muelen el maíz y asan la banana para la comida de sus señores y amos; llenan los sacos de cacao y llevan sobre sus cabezas enormes cántaros de agua desde lejanas fuentes a la ciudad. En vez de la flotilla de galeones que se reunían en otro tiempo en el puerto, protegida por los cañones de la fortaleza, tres o cuatro goletas armadas por un negociante de Jamaica, el judío Abraham, se balancean perezosamente, no lejos de unos almacenes pertenecientes al mismo propietario. Cada quince días, el vapor que hace el servicio entre Santo Tomás y Colón entra en Porto Bello, no a tomar o dejar pasajeros, sino a renovar su provisión de agua.

Un trazado de vía, antes de la construcción del camino de hierro del istmo, designaba a Porto Bello como punto de partida. El comercio hubiese tenido la ventaja de un excelente puerto, y los ingenieros no hubieran tenido otro trabajo que seguir la antigua carretera de los españoles, hoy completamente obstruída. Pero la insalubridad de Porto Bello, más terrible aún que la de Colón, modificó el plan de la Compañía. En efecto, al Este de la población se extiende un vasto pantano donde el agua dulce y la salada arrastran, en su flujo y reflujo, plantas en descomposición; bosques de paletuvios se enlazan y mueven la tierra alrededor de las cabañas, y las colinas que se levantan a

la entrada del puerto impiden que los vientos alisios renueven la atmósfera mefítica que pesa sobre la ciudad. Encima de este pantano cerrado se forman nubes diariamente que se deshacen en lluvias cotidianas. Puede decirse que la bahía de Porto Bello es un cráter de volcán, humeando siempre miasmas mortíferos.

El capitán no terminó la importante operación de tres sacos de cacao hasta la caída de la tarde, y, cuando el bote llegaba al lado de la goleta, algunas estrellas empezaban ya a brillar en el cielo.

Acariciando la esperanza de un dulce sueño reparador, me envolví con una vela que había extendida sobre la cubierta; no había apenas cerrado los ojos, cuando una lluvia torrencial me obligó a refugiarme en la bodega. Pasado el primer chaparrón subí al puente, pero muy pronto otra nube se deshizo en nueva lluvia; pasé la noche subiendo y bajando a la cala, obligado por lluvias sucesivas. Las voces extrañas que salían de los bosques inmediatos a la costa y, sobre todo, los *ladridos* de una rana, cuyo grito era mayor que el de un perro de casa de campo, contribuyeron singularmente a hacer casi imposible mi reposo.

Al amanecer, el capitán hizo levar anclas y extender las velas del «Narciso». Este, muy mal andador, no se dió prisa en salir del canal, menos aún porque los vientos alisios empujaban la embarcación hacia el puerto. Pasamos la mañana entera bordeando de un promontorio al otro.

Para continuar en línea recta nuestro camino, era preciso doblar la roca de Salmedina, que se levanta al Este como torre abrupta, rodeada de negros arrecifes. Después de habernos alejado más de una milla de la costa, cada golpe de mar nos volvía cerca de esta formidable torre, cuyos escollos aparecían y desaparecían bajo las aguas como monstruos marinos jugando con las olas. Una vez el viento hinchó con fuerza la vela en el momento en que el capitán acababa de pronunciar la palabra sacramental de ¡a virar!, y la goleta, dirigiéndose rápidamente y en línea recta hacia Salmedina, cortaba las ondas blanquecinas que se deshacían en la base de roca.

Capitán, marino, grumete y hasta yo mismo, hacíamos esfuerzos inútilmente, apoyados contra la verga, para vencer la resistencia de la vela, mientras que don Jorge, siempre plácido y sonriente, miraba vagamente todo el aparejo de su goleta, que corría hacia una pérdida inevitable. Un enérgico juramento del capitán le hizo levantar sobresaltado, y cuando apoyó su espalda de atleta sobre la verga, cedió la vela, y el «Narciso», rozando las rocas al virar, volvió a hacerse a la mar.

Hacia el mediodía doblamos el temido promontorio, y a dos o tres millas de la costa veíamos el tupido bosque que se prolongaba de un extremo al otro del horizonte. Los montes encadenados, de muy poca elevación, que se extienden de Oeste a Este, parecen mucho más altos de lo que en realidad son, por efecto tal vez del manto de vapor que corona sus cumbres. Una después de otra veíamos aparecer y desaparecer todas las puntas que esta cadena proyecta en el mar; Punta Pescador, Punta Escondida, Punta Escribanos, todas iguales por su forma y la vegetación que las cubre. El mar estaba tranquilo; una ligera brisa hinchaba apenas la vela, y la goleta hendía penosamente las olas. Así continuamos nuestro curso todo el día y la noche nos sorprendió antes de poder doblar el cabo San Blas.

Al día siguiente, por la mañana, nos encontrábamos en pleno archipiélago de las Muletas, cuyas islas, «más numerosas que los días del año», aparecen sembradas en el mar ocupando una gran extensión. Más de sesenta contamos nosotros sobre el horizonte, a pesar de la niebla espesa que las cubría, y a medida que adelantábamos, veíamos salir más y más, sobre la superficie tranquila de las aguas. Todas estas islas bajas, que parecen descansar sobre la superficie de un lago como los jardines flotantes de Cachemira, están cubiertas de cocoteros, cuya simiente ha sido llevada por las olas, desde que los españoles introdujeron este árbol en el continente americano. Hay islotes tan pequeños, que los cinco o seis cocoteros con sus grandes palmas curvadas, les dan la forma de un gran abanico verde, abierto sobre las aguas transparentes.

Otros, al contrario, ocupan una gran superficie, y algunas chozas de indios se agrupan de distancia en distancia bajo la sombra apacible de pequeños bosques, pero casi todas tienen forma redonda u ovalada. El primer aeronauta que contemple desde un navío alado este archipiélago de las Muletas, tendrá que comparar sus islas a gigantescas hojas de nenúfar, flotando sobre la superficie de un mar apenas agitado por la marea.

Cuando nuestra goleta pasaba cerca de un grupo de cabañas, un pequeño bote o tronco vaciado, con tres o cuatro indios, se separaba de la orilla y se dirigía hacia nosotros. En cuanto estaban a corta distancia, levantaban al aire los remos, como prueba de sus pacíficas intenciones y nos saludaban en malísimo español; luego se aproximaban, y, amarrando la canoa al borde de la goleta, subían al puente, reían amablemente para disponernos bien en su favor, y, con voz acariciadora, nos ofrecían sacos de cacao, sus bananas, pequeños y encantadores loritos verdes, anidados dentro de una calabaza, picoteándose y jugando con dulzura y gentileza indescriptibles. En cambio, ellos aceptaban telas de algodón y lana y monedas americanas. Estos indígenas pertenecen a la tribu india del cabo San Blas; son de pequeña estatura, fuertes y bravos; su color es un poco bronceado, pero más blanco que los del continente. Hasta una edad muy avanzada conservan el aire de niños, y la alegría de vivir brilla siempre en sus miradas. Viendo esparcidas por el mar estas islas encantadoras, con sus cabañas cubiertas por ramos de cocoteros, no puede uno menos que pensar con tristeza en el supuesto de que muy pronto americanos o ingleses tomen posesión de ellas, para explotar sus bosques de palmeras, moler la nuez y exprimir el aceite. El imperio de Maunnon, tan vasto ya, ¿se aumentará con estas islas afortunadas para que nuevos géneros se amontonen sobre los muelles de Liverpool o de Nueva York, y las cajas de valores de los capitalistas que explotan estos negocios se llenen más aún de lo que están?

Estos pueblos son felices; el comercio, tal cual hoy

se entiende, ¿sabía darles otra cosa que un servilismo disfrazado y otras alegrías que las producidas por el alcohol? Con demasiada frecuencia, la hermosa palabra civilización ha servido de pretexto para exterminar rápidamente tribus enteras. ¡Esperemos para arrastrar a ésta hacia el gran movimiento civilizador de los pueblos, a que podamos llevarles sobre nuestros barcos más felicidad de la que actualmente poseen la justicia y la verdadera libertad!

Yo hubiese querido marcharme con los indios de las Muletas, hacerme ciudadano de su república, al menos por algunas horas, interrogar a los ancianos sentados a la puerta de sus chozas, ver a las mujeres ocuparse en los trabajos domésticos y asistir desde lejos a las diversiones y entretenimientos de los niños, que se revolcaban completamente desnudos sobre las arenas de la playa; pero, don Jorge, siempre ocupado con su pesca, me suplicó que dejara continuar la marcha, con la esperanza de que muchos peces se dejarían seducir por el cebo arrojado en la estela. No tuve, pues, otro remedio que contemplar tristemente las islas a medida que iban apareciendo. Por fin, pasamos lentamente muy cerca de la última; durante mucho tiempo vimos sus palmeras levantarse sobre las aguas, parecidas a un vuelo de gigantescos pájaros; luego, desaparecieron éstas en el horizonte y nosotros nos encontrábamos en pleno Mar Caribe.

La travesía del archipiélago de las Muletas a Cartagena nos costó ocho días; nuestra goleta, bastante menos rápida que una tortuga de mar, avanzó a razón de una milla por hora, no obstante tener la corriente y con frecuencia el aire en nuestro favor. El «Narciso», pesado en su forma y dislocados sus miembros, solía emplear en sus viajes de regreso más de tres semanas para llegar a Colón, porque tenía que vencer la resistencia del remolino de las aguas, formado en el golfo de Uraba por la gran corriente ecuatorial, cuyas corrientes vienen a romperse contra las costas de la América Central, determinando a derecha e izquierda nuevas corrientes contrarias a lo largo de las playas. En cualquier otro mar, expuesto a cambios de viento

y violentas ráfagas, el «Narciso» no hubiera hecho un viaje sin exponerse a zozobrar; afortunadamente, en el golfo de Uraba y en todas las costas de Nueva Granada, casi nunca hay una tempestad. Los huracanes, que producen con frecuencia efectos desastrosos en las pequeñas y grandes Antillas, tienen siempre su origen a la entrada del Mar Caribe, por encima de la corriente ecuatorial, y, desarrollando un inmenso torbellino, que aumenta sin cesar, van a morir a los Estados Unidos o a los bancos de Terranova después de haber hecho surcos gigantescos en el agua, haber destruído navíos, arrasado pueblos y bosques; pero en su imponente y terrible carrera, jamás llegan al mar tranquilo de la República granadina. En ella, las olas, lentamente empujadas por las tempestades de otros climas, corren con la regularidad de las ondulaciones que la caída de una piedra produce en un lago. Aunque enormes, prolongándose paralelamente de un horizonte a otro, son impelidas siempre con igual regularidad por los vientos alisios y levantan silenciosamente los navíos sin deshacerse en espuma. En el fondo de los inmensos valles que las separan, los peces alados, parecidos a los pájaros en los surcos de un campo, saltan a millares, atraviesan de un salto la cresta de las olas y van a caer al otro lado en el agua transparente.

El séptimo día, el «Narciso» llegó al archipiélago de San Bernardo, cuyas islas, bajas y pobladas de vegetación, como las Muletas, pueblan el mar al Norte del golfo de Morosquillo. La goleta se abrió camino a través de ese dédalo de islas que encierran en sus estrechos peligrosos bancos de arena, y, luego de haber navegado todo un día por las costas de Nueva Granada, vino a echar el ancla en una pequeña bahía de la isla de Barú, muy cerca de Boca Chica, entrada de la rada de Cartagena. El capitán no tenía bastante habilidad para guiar su goleta por entre tanto escollo, y, obligados a esperar hasta el día siguiente para entrar en el puerto, gocé lo indecible contemplando las minas de este otro Sebastopol, tan formidable en tiempos del poderío español.

III

Cartagena de las Indias.—La Popa.

La fiesta

A la salida del sol, el «Narciso» entraba viento en popa en el canal de Boca Chica, apenas de algunas brazas de ancho y bastante fondo, sin embargo, para entrar los más grandes barcos de guerra. En los lados se levantan rocas agudas que proyectan sus sombras negras sobre el fondo del agua blanquecina; a medida que se avanza, la línea de arrecifes se estrecha en el canal tortuoso y multitud de rompientes aparecen por todas partes: pasando tan cerca de los escollos no puede uno por menos que estremecerse. A algunos metros de distancia, por la izquierda, al pie de un promontorio de la isla de Tierra Bomba, se levantan las murallas blancas de un fuerte, actualmente cubierto de arbustos y de hierba; a la derecha, sobre un islote de rocas amarillentas, rodeado de arrecifes, una ciudadela, minada por las olas, extiende sobre los rompientes una larga línea de baluartes desmoronados; a lo lejos, al extremo de la isla Barú, completamente poblada de mangós, se ven las minas de otro fuerte. Tal era la primera línea de fortificaciones que protegía la entrada del puerto de Cartagena. En el siglo XVIII fué forzada por el almirante Vernon, al que, por falta de defensores, no pudo oponer gran resistencia. Sin embargo, el almirante se estrelló contra la segunda línea de defensa y siete mil ingleses pagaron con su vida la audaz tentativa.

Después de haber hecho algunas bordadas, entramos en la rada de Cartagena, cuyas aguas tranquilas se ex-

tienden en una superficie de cuarenta y seis kilómetros cuadrados. Completamente abrigada del mar: al Sur, por la isla de Barú; al Oeste, por la de Tierra Bomba, arrecifes y bancos de arena; al Norte, por el archipiélago sobre el cual está construída la ciudad de Cartagena, esta rada se extiende en hermoso semicírculo, penetrando en el interior de la tierra.

En las colinas, donde esperaba ver huellas de trabajo reciente, no pude descubrir más que bosques cortados por algunos claros, donde la tierra roja y completamente estéril, no daba vida ni a una planta ni a una flor; dos o tres villorrios indios, en desorden, ocupaban la orilla de las aguas; sus chozas, cubiertas de hojas, y dos o tres canoas en el puerto eran las únicas señales de movimiento humano que se veían.

El «Narciso» dobló al fin la punta oriental de Tierra Bomba, sobre la cual están construídas las cabañas del Loro, aldea habitada solamente por pobres leprosos, y ante nuestros ojos apareció repentinamente la vieja ciudad que en otro tiempo se llamaba con orgullo la Reina de las Indias.

Magníficamente sentada sobre las islas que, por un lado, miran al mar, y del otro, el conjunto de lagunas interiores que forman el puerto, y rodeada de una cinta de cocoteros, Cartagena parece dormirse, y, en efecto, duerme profundamente a la sombra de la Popa, colina abrupta que la domina al Este. Dos grandes iglesias, cuyas naves y campanarios se levantan por encima del resto de las construcciones, se miran frente a frente como gigantescos leones acostados, y la larga línea de muralla se extiende hasta perderse de vista alrededor del puerto, sobre las orillas del mar. De cerca, la escena cambia; las plantas trepadoras tapizan la muralla, por la que se pasean extraños funcionarios; las almenas se desmoronan, y trozos completos de muralla, caídos en el agua, forman arrecifes sobre los cuales se deshacen las olas; en las playas se pudren algunos restos de embarcación; a través de las ventanas de grandes edificios con sus tejados hundidos, se ve la soledad y la ruina en que yacen los antiguos palacios. El conjunto de la ciudad, casi completamente dormido, forma un

cuadro a la vez doloroso y admirable, que me produjo una cruel emoción de tristeza a la que no pude sustraerme, recordando los encantos de su pasado esplendor.

El marino dejó caer el ánora del «Narciso» y yo bajé al bote en compañía del capitán.

Don Jorge ni siquiera se había levantado a contemplar la ciudad. La colocación de un cargamento de cacao parecía interesarle bien poco; su sola ocupación era, en este momento, estar a la sombra precaria del palo mayor, continuando la siesta desde largo rato empezada; no obstante su pereza, tuvo la fuerza de decirme adiós con una ligera señal de cabeza; después se volvió del otro lado y se durmió.

Unas cuantas remadas fueron suficientes para llevarnos a unos escalones de piedra al pie de la muralla, y por una puerta oscura, practicada en ella, penetré inmediatamente en la ciudad. La primera escena de que fui testigo al poner mis pies en Cartagena redobló la tristeza que me había inspirado la vista de los edificios arruinados. En una plaza de casas negras con altas arcadas, dos hombres de lisos cabellos, miradas salvajes y color indeciso, se tenían cogidos por los harapos flotantes que les servían de vestido; vociferaban terriblemente y amenazaban hendirse de arriba abajo con sus descomunales machetes. A su alrededor se agrupaba una multitud sucia, agitada y borracha; mientras unos gritaban con furor: «¡Mátalo! ¡Mátalo!», otros hacían esfuerzos para desviar los machetes y contener a los combatientes. Durante algunos minutos vi pasar por delante de mí a ese grupo de hombres sobre los cuales brillaban las hojas de sable. Por fin consiguieron separar a los dos luchadores, y, seguido por sus parciales, se marchó cada grupo a una taberna, en donde se consagraron uno y otro, con la botella en la mano, a todos los diablos del infierno. Las mujeres que habían salido a las ventanas para ver la riña se retiraron a sus aposentos y la multitud de espectadores, reunida bajo las arcadas, se dispersó. Pregunté la causa del tumulto, y me contestaban levantando los hombros: «¡Es la fiesta!»

Cuando un pueblo está en decadencia parece que los individuos participen del desmembramiento de las cosas. Todo envejece al mismo tiempo, hombres y edificios; los meteoros y las enfermedades trabajan de común acuerdo. Por las calles, que terminan a lo lejos contra la muralla, llenas de conventos en ruina y de altas iglesias con sus paredes oblicuas, no veía pasar más que cojos, tuertos, leprosos, enfermos de todas clases; jamás he visto tantos desgraciados a la vez. Algunas plazuelas presentaban el aspecto de un santuario milagroso en esos días en que la imbecilidad y las desgracias humanas se dan cita a su alrededor. Cuando el comercio y la industria desaparecen de una ciudad, una gran parte de la población queda en la holganza y hasta sin finalidad en la vida; lucha durante algún tiempo buscando dónde y cómo ocupar sus energías, pero al fin cae en el embrutecimiento, en el vicio y la miseria. Tal es la desgracia que ha herido a Cartagena de las Indias.

Hace doscientos años, Cartagena servía de mercado al comercio de las islas Filipinas y del Perú, monopolizando enteramente el de América Central y Nueva Granada. Entonces, todo gran puerto comercial debía ser puerto de guerra, porque el Mar Caribe traía un pirata en cada ola. El Gobierno español le había dado el monopolio de los cambios en una extensión de 3.000 kilómetros de costa; desde entonces, las cosas han cambiado: las colonias españolas se han separado de la madre patria, otros puertos libres se han abierto al comercio del mundo sobre todas las costas del Mar Caribe y el Golfo de Méjico. La paz ha venido a ser el estado normal de las naciones y ha sido permitido a los comerciantes cambiar sus productos en otra parte, fuera de las bocas de los cañones.

La prosperidad ficticia de Cartagena, que se fundaba en el monopolio, ha desaparecido con la libertad; la población, cada día más miserable, ha disminuído en dos tercios y actualmente apenas si alcanza la cifra de diez mil habitantes. A mediados de siglo, el Congreso granadino, con el loable deseo de hacer renacer el comercio en la ciudad ruinosa, exceptuó de derechos

de aduana a todos los artículos importados para el comercio de Cartagena. El Gobierno había restablecido el monopolio bajo nueva forma, porque, en los demás puertos de la República, los derechos se elevaban a un 25 por 100. Los defensores de esta ley, abrogada actualmente, sostenían que era necesario conceder un privilegio a la ciudad primogénita de la libertad, a la primera población que había sacudido el yugo de España.

No es, sin embargo, imposible que la antigua Reina de las Indias se levante nuevamente de sus ruinas. Situada a la orilla de un mar sin huracanes y a igual distancia, poco más o menos, del Golfo de Darién, donde desemboca el Atrato, y del río Magdalena, Cartagena servirá más pronto o más tarde de intermediario comercial entre la cuenca de los dos caudalosos ríos. De Colón, y los demás puertos importantes del istmo, sólo está separada por un estrecho golfo, y puede comunicar con estos diversos puntos con más rapidez que las demás ciudades de la República; su rada es una de las más hermosas del mundo entero, y fácilmente se podrían establecer diques flotantes y de piedra, necesarios actualmente en todos los grandes puertos de comercio. La entrada de Boca Chica es demasiado estrecha, pero Boca Grande, que separa la isla de Tierra Bomba de la punta arenosa de Cartagena, es un ancho brazo de mar que podría ahondarse sin grandes esfuerzos. Antes de 1760, época en la cual, el Gobierno español estaba en guerra con el inglés, hizo obstruir con piedra y arena este estrecho, que era canal bastante profundo para los grandes navíos. Una vez navegable Boca Grande, para las embarcaciones de gran calado, Cartagena ofrecerá para el comercio uno de los mejores puertos del mundo, desde todos los puntos de vista.

A la ventaja de poseer un puerto admirable, une Cartagena otra importantísima: la de poder canalizar un río. Un antiguo brazo del Magdalena, separándose de este río cerca del pueblo de Calamar, a 150 kilómetros de la costa, iba en otro tiempo al mar por una vía más corta, y desembocaba en el poblado de

Pasa Caballos, en la rada misma de Cartagena. Varias Compañías han intentado —constituídas expresamente para ello— ensanchar y ahondar este canal, obstruído en parte. Algunos pequeños vapores han penetrado ya por esta vía en el río Magdalena; pero, por falta de dinero y de perseverancia, han fracasado las diferentes empresas. Tarde o temprano, sin embargo, se llevará a feliz término el intento; y entonces la arteria central de la República colombiana estará en comunicación constante con los mejores puertos de la costa.

A recursos naturales de esta índole es a los que deben consagrarse los buenos ciudadanos para que renazca la ciudad y pueda ostentar el título de capital, sin ironía o sin ridícula vanidad.

Desde que Colombia se constituyó en República federal, Cartagena es la capital del Estado de Bolívar, mayor que diez departamentos franceses; pero la preponderancia política de la nueva capital no le proporcionará más que una vida ficticia, si el comercio y la industria no renacen al mismo tiempo.

La catedral es el principal edificio de Cartagena, pues actualmente sólo pueden verse en ella restos de un pasado esplendor. Negra y ruinosa como los antiguos castillos feudales de Europa, agrietado por todas partes y con inscripciones borrosas, sólo el púlpito, chapado de mármol y mosaico y decorado con figurines de marfil, está perfectamente conservado. Este, obra de un escultor italiano, ofrece enteramente detalles y es una de las raras joyas de arte que se encuentran en el Nuevo Mundo. Viniendo de los Estados Unidos, donde por amor al arte, han enjalbegado los árboles hasta la altura de un hombre, no me creía con derecho a mostrarme exigente en cuestiones de arte y me sentí conmovido a la vista de esas encantadoras figuras.

Lo mismo que la catedral, los demás edificios públicos de Cartagena, iglesias, conventos, hospitales, cuyas vastas dimensiones ocupan una gran parte de la ciudad, se hallan también en completa ruina y parecen algo, visto de lejos. Toda su majestuosa belleza

consiste en la armonía de sus contornos con el horizonte, que ciñe sus rocas y sus playas bajo el inmenso domo del cielo que lo cubre todo.

Desde lo alto de la muralla donde yo me di prisa en subir, pude contemplar el mar y ver la ciudad en su aspecto más pintoresco. Aquélla, que es relativamente baja y tiene varios metros de ancha, forma alrededor de la población un paseo empavesado de anchas losas de piedra. Este baluarte continúa siendo fuerte como en sus mejores tiempos, y el mar, que mina su base, apenas si ha podido derribar algunas piedras; pero los cañones, que sacaban sus negras bocas fuera de la muralla, han desaparecido completamente. El Gobierno de Nueva Granada, demasiado débil hoy para defender seriamente sus puertos, ha tenido la feliz idea de vender la pólvora y los cañones de Cartagena a un industrial yanquí, por la suma de 120.000 piastras. ¡Qué felicidad para los pueblos si tal medida se tomara en todos los países del mundo! Cuando las naciones acaben de guerrear entre sí para formar una hermosa y fraternal alianza, la República granadina podrá vanagloriarse de haber sido la primera en licenciar su ejército y derribar sus fortalezas.

Luego de haber dado la vuelta a la ciudad, me dirigí hacia la Popa, cuya abrupta masa domina el archipiélago de Cartagena. Seguí mi camino a través de los grupos de indianos, estacionados delante de las chozas en honor de la fiesta, y, tomando como guía algunas mulas, contentas de su libertad y de sus gualdrapas coloradas, llegué en algunos minutos a lo más alto de la Popa. Las torres y las altas murallas se levantaban a mis pies, y las terrazas de la ciudadela, cubiertas de árboles, parecían jardines suspendidos; a través de la frondosidad de los cocoteros, que forman una franja alrededor de esas terrazas, se veía el agua tranquila del puerto y sus canales; más lejos, la ciudad, aprisionada dentro de sus murallas, enseñaba sus campanarios, sus fachadas y conventos ruinosos, como gigantescas banderas en un campamento de cíclopes derrotados, y se dibujaba en negro so-

bre el vasto semicírculo del mar, resplandeciente por los rayos del sol. Las islas y el continente ofrecen un contraste absoluto: de un lado, los islotes desparrramados en medio de la rada, parecen bosquecillos flotantes separados de un paraíso terrestre, y del otro, se prolonga una cadena de colinas bronceadas, en las que no aparece por ningún lado la fogosa vegetación que da a la naturaleza tropical tan maravillosa grandeza; parece que la larga cadena de espuma que festonea la costa haya separado en dos zonas distintas un mismo país.

Era ya de noche cuando me hallé en la plaza mayor de Cartagena. El palacio de la Gobernación estaba brillantemente iluminado; unos cuantos músicos, subidos en un estrado, tocaban un vals con vivacidad y alegría inmensas; la plaza entera estaba transformada en una vasta sala de baile y de juego. Hombres y mujeres, estrechamente enlazados, se movían en un inmenso círculo, agitados por una danza muy generalizada en toda la América española, que consiste en mover apenas los pies moviendo la cintura. El movimiento de los pies es imperceptible; en cambio, los cuerpos, rozándose entre sí, se agitan en torsiones febriles. Viendo pasar lentamente bajo las luces oscilantes esos cuerpos rendidos de cansancio, esas caras de multitud de colores, con los cabellos en desorden, con sus ojos iluminados por miradas centelleantes y fijas, experimentaba yo cierto malestar: me pareció aquello una danza macabra o algo así como una algazara de diablos.

En las tabernas se veían alineadas las mesas de juego, con barajas mugrientas por el uso, y a cada instante se sentaban a su alrededor hombres, mujeres y niños que, a pesar de la zambra exterior, se preocupaban más de jugarse los cuartos.

A cada instante, los jugadores promovían tumultos horribles y se oían distintamente, en medio del barullo general, las blasfemias, amenazas y maldiciones de éstos; sin embargo, debo consignar que no volví a ver el acero de ningún machete.

El aire era asfixiante y cargado de ardientes ema-

naciones. Como apenas si podía respirar, me separé de la multitud y me marché a la soledad de un dormido baluarte de la muralla. ¡Qué inmediato contraste entre los hombres y la Naturaleza! Prolongados reflejos flotaban sobre las aguas y venían a romperse en la playa; las palmeras inclinaban sus graciosas curvas en las faldas de los promontorios; la luna brillaba a través de los agujeros de las torres ruinosas; las colinas dibujaban a lo lejos sus perfiles sobre el fondo del cielo y los ruidos de la playa se perdían como débiles ecos, sin turbar la tranquila solemnidad del conjunto. La lenta respiración del mar parecía servir de compás a la Naturaleza y daba un ritmo lúgubre a la poesía de las ruinas y la noche.

El capitán de papeles.—Savanilla.
El Bongo.—Barranquilla

Yo no ignoraba que todo viajero que desembarca en Cartagena debe visitar el pueblo indiano de Turbaco y el célebre volcán de vino descrito por Humboldt. Mi patrono y mi patrona, dos buenos alemanes que hablaban muy bien todas las lenguas, me arengaban con mil buenas razones para que prolongara mi estancia en la *Fonda del Calamar*. No obstante, habiendo oído hablar de una excelente goleta que partía para Savanilla, resolví aprovechar esta ocasión, que tal vez tardara mucho tiempo en repetirse, y marcharme.

Al amanecer, salté sobre un bote y, remando vigorosamente, me llevaron al «Sirio», cuya elegante carena se balanceaba en medio del puerto. El trato estuvo pronto terminado. El piloto, que estaba acostado en el barco, obedeció la orden de mando y subió sobre el puente; levaron el ancla, desplegaron las velas y la goleta dobló el cabo hacia Boca Chica; en menos de una hora, el «Sirio» estaba en el paso del canal; el piloto, de pie sobre el puente, daba sus órdenes con voz breve; los marinos, prestos a obedecerle, se suspendían de las cuerdas; en cada bordada el cortaolas rozaba casi las rocas, pero, por el impulso del timón y de las velas, el «Sirio» viraba rápidamente y se volvía en sentido contrario. Por fin, la goleta salió de la cadena de arrecifes, se puso al paio y dos marinos arriaron el bote y condujeron al piloto hasta la orilla.

El «Sirio», construido en Curaçao, tenía una marcha excelente. En algunos minutos dejamos a nuestra espalda las rocas escarpadas de Tierra Bomba y el terrible escollo de Salmedina; luego, bordeando el banco de tierra arenosa, que defiende por Oeste el puerto de Cartagena, vimos la vieja ciudad levantarse como sobre un pedestal por encima de la larga línea de sus murallas; luego, nos alejamos poco a poco y desapareció, al fin, detrás del alto promontorio de Punta Canoa. A la otra parte del cabo de este nombre aparecieron vagamente las islas de la Venta de Arepa; después vimos la península abrupta de Galera Zamba. Una vez doblada, el «Sirio» se dirigió en línea recta hacia la entrada del puerto de Savanilla.

Esa rapidez de locomoción y la gallarda forma de su goleta, tenían al capitán Janssen de buen humor y más de una vez hizo circular entre sus marinos la botella de *chicha* (1). El señor Janssen, cosmopolita en cuyas venas tenía sangre de todas las razas establecidas en las Antillas, era un hombre muy diferente de don Jorge. Como él, respetaba a los marinos considerándolos sus iguales, pero éste no se contentaba con gozar de la vida tal como se la presentaba el destino, y trabajaba sin descanso. A pesar de que la ruta que seguíamos era muy conocida por él, no por eso dejaba de consultar la brújula y continuar el camino, según las cartas geográficas, teniendo en cuenta sus observaciones. Cuando le hacía alguna pregunta, me contestaba con laconismo y seguridad. Al ver su frente recta, sus cejas fruncidas y su boca regular, se adivinaba que tenía tanta energía como sus ascendientes los piratas de las Antillas.

Cerca del señor Janssen, un joven, cruelmente atormentado por el mareo, parecía agonizar. Me senté a su lado, sobre unos cabos que le servían de cabecera y le presté algunos cuidados. Creyendo que era un pasajero como yo, le interrogué sobre el objeto de su viaje.

(1) Aguardiente fabricado con jugo de caña

—Soy el capitán—me contestó, interrumpiéndome con voz débil.

—¿Cómo? Ese que consulta la brújula en este momento, ¿no es el patrón?

—Sí; pero yo soy el capitán de papel.

Y me enseñó un certificado, con timbre y rúbrica, que le daba, en efecto, el título de capitán. Ignoro por qué ficción legal estaba condenado a vivir embarcado sobre una goleta, en la que, desde hacía algunos años, se ofrecía el martirio del mareo, sin que su título oficial le diera el derecho ni siquiera de poderse tener de pie.

El pobre cautivo era digno de lástima.

De vez en cuando volvía sus ojos hacia dos titis que saltaban alegremente sobre las jarcias; pero los más alegres y graciosos saltos de los dos monos no conseguían que apareciera en su cara, descarnada y triste, el más remoto asomo de risa. Sólo durante la comida parecía sonreír con los labios, viendo a los diminutos animales saltar alrededor de los platos, apoderarse de las tazas de café ardiendo, meterse por debajo de las cuerdas para absorber el líquido y salir luego dando gemidos lastimeros.

Después de ocho horas de travesía, llegábamos frente a la vasta desembocadura llamada Boca Ceniza, brazo principal del río Magdalena, obstruido por algunos bancos y numerosas islas bajas, pobladas de mangles. El capitán se cogió a la barra del timón; hizo pasar su goleta por entre dos bancos de arena, introduciéndose en un canal de agua verde, cargada de residuos vegetales que permitían no obstante ver el fondo a tres o cuatro metros de profundidad. Delante de nosotros, entre una isla de paletuvios y las escarpaciones arcillosas de la costa, se extendía una inmensa laguna donde había algunos navíos sujetos sólo por sus áncoras; era el puerto de Savanilla. Sabiendo que este puerto es el que expide al extranjero casi todos los productos de la agricultura y la industria granadina, buscaba con anhelo la ciudad y sus edificios, pero no veía más que una casa blanca, de reciente construcción, para el servicio de aduanas y

que todavía no está habitada. Por fin, me hicieron ver, a orillas del agua, una larga línea de cabañas, cubiertas con hojas de palmera, confundiéndose de lejos con el suelo bronceado, sobre el cual estaban construidas: era el pueblo floreciente, cuyo puerto ha heredado la importancia comercial del de Cartagena de las Indias.

Como no estaba todavía acostumbrado a toda clase de albergues, me asusté al pensar en mi alojamiento, viendo aquellas chozas miserables. Era, pues, cuestión de ocuparse desde antes de desembarcar, en dónde hallaría una habitación conveniente para poder descansar, si no de grado, por fuerza. Me tomé la libertad de elegir y mis ojos se fijaron en una choza algo menor que las demás. Pertenecía, según me dijeron, al señor Hasselbrink, cónsul de Prusia, único residente extranjero de Savanilla. Apenas desembarcado en un pequeño rompeolas de madera, construido delante del poblado, indiqué la casa del cónsul al negro que se encargó de mi maleta, y le seguí sin detenerme en la aduana, cuyos empleados estarían probablemente durmiendo. Por la plaza se paseaba un anciano, en cuyo tipo reconocí inmediatamente al cónsul. Me dirigí a su casa, sin detenerme en ningún punto, y, al entrar resueltamente en ella, recibí en el umbral mismo al propietario embobado, a quien rogué perdonara mi audacia. Sólo estas palabras fueron suficientes. El buen hombre, cogiéndome las dos manos a la vez, me dió cordialmente la bienvenida, diciendo: «Mi casa está a su disposición.» Durante toda la tarde me colmó de consejos y me dió con suma alegría todos los informes que yo le pedía; en cambio, me hizo informarle de varias cuestiones sobre Europa, de donde había salido en 1829, después de haber ido por ferrocarril de Stochport a Portalington, primero y único camino de hierro que existía entonces en Europa. El pobre anciano se entusiasmaba aún al recordar ese viaje, y decía que desde entonces esperaba tranquilo la muerte, por haber visto ese triunfo de la civilización moderna. Cuando llegó la hora del descanso, juntó su hamaca a la mía para continuar la

conversación y oírme hablar de los progresos realizados en Europa y América desde 1830. Al día siguiente, él mismo me procuró una embarcación para trasladarme a Barranquilla y me dió una carta de recomendación para su hijo, agente de la Compañía Inglesa de vapores del río Magdalena.

El poblado de Savanilla no debe su existencia más que a la proximidad de la desembocadura del río, con la cual se comunica su puerto por las lagunas cenagosas del delta.

Como la profundidad de las aguas apenas si alcanza dos metros, todas las mercancías de las provincias ribereñas, el tabaco, el café, cortezas de quina, etc., deben depositarse lejos de la desembocadura, en los almacenes de Barranquilla y, de allí, transportados a Savanilla, donde se embarcan ya en navíos que calan menos de cuatro metros. Cuando la República colombiana sea más rica y previsora que lo es actualmente, se ocupará de la mejora de este puerto. Tendrá que realizar grandes trabajos, porque, impelidas por los vientos alisios, las arenas obstruyen completamente Boca Culebra; pero estos trabajos se recompensarán con creces.

Recientemente se ha construído un ferrocarril de trece kilómetros, entre Barranquilla y su puerto, con objeto de transportar rápidamente pasajeros y mercancías; pero tan necesario como esto sería hacer un canal por el que pudieran navegar los vapores de mayor porte del río Magdalena y juntar el río con la rada, lejos de las lagunas pantanosas del delta; pero es probable que los comerciantes de Barranquilla combatan durante muchos años aún esta obra, porque les privará de los beneficios que les produce el transbordo de mercancías.

En la época de mi viaje no había entre Savanilla y Barranquilla ni camino de hierro, ni carretera, ni siquiera una senda. Todos los viajeros estaban condenados a bogar penosamente por canales estrechos e infectos.

La embarcación que me había procurado el señor Hasselbrinck era un gran *bongo*, especie de chalupa

con sus miembros desconcertados, y cuyo puente se prolonga un metro hacia fuera por la popa. Cuatro *zambos* atléticos y medio desnudos, dos por cada lado, vueltos de espaldas a la proa, apoyaban sus hombros cubiertos de callos, sobre largas perchas, cuya punta descansaba en el fondo. En cuanto la señal de marcha fué dada por una palmada, apoyaron todo el peso de sus cuerpos sobre las perchas, y, gritando acompasadamente «¡Jesús! ¡Jesús!», se lanzaron al trote desde la proa a la popa del bongo, empujándolo hacia adelante; luego volvían rápidamente a la proa, arrastrando consigo las perchas, las hincaban en el fondo, apoyaban de nuevo los hombros en ellas, y repitiendo «¡Jesús! ¡Jesús!», daban un nuevo empuje a la embarcación.

Empujado por sus hombros vigorosos, el bongo surcó rápidamente las aguas verdosas del puerto; poco después vimos desaparecer las chozas de Savanilla y la escalera de madera, desde donde el cónsul de Prusia me saludaba con su sombrero.

Así bogamos durante una hora por la inmensa bahía de agua salada, rodeada de pequeños arbustos. Luego de haber pasado las miserables cabañas llamadas de Playón Grande, el bongo, alejándose de la orilla, volvió hacia el Norte, y el paisaje cambió de aspecto. Estábamos en el agua amarillenta de los pantanos, a la entrada de Caño Hondo. Cañas gigantescas, en grupos compactos, aparecían a cada paso golpeando la cara con sus hojas. Toda la superficie del agua estaba cubierta por anchas hojas de mil formas y colores. Varias capas superpuestas de vegetación obstruían el canal y en la estrecha estela que dejaba el bongo, el agua, densificada por miles de hierbas flotantes, aparecía saturada de gérmenes. Los pájaros pescadores se arrojaban en número infinito sobre los grupos de cañas, y, a lo lejos, aparecía circular un vasto horizonte de grandes árboles.

En medio de una laguna sobre la que pesaba una atmósfera tibia y fétida, hicieron alto los *zambos* para almorzar. Sacaron de sus alforjas algunas yucas asadas, restos de pescado, una botella de chicha y me

invitaron generosamente a tomar parte en su frugal comida. Acepté con gusto, pero declaro que el apetito me abandonó cuando vi a uno de los anfitriones recoger con la punta de su percha los peces muertos que flotaban sobre el agua, arrojando con desdén aquellos cuya cabeza aparecía surcada por líneas amarillas, en señal de descomposición; luego guardó cuidadosamente lo que había pescado para la comida.

Una vez terminado el festin, los zambos se apoyaron nuevamente en las perchas, y, repitiendo la cantinela, se abrieron paso a través de las cañas y plantas acuáticas que obstruían la entrada de Caño Hondo. Este canal, extendiéndose en línea recta por el bosque, como una larga calle, tiene una profundidad de seis metros, y en él apenas alcanzaban las perchas el fondo. Afortunadamente, el agua, elevada por una ligera marea, había iniciado algo de corriente y empujaba al bongo por la popa. Los árboles juntaban sus copudas cimas sobre nuestras cabezas. Largas lianas verdes, suspendidas de las ramas, llegaban hasta el agua de la corriente y se balanceaban suavemente hacia cualquier lado, según los remolinos; cañas, hojas grandes y flores, detenidas por las raíces de los árboles sobre las orillas del canal, oscilaban lentamente como islas floridas. Los buitres, parados sobre los troncos, nos miraban pasar, fijando en nosotros sus miradas desdeñosas. Por la proa del bongo, los cuatro atletas se destacaban sobre el verde sombrío del bosque. A veces, por entre las ramas de los árboles, un rayo de sol doraba las aguas, y, con su luz, hacía brillar las lianas y los troncos. Después de Caño Hondo, nuestra embarcación atravesó lagunas cuya agua estaba tan cargada de restos vegetales, que en ciertos puntos sólo era cieno espeso donde los barcos dejaban tras sí un hondo surco, produciendo un olor pestilente; luego vinieron otros pantanos de orillas fangosas, donde sólo los cocodrilos y las tortugas pueden abordar sin temor. Un hombre abandonado, sin socorro, no viendo a su alrededor más que agua, cieno y reptiles, sería inmediatamente víctima de su propia desesperación. Esta naturaleza inhospita-

laria me hacía temblar y deseaba con impaciencia salir de ella, respirar aire puro y asentar mis pies sobre tierra firme. Por fin, entramos en un estrecho canal abierto por la mano del hombre en un terreno elevado algunas pulgadas sobre la línea de inundaciones. El aire era más puro y me sentí curado de la péfida calentura que había empezado ya a corromper mi sangre.

Un accidente, muy lejos de toda previsión, me obligó a abandonar el bongo y cambiar de locomoción. En una de sus muchas curvas, el canal que seguíamos apareció completamente obstruido por una enorme caldera, enviada desde Liverpool para uno de los vapores que se estaban construyendo en Barranquilla. Cargada en un bongo, reforzada por gruesos maderos, había tenido que seguir, como nosotros, el camino tortuoso de los pantanos y canales; estaba desde hacía muchos días en marcha y, probablemente, tardaría algún tiempo en llegar.

Tan dolorosamente me sorprendió el aspecto de Savanilla, como feliz me hizo el inesperado encuentro de la caldera, que establecía un contraste tan sorprendente entre la Naturaleza, entregada al caos desordenado de sus fuerzas sin centro, y la victoriosa industria que endulza la tierra y se convierte en su hermana.

Nunca pudo aplicarse la frase del poeta: «Esto matará aquello» con más oportunidad que al encuentro de la inmóvil caja de hierro, en medio de aquel canal rodeado de inmensos pantanos.

Mis cuatro zambos parlamentaron cordialmente con sus amigos, instalados en la caldera, pero su elocuencia fué inútil, porque el obstáculo que nos interceptaba el camino estuvo allí hasta que una crecida del río Magdalena le puso a flote.

Yo tomé mi partido inmediatamente.

Mientras mis compañeros se acomodaban en la orilla y se comían el pescado, tan singularmente cogido por la mañana, yo me instalé en un tronco de árbol vaciado, que servía de embarcación a un indio que había venido a ofrecer viveres a los de la caldera y le dije que remara en dirección al río, bastante más próximo que yo creía. En menos de media hora, la barca donde

yo había tomado pasaje se encontraba en pleno cauce del Magdalena.

En la América Central, el Magdalena no cede en importancia más que al río Amazonas, al Orinoco y al Plata; pero yo no podía ver allí todo ese caudal de aguas que me había imaginado: sólo tenía ante mi vista uno de sus brazos, el río Ceniza, cuyas aguas desembocan en él un poco más al Oeste. Este brazo, mucho más grande que nuestros grandes ríos de la Europa Occidental, es casi igual al Mississipi; como éste, están sus orillas pobladas de grandes árboles con tupido follaje, y a uno y otro lado se ven, de distancia en distancia, agunas chozas rodeadas de palmeras y de plátanos. Este río, cuyas aguas hace temblar el viento, deshaciendo las olas en pequeñas ondulaciones suaves como rizos, parece menos profundo que su compañero de la América del Norte; pero, como aquél, está cargado de aluvión, y no pueden distinguirse los cocodrilos mientras esos monstruos no flotan por la superficie o sacan fuera del agua sus enormes bocas llenas de dientes en forma de sierra. Yo pude ver varios de esos animales, que se sumergían cuando se acercaba nuestro esquife.

En el canal que conduce a Barranquilla, los cocodrilos se ven en mayor número todavía. El cadáver ya corrompido de uno de esos gigantescos reptiles flotaba en una especie de isla de troncos, sobre los que estaban parados una multitud de buitres, con el cuello ávidamente estirado. En el puesto mismo de Barranquilla vi a unos cuantos hombres bañándose y agitándose de un lado y de otro para evitar la aproximación molesta de un terrible enemigo atraído por sus movimientos.

A medida que nos acercábamos a Barranquilla, mi mirada cambiaba de dirección y muy pronto sólo me fijaba en el pueblo, cuyas líneas de casas blancas distraían mis miradas de toda otra parte. Pequeños muelles, contruidos sobre la orilla del canal, aparecían completamente poblados de bongos, lanchas y canoas; obras en construcción, almacenes donde los indios y los negros amontonaban mercaderías de toda especie, muelles a los cuales aparecían amarrados varios va-

pores: todo anunciaba el principio de una ciudad que, dentro de pocos años, será una población comercial parecida a las de Europa o América del Norte. Sobre el muelle de la gran playa donde yo desembarqué, había igual o más animación que en el puerto: infinidad de bongos iban y venían en todas direcciones cargados de barriles, sacos y cajas; las mujeres llevaban sobre la cabeza cestas de cocos y otros frutos; una multitud entraba y salía constantemente de los almacenes, en cuyas puertas los vendedores ambulantes anunciaban sus mercancías a grito pelado. Por entre la gente, ocupada en sus negocios, circulaban niños, casi desnudos, apóstrofando a los extranjeros con palabras pronunciadas en inglés con extraña perfección.

Barranquilla, construido en la orilla de una de las umbrosas ramificaciones del Magdalena, no data más que de ayer, por decirlo así; pero, no obstante, sus progresos sólo pueden compararse con los de una ciudad de los Estados Unidos; tan rápidos han sido en pocos años. Sólo se ven andamios, ladrillo y mortero. Por el número de sus habitantes es mayor que Cartagena, si se tiene en cuenta la numerosa población flotante. Además, la antigua población de Soledad, situada a algunos kilómetros más arriba, en la misma orilla del río, puede ya considerarse como un arrabal de Barranquilla, porque sus habitantes viven únicamente de la industria que les ofrece la ciudad naciente, verdadera capital comercial del Estado de Bolívar.

Por todos los lados, Barranquilla prolonga sus calles, trazadas a cordel y cortadas en ángulos rectos, en dirección al bosque. Sus afueras están rodeadas de jardines y de poéticas chozas. Sus casas, con fachadas de piedra y patios anchurosos, se levantan todas a lo largo del puerto y alrededor de una gran plaza.

La importancia de Barranquilla es debida casi totalmente a los comerciantes extranjeros, ingleses, americanos, alemanes y holandeses que se han establecido en ella estos últimos años, y de la que han hecho el centro de operaciones comerciales y la población más importante de Nueva Granada. Los indios, menos espolcados por el agujón de las riquezas, y nada inicia-

dos en especulaciones, han influido muy poco en la fundación de este emporio del Magdalena.

Cuando yo estuve allí había ya diez vapores navegando, o en construcción en los diques de carena, donde trabajaban cientos de obreros. De estos vapores cinco eran ingleses; tres, americanos; uno, alemán, y otro perteneció a una compañía anglogranadina, cuyo consignatario y gerente era el señor Harsselbrinck, el hijo del cónsul de Prusia en Savanilla. Este joven, educado en la Universidad de Göttingue y colaborador del ilustre botánico Neesvón Esembeck, era un verdadero sabio cuya carrera natural era para haber ejercido su profesión en una gran ciudad de Alemania. Sin embargo, y en contra de sus ocupaciones comerciales, cultivaba la ciencia con entusiasmo y había sabido rodearse de un gran número de hombres instruidos, a los cuales tuvo la bondad de presentarme; yo me alegré de saber que todos eran granadinos.

En el gran hotel de Barranquilla tuve la contrariedad de observar que no había más que extranjeros venidos de todas las partes del mundo y que hablaban en inglés. Madame Hughes, nuestra amable fondista, tenía montada su casa a la europea; tenía el defecto, es cierto, de mantener en su hotel la ridícula etiqueta británica, pero yo le perdonaba esta falta en honor al buen gusto que acusaba haciéndonos comer en un patio, cerca de un salto de agua que iba a caer sobre una pila de mármol, produciendo un ruido argentino; la mesa estaba bajo unos árboles cubiertos de olorosas flores, en los cuales, los pájaros moscas volaban produciendo un alegre susurro. De noche, al abrir los ojos, veía soñando los arabescos que la luz de la luna, al pasar por entre las ramas de los árboles, dibujaba en los pilares; me pareció vivir como las estrellas, bajo la Vía Láctea, centelleando vagamente a través del ondulante follaje.

Los Caños.—La Ciénaga.—Gaira

Al día siguiente de mi llegada a Barranquilla me levanté temprano para ir al puerto, con la esperanza de hallar algún *bongo* que saliera para Pueblo Viejo, villa situada al pie de los montes de Santa Marta. El único patrón que dijo estar dispuesto a llevarme era un hombre de tan mala catadura, que casi estuve a punto de aplazar mi viaje hasta pasados tres días que faltaban para la salida del *bongo* correo; pero, en estas dudas, levanté los ojos por encima del horizonte y vi una línea azul, apenas visible, trazada en el espacio: eran las cimas de Sierra Nevada, hacia la cual viajaba desde hacía mucho tiempo y que consideraba como mi patria futura.

No vacilé un momento; hice que me trajeran mi equipaje al *bonguito* que me ofrecían; llamó el patrón a sus dos remeros, compró su provisión de bananas y de yucas y desató la cuerda que amarraba a la orilla la pequeña embarcación.

Después de haber navegado penosamente por entre las cañas de los pequeños caños, llegamos río arriba por un lado del delta, cuya anchura de varios kilómetros parece un mar con cabos, estrechos e islas, pobladas de exuberante vegetación. Los árboles de las orillas apenas aparentan tener la altura de nuestros pequeños sauces, y los altos cocoteros, hacia los cuales se dirigía nuestro *bonguito*, presentaban el aspecto de pequeñas banderitas flotando como pabellones. Una hora de travesía nos bastó para llegar a un árbol gi-

gantesco situado al origen mismo del delta, entre los dos brazos del río.

Los remeros, bastante cansados y con buenas ganas de echar una siesta, ataron la barca a una raíz, devoraron un poco de pescado y empezaron a dormir tranquilamente. En cuanto a mí, me di prisa en abandonar su molesta compañía y me interné en un bosque de cocoteros, sentándome sobre la hierba, cerca de una pequeña casa de ladrillo, rodeada de bananeros. El espeso follaje no dejaba llegar hasta mí más que una luz casi crepuscular; sólo por debajo de los árboles, a la entrada del bosque, veía brillar el agua amarillenta, herida en pleno por los rayos del sol. Una vaca errante dirigía hacia mí sus miradas, y dos niñas de tez morena, ocultas detrás de los árboles, examinaban a hurtadillas al viajero que intentaba dormirse bajo los cocoteros.

El conjunto del paisaje formaba un cuadro gracioso, y yo lo contemplaba sin preocuparme de cierto picor que experimentaba por todo el cuerpo. Poco a poco esta picazón se hizo intolerable, e inmediatamente me apercibí, no sin terror, de que estaba materialmente cubierto de *garrapatos* verdes y rojos, que se me bebían la sangre por infinidad de imperceptibles heridas. Todos los esfuerzos que hice para librarme de estos enemigos fueron vanos; fué necesario que me entregara sin resistencia a la voracidad de estos insectos y esperar estoicamente a que se hincharan de sangre y se cayeran ellos mismos.

Me era imposible continuar más tiempo a la sombra de los pérfidos cocoteros y fuí a despertar a mis compañeros, que se levantaron muy contra su voluntad, y cogieron los remos con bastante mal humor. No obstante, nos pusimos en marcha, y el movimiento, la brisa fresca que soplaba por el río, la alegría de ver desarrollarse el paisaje, calmáronme un poco la irritación producida por las picaduras de los garrapatos.

Luego de haber seguido durante un buen rato una de las orillas del río, erizada de raíces y troncos de árbol, el bonguito penetró repentinamente en un pequeño canal, cuya entrada estaba obstruída por zarzales sobre

los que descansaban enormes iguanas entretenidas en hinchar y deshinchar sus cuellos. Este canal, conocido con el nombre de Caño Clarín, ha sido abierto por la mano del hombre sobre una masa de aluvi6n, y une al Magdalena con las lagunas que llenan ahora el antiguo cauce de este r6o; su anchura es apenas como una de esas zanjas que en Francia dividen una propiedad de otra, y yo me daba el placer inocente de saltar por encima del bonguito de uno a otro lado. Por el peque1o canal no pueden cruzarse dos embarcaciones, y cuando esto sucede es preciso que una de ellas retroceda hasta el r6o o hasta las lagunas del interior. Este peque1o contratiempo no pod6a faltarnos, y cuando ya est6bamos un cuarto de hora navegando, tuvimos que regresar a la entrada misma de Ca1o Chico para dejar paso franco a otra embarcaci6n.

Hacia el mediod6a, los remeros amarraron el bonguito para volver a dormir un poco. El sitio elegido ten6a poco de agradable: era un bosque de manzanillos atravesado en todas las direcciones por las sendas que trazaban los animales de un rancho pr6ximo. Los manzanillos, por su escaso follaje, dejaban pasar los rayos del sol con toda su fuerza y, en cambio, privaban el paso del aire, respir6ndose al pie de estos grandes 6rboles una atm6sfera asfixiante por efecto de las emanaciones de las lagunas inmediatas. Nubes de mosquitos volaban susurrantes alrededor de los troncos y en el suelo no crec6a ni una peque1a hierba: cebrado caprichosamente por la luz, estaba lleno de frutos chafados y podridos. Aqu6, pues, se durmieron tranquilamente mis compa1eros, mientras que yo rodaba errante de un lado a otro, no para evitar el sue1o fatal, que, seg6n los relatos po6ticos, desciende de las hojas del manzanillo, sino para librarme un poco de las picaduras de los mosquitos. De cuando en cuando cog6a alguno de esos frutos verdes, cuyo perfume es tan delicioso, y que, sin embargo, producen la muerte al desgraciado que se los come: imagen fiel de la Naturaleza encantadora de los tr6picos.

Luego de haber dado vueltas por el bosque vol6 a donde estaban los compa1eros dormidos y, con m6s

envidia que otra cosa, estudié cómodamente sus caras. Debo declarar que estos hombres me producían cierto miedo, y la proximidad de la noche que debía pasar en su compañía me llenaba de espanto, sobre todo en medio de esas lagunas desiertas, donde los gritos de un hombre a quien se asesina no hubieran hallado otro eco que los gritos de los monos y los pajarracos. El patrón de la barca era un viejo negro de cara arrugada, pequeños ojos irónicos y boca contractada por falsa risa; durante toda la mañana no había cesado de mirarme con cierta avidez, como las aves de rapina cuando dan vueltas alrededor de su víctima. De los dos remeros, el de más edad tenía el color de la cara de un gris azul antipático, color que indica el cruzamiento de diversas razas; su frente y su cara estaban surcadas por varias cicatrices ribeteadas de blanco y producidas tal vez por machetazos en alguna riña. Mientras remaba, sus ojos feroces se fijaban en mí con frecuencia; una vez, hasta le sorprendí examinando el cerrojo de mi maleta y dando tirones al candado. El tercero, joven indiano de pequeña estatura, pero fuerte y musculoso, me parecía menos temible que los otros; había en su mirada cierta bondad y mucha dulzura en sus movimientos: tomé, pues, la resolución de convertirlo en mi amigo para que me defendiera de los demás en caso necesario.

En cuanto terminaron la siesta, y los tres remeros se desperezaron a su gusto, tomaron asiento en el bonguito y yo entré en conversación con el joven indio. Halagado por mis palabras, adquirió una locuacidad inesperada, y, diez minutos después, me contaba ya su historia como a un buen amigo. Con infantil ingenuidad me declaró que había pasado tres años de trabajos forzados en el presidio de Cartagena por robo con fractura de puertas, etc.

Esta revelación inesperada no era la más a propósito para tranquilizarme, pero lancé una mirada al patrón y al otro remero y comprendí que con tal compañía no tenía derecho a mostrarme exigente. Continué hablando, pues, con mi nuevo amigo, y le di, acerca de los europeos y los yankis, explicaciones que

escuchaba con la boca abierta y respetuosa admiración. Luego le describí las grandes ciudades, los largos carros que se deslizan solos sobre barras de hierro y los hilos de cobre con los que se hablan los hombres a cientos de leguas de distancia. Por fin, cuando el joven estaba ya maravillado de tanta grandeza, le expliqué mis planes; le dije que iba a establecerme como colono en un valle cualquiera de Sierra Nevada, en las inmediaciones de Santa Marta, para hacer grandes trabajos de agricultura.

—Yo soy práctico de la Sierra —gritó alborozado— y os conduciré por todas partes. Cuando pase usted por Bonda, pregunte por Zamba Simonguama y tendrá ocasión de ver cómo los indios somos más hospitalarios que los españoles.

Ya no tenía nada que temer; convertido en huésped de Zamba, sabía que en caso de necesidad me defendería hasta la muerte.

Cuando los últimos resplandores del crepúsculo desaparecían del espacio, el bonguito dejaba caer el ánchora en las aguas negras del lago Cuatro Horcas, así nombrado porque son cuatro los caños que a él afluyen.

So pretexto de disponer mis maletas en condiciones para dormir, las puse atravesadas en el barco, de modo que todos los cerrojos, vueltos hacia mí, quedaran a mi vista para observar cualquier cosa que con ellos se intentara; luego le dije al indio que se acostara a mi lado, poniendo un remo, como última precaución, al alcance de mi mano. La luna y la luz zodiacal brillaban con toda su intensidad y me permitían distinguir los menores movimientos de mis compañeros. La brisa de la tarde soplaba impetuosa y recluía a los mosquitos, que vuelan por miríadas sobre las aguas estancadas y las plantas; no me fué, pues, difícil permanecer con la cabeza descubierta y los ojos fijos en la otra extremidad del barco. Los gritos de los monos me tuvieron despierto toda la noche, de lo cual me alegraba, porque el remero de la cara llena de cicatrices no dormía tampoco, y de vez en cuando levantaba la cabeza para dirigirme miradas feroces. En cuanto al viejo, parecía dormir tranquilamente; ¡los

pensamientos criminales que le atribuía eran tal vez injustos!...

La jornada siguiente la pasamos por lagunas y canales tortuosos, lo mismo que la víspera, pero más hermosos, gracias a la exuberante vegetación que sombreaba las orillas.

Las curvas raíces de los mangles, arqueándose unas con otras, se levantaban a cinco o seis metros de altura sobre la superficie de las aguas, formando gigantes trébedes, de las cuales salían los troncos, lisos como los palos de un navío. Por entre los tejidos de esas innumerables raíces aéreas crecían otros árboles más pequeños, naciendo de un suelo menos esponjoso que el de las orillas. Así es la inmensa y temible selva de la cuenca del Magdalena, que se prolonga sin interrupción a más de cien leguas al Sur, hasta el pie de las alturas de Ocaña. Este bosque ha sido atravesado en todas direcciones por los conquistadores españoles. ¡Cuántos de éstos fueron devorados por los cocodrilos y los jaguares! ¡Cuántos también fueron víctimas de las calenturas, bastante más terribles que las flechas envenenadas de los indios cocinas!

Recuerdo de un descanso que hicimos en la península de Salamanca, a la entrada de la ciénaga de Santa Marta, laguna de una superficie de más de ochocientos kilómetros cuadrados llena de islotes.

Al Este se levantan las escarpaciones de Sierra Nevada como formidable muralla protegida por enormes baluartes; por todos los otros lados se extienden vastos bosques creciendo en un suelo de aluviones arrastrados por el río Magdalena. La península de Salamanca, que separa el mar de la ciénaga, se parece a los *nehrungen* del mar Báltico y a la singular flecha de Arabat, bañada por el Mar de Azof y el lago *Asfábites* de los antiguos. Como todas las penínsulas de igual naturaleza, Salamanca ha sido formada a la entrada de la laguna por las olas cargadas de residuos vegetales: la arena se ha dispuesto gradualmente de modo que forma un cordón litoral; además, los vientos han determinado dunas errantes que se desplazan de aquí y de allá, excepto en los puntos donde se ha

elevado, durante el curso de los siglos, algún bosque que les opone una barrera infranqueable. Una sola boca pone en comunicación las aguas salobres y tibias de la ciénaga con el agua, relativamente más fresca, del Mar de las Antillas.

La playa donde nosotros desembarcamos estaba sombreada por manzanillos y otros árboles cuyas ramas, inclinadas hacia el suelo, parecen los sauces llorones de Europa; más de cincuenta barcas estaban atadas a las raíces, balanceándose unas al lado de otras; numerosos grupos de pescadores estaban esparcidos por todas partes alrededor de grandes hogueras encendidas en la arena de las dunas y un repugnante olor de pescado inficionaba la atmósfera. Dejando el equipaje bajo la salvaguardia de mi nuevo amigo Zamba, corrí a través de los grupos y me subí en la más alta de las dunas para mirar al horizonte y descubrir el camino que había seguido desde el mar. Orientado, vi inmediatamente la playa arenosa hasta perderse de vista, formando un vasto semicírculo desde la desembocadura de la ciénaga con el río Magdalena; al Este aparecían los escarpados promontorios de Gaira y Santa Marta, dominados por las azules cimas de Sierra Nevada; al frente, las olas, empujadas por fuerte brisa, venían a deshacerse contra la playa. Cansado como estaba de lagunas con aguas estancadas, de cienos nauseabundos y del aire tibio y mefítico de los pantanos, respiré desde allí con delicia la brisa fresca saturada de espuma.

Cuando volví al campamento de pescadores no pude evitar, como antes, las cuestiones que mi presencia en aquellos parajes sugería a aquellas gentes, y, bien a mi pesar, tuve que sentarme sobre la arena, cerca del fuego donde asaban pescado, expuesto al humo de leña verde. Mi amigo Zamba había ensalzado y ponderado mi persona y relatado mis proyectos, y mis interlocutores me preguntaron sobre infinidad de cuestiones relacionadas con la conversación que tuvimos la víspera el indio y yo; no hubo para mí otro remedio que hablar largo y tendido durante dos horas, relatóndoles lo que sabía de Madrid, París, Londres y ma-

ravillarlos contándoles lo que es en Europa la industria, la ciencia y el arte. Todos me escuchaban con alegría, y yo, contento de tan benévolo auditorio, olvidaba el olor repugnante del pescado y las molestias del humo sofocante, entregándome por completo al placer de enseñar a los ignorantes lo poco que yo sabía.

El más joven de los pescadores, el que con más atención me escuchaba, había oído, no sé dónde, hablar de Atenas. Repentinamente me interrumpió con las siguientes preguntas: «En Atenas dicen que hay hermosos templos; bellas estatuas. Su Universidad será la más célebre del mundo, ¿verdad? ¿Es cierto que no existe ninguna lengua como el *latín* de Atenas?» ¡Qué cosa más extraña me parecía el eco de Grecia sobre estas dunas del Atlántico que tanto distan de ella! ¡Las glorias de Phidias y Demóstenes han empleado dos mil años en atravesar el mar, y actualmente los pescadores americanos las mencionan, como si fueran aún las más deslumbrantes del viejo mundo!

Sólo al anochecer pude dejar a mis nuevos amigos.

Ya en el bonguito, izaron la vela, y pocos minutos fueron suficientes para perder de vista los árboles de la orilla. Tomé las mismas precauciones que la noche anterior, y estuve en vela hasta más de media noche, vigilando a los que tan poca confianza me inspiraban. No sucedió nada. Sin embargo, mi desvelo había crecido; no sabía si dormía o estaba despierto, y los objetos que desfilaban ante mis ojos, desmesuradamente abiertos, me parecían otras tantas quimeras entrevistadas en un ensueño. Las olas negras que cortaba nuestro bonguito produciendo un ligero ruido tomaban formas fantásticas; las hierbas flotantes por entre las cuales pasábamos, parecíanme grandes islas cubiertas de árboles copudos que volaban por la superficie de las aguas con la rapidez de los hipogrifos.

De repente sentí que nos deteníamos en la desembocadura, a la orilla de un valle; el remero de más edad saltó fuera del bonguito y luego la embarcación

continuó su marcha desordenada. Pocos momentos después dormía profundamente.

Cuando me desperté era ya de día; el reñero había realmente desaparecido, y el esquife echaba el áncora al lado de otras embarcaciones análogas. En la playa veía las cabañas de Pueblo Viejo. Era día de mercado: negros e indianos iban y venían por delante de las chozas ofreciendo su pescado a gritos desaforados.

Después de haber repetido a Zamba Simonguama la promesa de ir a visitar a Bonda, salté del bonguito y corrí por el pueblo inquiriendo los medios de que podía disponer para llegar a Santa Marta. Para ir embarcado tenía que esperar algunos días la salida de un gran bongo; preferí, pues, alquilar una mula para transportar mi bagaje y continuar a pie el camino que me faltaba. La distancia de Pueblo Viejo a Santa Marta es de unos cuarenta kilómetros aproximadamente: no había motivo para asustarse, y en cuanto hallé la mula, me puse resueltamente en marcha acompañado de un joven indio que me servía de guía. En menos de un cuarto de hora habíamos franqueado un bosque de grandes árboles y nos encontrábamos a la vista de Pueblo Nuevo de la Ciénaga.

Esta población, que designan generalmente con el nombre de la Ciénaga, está situada en un llano, como la superficie de un lago, unido a los montes de la Sierra; ésta se presenta ya majestuosa, verde en su base, azul en sus cimas y cortada por grandes valles sombríos, poblados de feraz vegetación.

Por el lado del mar, el suelo se presenta casi desnudo, poblado sólo de plantas bajas, pero alrededor de las casas se ven árboles copudos que hacen de la población un nido de verdura.

El interior de la Ciénaga no desmiente lo que parece visto a distancia; las calles, largas y rectas, se ven bastante animadas; las casas, enjalbegadas, están casi todas cubiertas con tejas; por las puertas entreabiertas se ven los jardines interiores con sus arbustos en flor. Por todas partes se veían edificios en construcción, prueba de los progresos materiales de la Ciénaga. El contingente de su población es de unos

siete mil habitantes, bastante mayor que Santa Marta, capital del Estado soberano de Magdalena. Sin embargo, la Ciénaga no cuenta en el número de sus habitantes ni mil que sean de raza blanca, ni comerciantes extranjeros: está poblada por indios y mestizos que sólo deben su prosperidad a ellos mismos.

Sobre los altos llanos de Nueva Granada, el antagonismo de razas produjo la revolución de los comuneros hacia el final del siglo XVIII, y, finalmente, la expulsión de los españoles; desde esta época, los descendientes de los Muyscas han reconquistado su nacionalidad y, formando la mayoría de los neogranadinos, han absorbido casi totalmente a los blancos: hoy están confundidos con ellos como un solo pueblo. No sucede así sobre las costas del Atlántico: el odio subsiste aún entre las dos razas, y, como dos polos, cargados ambos de electricidad positiva o negativa, Santa Marta y la Ciénaga se han levantado frente a frente. La primera de estas poblaciones tiene la ventaja de poseer un vasto puerto y comercio directo con todo el mundo; menos favorecida la Ciénaga, no puede hacer más que un pequeño tráfico de cabotaje por su laguna, teniendo, no obstante, la ventaja sobre Santa Marta de estar poblada por indígenas *aborígenes* que no temen al trabajo como la mayor parte de los blancos del litoral. Por eso el resultado de la lucha entre las dos poblaciones favorece completamente a la Ciénaga. En los valles de Sierra Nevada y en las riberas, a orillas de las lagunas, cultivan vastos terrenos, de donde recogen en gran cantidad bananas, papayas, tabaco y cacao; todos los años roturan en el bosque nuevos terrenos para sus plantaciones y recorren las lagunas en todos los sentidos con sus barcos de pesca; abastecen de legumbres, frutas y pescado el mercado de Santa Marta; sin ellos, sin su trabajo, esta villa, que se duerme perezosamente envuelta en las bellezas de su hermosa playa, hubiera perecido ya de hambre. En los últimos tiempos la rivalidad de razas se ha transformado en rivalidad política. Los samarios (habitantes de Santa Marta), deseosos de mantener la antigua supremacía de la raza blanca, se han convertido en

conservadores, mientras que los de la Ciénaga se han hecho demócratas y votan siempre a los candidatos liberales. Durante la revolución que agitaba a la República, éstos no temían invadir armados a Santa Marta, y los samarios intentaron algunas veces tomar la revancha.

Al salir de la Ciénaga, donde mi guía me había detenido demasiado tiempo so pretexto de comprar forraje para su caballería, atravesamos un torrente, cuyas fértiles orillas aparecían plantadas de bananos en toda su longitud; después seguimos el borde del torrente sobre la arena amontonada por las olas, y, dejando a la derecha, en medio de hermosos árboles, el molino de azúcar, movido a vapor, propiedad del único habitante extranjero de la Ciénaga, Jerónimo Andrea, llegamos a las orillas del río Toribio, uno de los torrentes más caudalosos de la vertiente occidental de Sierra Nevada. Las ruinas de un puente arrancado por una avenida obstruía aún su cauce; quería pasarlo a pie por un vado, aprovechando las pequeñas ramblas formadas por la corriente en medio de las piedras; pero mi guía me disuadió sin esfuerzo diciéndome que los cocodrilos habían elegido como madrigueras las concavidades hechas por el agua al pie de los antiguos pilares del puente. La mula, cargada con mis maletas, tuvo que recibir sobre su ancho lomo el peso de dos hombres y nos llevó sin la menor protesta al otro lado del Toribio.

Más allá de este río, el paisaje cambia de naturaleza. Los montes se aproximan al mar y proyectan sobre las olas los abruptos promontorios que festonean el camino. No se ven ya más bananeros ni otras plantas cultivadas, sino sólo mimosas con espinas, gayubas y otras especies que crecen generalmente en suelos poco fértiles. El terreno, desnudo de toda vegetación, deja ver por todas partes sus venas de piedra. A veces el camino se quiebra en barrancos profundos, cuyas faldas parecen paredes enrojecidas por reciente incendio. Durante el período de las lluvias, estos barrancos se convierten en impetuosos torrentes, pero durante la época de sequía es inútil buscar en ellos una

gota de agua. En medio de esas tierras tostadas por el sol, sólo se respira un aire ardiente y yo creí fundirme en abundantísimo sudor o morirme de cansancio. La fatiga, que empezaba a castigar mis miembros, aumentó en gran manera cuando al salir de un barranco me encontré con un camino arenoso bastante cerca del mar. Los cactus, que se levantaban a la orilla del camino como centinelas, de diez metros de altura, estaban lo bastante separados unos de otros para no hacer sombra y demasiado espesos para no dejar pasar la brisa marina. Algunos guamos, cubiertos con sus flores amarillas, esparcían por la atmósfera un intenso perfume que me producía vértigos. Los perpendiculares rayos del sol caían pesadamente sobre mí, y a medida que adelantábamos nos íbamos hundiendo en la arena.

—¿Cuándo llegaremos a Gaira?—preguntaba con frecuencia a mi guía.

—Muy pronto, dentro de un momento—me contestaba invariablemente.

Y me imaginaba que a la primera curva del camino iba a encontrarme con una fresca casita rodeada de copudos árboles que se reflejarían en un cristalino arroyo; pero descubría nuevos cactus, levantados hacia el cielo como un bosque de gigantescas lanzas. De repente, y sin esperarlo, mi guía, cansado como yo, saltó sobre la mula, apretó ésta el paso y me dejaron solo, no teniendo otra brújula para llegar a Gaira que las huellas de las herraduras.

Estaba próximo a abandonarme a la desesperación, cuando, repentinamente, el camino desembocó en una playa, donde hacía más de tres siglos algunos cientos de españoles, rendidos y quemados por el sol, como yo estaba, fueron batidos en lucha con los indios de Gaira y arrojados al agua, pereciendo todos. Mientras seguía la orilla del mar, me volvía a la vida la fresca caricia de la brisa; pero en cuanto las vueltas del camino me internaron en el continente, perdí la fuerza y la voluntad y un calor horroroso parecía derretir mi cerebro. Una muralla de paletuvios interceptaba el paso de la débil brisa marina que llegaba hasta allí, cuando

observé a lo lejos una blanca llanura de sal, cortada por pequeñas lagunas de agua.

Penosamente avancé por el agua y la arena ardiente. La sed me torturaba; la lengua la tenía pegada al paladar y mi cerebro parecía estar en ebullición; sentía escalofríos, mi piel estaba apergaminada, mis puños se crispaban nerviosamente y mis ojos estaban inmóviles; tenía frío. Temiendo a cada paso que los rayos del sol acabaran de matarme, y queriendo gozar de lo que me quedara de vida, me entregué con delirio a los sueños de náyades y tritones, corriendo locamente por lagos cristalinos y frescos, bajo frondosas y eternas sombras. Por fin, llegué a un bosque de cactus y mimosas. «¡Adelante hasta aquel árbol!», dijo en mí un resto de voluntad. Mi cuerpo obedeció. «Adelante hasta el otro», repetí interiormente. Así me iba arrasando de nopal en nopal. De repente, vi casi a mis pies un pequeño arroyo, que a mis dilatados ojos se apareció como un gran río; árboles de grandes ramas se alzaban ante mí; hermosas jóvenes venían a llenar sus cántaros de agua cristalina; alegres y mofletudos niños nadaban y jugaban cortando sus ondulaciones, y un rebaño de robustas vacas sorbía el agua con avidez. Tuve aún fuerza para atravesar el arroyo y fui a caer al umbral de la cabaña donde me esperaba mi guía.

Más de una hora estuve tendido sobre un manto, confundido, estúpido, viendo pasar por delante de mis ojos mil objetos de formas diversas, y sintiendo como en sueños que una mano de mujer me acariciaba con dulzura. Cuando desperté de mi letargo, una joven india estaba junto a mí ofreciéndome una gran calabaza llena de un licor fortificante. La joven era hermosa; sus negros ojos me dirigían miradas compasivas; su cara roja, encuadrada en un marco de flotantes cabellos, parecía resplandeciente de luz; yo creí ver en ella un hada bienhechora. Ante su presencia me sentí emocionado; mi corazón se interesó por ésta mujer que tan amablemente socorría a un viajero desconocido, y estuve pensando un instante si no haría bien poniendo término a mi viaje, construyendo una cabaña junto a

la orilla del arroyo de Gaira. «¿Es preciso correr el mundo como un insensato, cuando puede encontrarse la felicidad bajo una choza de ramas, a la sombra de una palmera?»

Resistí, sin embargo, a la voz interior, cuya convincente elocuencia empezaba a conquistarme e hice señal a mi guía de ponernos en marcha, internándonos los dos en un bosque. Una hora después llegábamos a Santa Marta, en el momento en que un cañonazo anunciaba la entrada de un navío en el puerto.

Santa Marta

Santa Marta está situada en un un verdadero paraíso terrenal. Sentada al borde de una playa que se extiende en forma de concha marina, aparecen agrupadas sus blancas casas bajo el espeso follaje de palmeras, resplandeciendo al sol como un diamante engarzado en una esmeralda. Alrededor de la ciudad, el llano, extendiéndose en vasto círculo, se levanta en graciosas ondulaciones hacia la base de las montañas. Estas se van escalonando, apareciendo sus gigantescos peldaños diversamente matizados por la vegetación que los cubre y el cielo azul, oscurecido alrededor de las altas cimas; jirones de blancas nubes llenan las alturas, deshaciéndose en fragmentos sobre las cumbres; en este fondo de nubes, picos y montes de todas formas, destácase libre y soberano el Horqueta, cuyo doble cono, erguido sobre el horizonte, parece reinar en el inmenso espacio. Los enormes sostenes en que se apoya el pico de las dos cabezas se desarrollan a derecha e izquierda en dos cadenas de monte que se curvan alrededor del llano de Santa Marta, bajan, formando la larga arista de sus cimas una serie de graciosos saltos y van a sumergirse en el mar, a ambos lados del puerto, desafiando las tempestades sus gallardos promontorios coronados por viejos castillos derruidos.

La llanura parece así levantada en brazos del gigante Horqueta e inclinada ligeramente como un cesto de flores hacia el mar resplandeciente de luz. El promontorio del Norte se esconde por debajo de las aguas

y reaparece luego para formar el Morrillón y el Morro, dos islas rocosas que sirven de rompeolas a la entrada del puerto. El conjunto del paisaje encerrado en este recinto ofrece una armonía indescriptible; todo es rítmico en este apartado mundo, limitado hacia el continente, pero abierto por el lado del Océano. Todo parece haber obedecido a la misma ley, a juzgar por la dulzura de las ondulaciones, desde las altas montañas con sus redondas cimas, hasta las olas espumosas débilmente trazadas sobre la arena. Contemplando tan grandiosa belleza, bajo el inmarcesible azul de este cielo, no se sienten pasar las horas con traidora rapidez; sobre todo, por las tardes, cuando el disco del sol empieza a sumergirse en el mar y el agua tranquila viene a suspirar al pie de las rocas, la verde llanura, los valles oscuros de la Sierra, las nubes color de rosa y las cimas lejanas, vistas a través de un polvillo de fuego, forman en conjunto un admirable cuadro que hace cesar la vida del pensamiento para no sentir más que la necesidad de mirar. Cuantos han tenido la dicha de contemplar este grandioso paisaje no lo olvidan jamás.

El interior de la ciudad no está en armonía con la magnificencia de la Naturaleza que le rodea. Santa Marta fué el primer establecimiento que los españoles fundaron sobre la Costa Firme granadina, y, a pesar de la antigüedad de su origen, a pesar de su hermoso puerto, su título de capital del Magdalena y la fertilidad de cuanto le rodea, cuenta a lo sumo con una población de cuatro mil habitantes. Las calles, largas y rectas, como las de todas las ciudades que cuentan menos de cuatro siglos, no han estado nunca pavimentadas, y durante los días de viento fuerte se levantan nubes de arena que las hace intransitables. Las casas son bajas y mal construidas; los arrabales están formados por unas cuantas chozas de palos y tierra, cubiertas con hojas de palmera y pobladas por escorpiones y arañas monstruosas. En 1834, tres siglos después de su fundación, un temblor de tierra destruyó más de cien casas y agrietó la catedral y cuatro iglesias. Desde esta época, los montones de escombros no han

sido retirados, las casas ruinosas no han sido aún restauradas y las grietas se abren más cada día; sólo el tiempo ha poblado de hierbas y plantas las murallas desmoronadas y adornado la cúpula de la iglesia mayor con una verde guirnalda de flores rojas y amarillas. En esta ciudad, todavía ruinoso como al día siguiente del temblor de tierra, sólo vi una casa nueva y los cimientos de otra, cuyas obras estaban paralizadas y que debían servir para un colegio provincial. La antigua residencia del más rico comerciante de la población, en otro tiempo verdadero palacio, presenta hoy, por el lado del mar, un montón de ruinas; las paredes caídas han llenado de escombros el jardín; maderos, columnas y capiteles cubren el suelo y espinosos arbustos crecen entre las piedras.

A pesar de las huellas del desastre, Santa Marta está lejos de producir en el espíritu la misma impresión lúgubre que Cartagena: las calles son más anchas, las casas que no fueron destruidas por el temblor de tierra están enjalbegadas o pintadas con alegres colores, y además, la hermosa Naturaleza arroja sobre la ciudad sus bellos reflejos.

Después de haberse dividido Nueva Granada en ocho repúblicas federadas, Santa Marta ha votado la construcción de un faro sobre el Morro, el establecimiento de varias instituciones de utilidad pública y la fundación de una escuela para la enseñanza superior. ¡Quiera su sino que pueda continuar por ese camino y dejar pronto de ofrecer un triste contraste con la belleza que la rodea!

Delante de las casas, al centro de la extensa curva que forma la plaza, se levantan las ruinas de un antiguo castillo, cuyas murallas, en completo deterioro, ceden piedra a piedra, a las olas invasoras. Los bongos de la Ciénaga, cargados de bananas, pescados y nuez de coco, echan todos sus anclas al pie de la fortaleza, y, en medio de las piedras o sobre las plataformas de los baluartes, exhiben los indios sus mercancías. Las mujeres de la ciudad, generalmente vestidas con faldas muy cortas, acuden en multitud a procurarse las provisiones del día. Nada tan pintoresco como

este mercado al aire libre en las históricas murallas, que las olas, con sus eternos golpes, van destruyendo lentamente.

Los grandes navíos de Europa y los Estados Unidos fondean un kilómetro más al Norte, al final de la bahía y al pie de los promontorios para quedar resguardados de los vientos del Norte y del Este.

La playa, que se extiende entre los promontorios y la ciudad, está festoneada de un lado por el mar y del otro por las salinas, que se inundan alguna vez. Por las tardes sirve de paseo a toda la población, y los carros, caballerías y coches circulan en todas direcciones.

La aduana, un almacén ruinoso, un pequeño muelle, algunos cobertizos de hojas levantadas sobre los montones de mercancías, son las únicas construcciones que aparecen en el puerto; éste, lejos de parecer un centro de actividad, presenta más bien el aspecto de un lugar de recreo. Durante el día, muchos nadadores, blancos y negros, se arrojan desde el muelle, se lanzan como tritones alrededor de los buques y forman en el agua azul botones de blanca espuma; los zambos desocupados y los marinos, desde las bordas de los navíos, juzgan la hazaña de los nadadores aplaudiendo sus habilidades.

Pasadas las primeras horas de la mañana, consagradas al mercado, las calles de Santa Marta pierden el aspecto de actividad que les da la presencia de los indios, y el *far niente* es tan general en la población como en el puerto; los muchísimos establecimientos abiertos al público ofrecen a los compradores una insignificante provisión de bananas, cazabe, fósforos y chicha. Los habitantes de Gaira, de Mamatoco y de Masinga se retiran luego del mercado, llevando delante una reata de asnos y mulas. Los samarios se quedan en posesión completa de la ciudad y empiezan entonces la siesta, o bien se sientan a las puertas de sus casas bostezando y comentando alegremente los accidentes de la mañana, mientras que las señoritas, en la extremidad de los frescos corredores, se columpian en sus hamacas, suspendidas de las columnas del

patio. A medida que el calor aumenta, las voces cesan poco a poco; hasta los insectos paran de zumbiar; parece que la población entera descansa lánguidamente bajo una atmósfera voluptuosa. El trabajo parece un esfuerzo inútil en este clima feliz, donde la paz baja de las verdes montañas y del cielo azul.

¿Por qué vituperar a esta población que se abandona al goce físico de vivir cuando todo precisamente le invita? Sus habitantes no han sentido jamás las torturas del hambre y el frío; la perspectiva de la miseria no se presenta ante sus espíritus; la inexorable industria no les empuja hacia adelante con su terrible aguijón de avaricia. Los que tienen siempre todas sus necesidades satisfechas por la benévola Naturaleza no tienen necesidad de obrar contra ella por el trabajo y gozan perezosamente de sus bienandanzas; son todavía los hijos queridos de la tierra, y su vida se desliza en santa paz como la de los árboles y las flores.

Con frecuencia también, el calor, por más que la brisa marina lo atenúa un poco, es tan intenso que todo ejercicio produce cansancio, porque Santa Marta está situada bajo el Ecuador y la temperatura media es de veintinueve grados centígrados.

Cuando los valles y mesetas de Sierra Nevada estén poblados por miles de agricultores, los samarios, actualmente tan poco activos, se verán arrastrados en el gran movimiento del trabajo; y el comercio, con sus inmensos brazos, se apoderará de Santa Marta como se ha apoderado de otras poblaciones tropicales que se adormían descuidadas bajo su cielo encantador. En nuestros días, la capital del Estado de Magdalena no hace más que el comercio de tránsito; recibe del extranjero cargamentos de ropas y los expide hacia los mercados del interior; en cambio, envía a Inglaterra gran parte del oro extraído de las minas del Estado de Antioquía y algunos cargamentos de tabaco a Alemania. El total de la importación y exportación se eleva a la suma de unos catorce millones de francos anuales; cantidad insignificante que podría aumentarse considerablemente si se generalizara el cultivo de la tierra.

Como todos los extranjeros que visitan Santa Marta, yo me sentí desde el primer día embriagado por este aire cargado de aromas que perfuman el llano. En vez de ocuparme seriamente de mis proyectos de agricultura me abandonaba con pereza a la contemplación de los encantos naturales que la rodean. Sin embargo, no perdí el tiempo completamente: bien acogido en todas partes, me creé amigos que contestaban a mis palabras con galantería española; paseándome por la playa trababa conversación con los pescadores indios o mestizos; en todas partes hacía detenidos estudios sobre las costumbres, las creencias y los hábitos de las gentes. Para conocer los principales productos del llano no tuve más que pasearme a lo largo de los caminos y penetrar en los campos, donde me ofrecían frutos de todas las especies a precios económicos. Estos eran higos, bananas de muchas variedades, *sapotes* de color de sangre, ananas, papayes, ciruelas de los trópicos, *aguacates*, *mangós* oliendo a trementina, guayabas, *caramañone*, o manzanas de carbo, cuyo perfume es delicioso, *guanábano*, de sabor muy parecido al de la fresa con vino y azúcar, y otros muchos frutos exquisitos cuya nomenclatura exigiría un diccionario en toda regla. En este llano afortunado y en las vertientes de estos montes donde el sol madura a un mismo tiempo los más sabrosos frutos de todos los climas, no será difícil hacerse frugívoro como nuestros primeros padres y abandonar el brutal régimen de la carne y la sangre por el de los vegetales, que crecen espontáneamente del seno de la tierra.

En nuestros tristes climas del Norte, durante la temporada de invierno, muchos actos de la vida son causa de verdadero sufrimiento. Por las mañanas se necesita heroísmo para abandonar la cama. Al despertar nos encontramos con el cuerpo envuelto en una triple atmósfera de calor; escalofríos eléctricos agitan nuestro ser; los ojos se abren amorosamente a la vida, pero todo lo que nos rodea se halla invadido por el frío; el hielo cubre los cristales de la ventana; el blanco manto que los penetra nos hace presentir que una espesa capa de nieve cubre la tierra, el aire huracanado gime

sobre los tejados y penetra por la chimenea con murmullos de muerte. Así, pues, los que no tienen a su disposición todos los medios que constituyen lo que se llama *confort*, deben repentinamente salir de su agradable envoltorio, saltar sobre el helado piso de la alcoba y sumergir la cabeza en el agua: deben obrar rápidamente, sin ninguna reflexión, para realizar esta especie de suicidio. Los sibaritas prolongan su sueño con un plácido adormecimiento y se rebelan contra el día que llega; el sopor, la modorra les hace sordos a los ruidos de la calle y al importuno tic tac del reloj. Piensan casi con espanto que se van a despertar; les bastaría hacer un movimiento para disipar la pereza que les ata a la cama, pero tienen buen cuidado de no moverse; cierran los ojos, alejan de su mente toda idea y consiguen así prolongar el sueño durante algunas horas. Por fin, cuando llega el momento fatal de abandonar la cama, encuentra una razón para retardarse un poco; el niño recita su lección; la devota reza cincuenta *Ave Marias*, y el poeta compone sus versos.

Sólo los hombres verdaderamente fuertes se despiertan con alegría, se entusiasman al sentir correr por su cuerpo el agua helada y las frías caricias del aire exterior que penetra repentinamente por la ventana entreabierta. Esta energía puede también ser una necesidad, y en este caso, es preciso atribuir al agua fría, al aire helado, una gran parte de la fuerza inquebrantable, de la tranquila resolución de los hombres del Norte. Por eso quien desafía al frío demuestra su valentía y fortaleza.

¡Cuán suave es, al contrario, el despertar en los deliciosos países del Mediodía, en una llanura como la de Santa Marta! El vago perfume de las corolas que se abren, vienen a embarazar el aire de la alcoba; los pájaros agitan sus alas, llenando el espacio de mil cantos distintos, y la sombra de los árboles se proyecta sobre las blancas murallas en cuanto el sol naciente lanza su pródiga luz sobre estos países privilegiados. La atmósfera, tan dulce en el interior, es por fuera embriagadora, más fresca, más vivificante; el suave

céfiro entra en el cuerpo y en el alma y rejuvenece a quien lo aspira. En medio de esta Naturaleza que se despierta con tanto amor a la vida, es imposible no sentirse renacer con todas las energías de los años juveniles; en el seno de esta tierra tan hermosa, a los primeros rayos del sol se respira con avidez y la vida se siente renovada.

Desde el amanecer, gentes a pie y a caballo llenan los caminos que conducen al pequeño río Manzanares, así nombrado por los conquistadores como recuerdo del río de Madrid, y cada uno busca un sitio a propósito para hacer las abluciones de la mañana. El camino que yo seguía ordinariamente pasa a través de los huertos. Las altas hierbas tapizan los lados; los árboles, tocándose unos con otros, enlazan también sus ramas, que forman una arcada sobre la senda; parece una inmensa cuna de verdura. El sol hace penetrar a trechos sus hebras de oro y por algunos huecos se ven las hojas de los cocoteros formando penachos que se balancean a diez metros sobre los árboles del camino. Las ciruelas desprendidas de las ramas cubren el suelo, y las emanaciones de las flores dilatan el corazón. Con frecuencia pasan jóvenes indianas cabalgando sobre sus asnos y con las cuales se cambia el saludo acostumbrado: —*¡Ave María!* —*Sin pecado concebida.*

Llegados al puente del Manzanares (monumento notable en su género, porque es el único de la provincia, pero cuya construcción se compone de unas cuantas maderas bastante mal colocadas sobre unos cuantos machones agrietados y desmoronados), los grupos que van por el camino se disuelven, cada nadador baja al río cogiéndose a las ramas de caracolís o mimosas y se deja caer sobre el agua transparente o en la arena micácea de la orilla, que parece un mosaico de oro y plata. A esta hora de la mañana, los pájaros cantan y los enjambres de mosquitos no se arremolinan aún en el aire; el calor del sol no atraviesa el follaje de los árboles, y el agua que baja de los montes conserva la frescura de las rocas. Después de algunos minutos de ese baño delicioso y vivificante, se sube por el río y los vecinos se dispersan luego por los jardines, gozan-

do de las últimas frescuras matinales: así se pasan las primeras horas de la mañana en Santa Marta.

Una gran parte del día se emplea en echar la siesta, en particular los hombres, pues las mujeres aquí, como en todas partes, están todo el día ocupadas en los quehaceres de la casa. Cuando el excesivo calor no me permitía hacer alguna excursión por la playa, tomaba el partido de dejarme caer sobre mi hamaca con un libro en la mano. La casa que yo había alquilado por la módica suma de veinte pesetas mensuales, era bastante grande y estaba rodeada de un hermoso jardín que le prestaba apacible sombra; mi vecina niña Perlita, con un sorprendente instinto de hospitalidad, muy frecuente entre las mujeres criollas, no esperó las rutinarias fórmulas de una visita para proporcionarme los muebles que necesitaba. Extranjero, y apenas desembarcado en la nueva y querida patria, contaba ya con más simpatías y afectos verdaderos que en mi pueblo natal. Algunos jóvenes, ávidos de saber como lo son todos los neogranadinos, venían a conversar conmigo; las damas a que era presentado me interrogaban también con la libertad propia del país, exenta de toda gazmoñería. Algunas llevaban su audacia hasta preguntarme si las mujeres de Francia eran hermosas. En otra parte hubiera contestado con franqueza la verdad, pero ante los ojos ardientes de estas hijas del sol, solía contestar que allá, entre las espesas brumas del Norte, brotan graciosos algunos lindos capullos.

Una de las cosas que más me llamaba la atención era la viva inteligencia de la juventud de Santa Marta. Se expresan con viveza y elocuencia. Además del español, hablan casi todos una o dos lenguas vivas. Muy curiosos para todo lo que viene del extranjero, saben procurarse una educación superficial que les permite hablar acerca de todas las cosas sin quedarse nunca cortos. Esta educación no la deben a nadie más que a ellos mismos; en las escuelas no hay disciplina ni método, y para imponerse a los niños es preciso hablarles como amigos o tratarlos como hombres libres. El movimiento revolucionario ha dado en todos los países de América un carácter tal a la voluntad de los

niños y los hombres, que resulta imposible someterlos a la obediencia. Los profesores, si quieren ser respetados, se han de presentar como iguales ante sus alumnos. En Luisiana, un profesor francés, infatuado por las tradiciones clásicas, quiso introducir en su colegio una disciplina rigurosa, pero un día los colegiales se amotinaron e incendiaron la escuela.

Entre los niños, muy celosos de su dignidad personal, el amor propio se siente con exaltación; la emulación puede llevarles a hacer prodigios. Basta demostrarles el buen concepto en que se les tiene, para que procuren justificar la idea que se ha formado de ellos. Y los hombres de Nueva Granada no difieren en nada de los niños. El día que sientan como punto de honor la prosperidad de su país, fundarán escuelas, abrirán caminos y cultivarán su vasto territorio. El honor, que bien o mal comprendido no es otra cosa que el respeto a sí mismo, es una poderosa palanca, con la cual podrán levantar a ese pueblo; el honor bien entendido es la gran virtud que pondrá a los demás en movimiento. Las buenas cualidades de los criados granadinos son muchas, pues si bien se les puede reprochar cierta pereza moral, no se les puede negar inteligencia, bravura, afabilidad y, sobre todo modestia, virtud, esta última, que poseen sin excepción todos los hombres buenos.

El joven más notable de cuantos traté se llamaba Ramón Díaz. Era un mulato de unos dieciocho años y ya había tenido tiempo de procurarse sólida instrucción. En compañía de un viajero europeo había estudiado la Ornitología y la Botánica, en la llanura misma que rodea a Santa Marta; después de la marcha del explorador extranjero había continuado solo sus estudios. Con ayuda de algunos libros se había arreglado, para su uso, verdaderos cursos de Filosofía, de Literatura y Geometría. Sin embargo, la variedad y solidez de sus conocimientos no le habían inspirado la menor ambición; continuaba sin avergonzarse de su estado al lado de su madre, que tenía un puesto en el mercado, donde vendía una docena de bananas al día. Pero si carecía de ambición tenía, en cambio, una dignidad y un

amor propio que le honraban, y sabía que la posición social no es nada al lado de las prendas personales, que constituyen el valor real del hombre.

Ramón Díaz y sus amigos no eran los únicos que distraían mi atención; tenía además otras visitas: el mono, atado a una larga cuerda, que, harto de balancearse en una rama, venía de cuando en cuando a distraerme con sus juegos; el lorito, que repetía los nombres de todos los niños del barrio y se interrumpía algunas veces con el grito de *burro, burro*, aprendido, sin duda, de los indios, que se valen de esta palabra para animar a sus cabalgaduras; la pequeña cotorra verde, que de vez en cuando alargaba tímidamente el cuello como para darme un beso, parloteaba alegremente cuando yo le daba el encarnado fruto del cactus.

Rodeado así de amigos, y además bastante debilitado por el calor, no podía consagrar todo el tiempo al trabajo. No obstante, mis estudios, sin ser austeros, no dejaban de ser provechosos. Se puede aprender gozando: el columpio de mi hamaca, las sombras de las grandes hojas que el sol dibujaba en el suelo a través de los troncos del patio y la vista de la cúpula agrietada de la catedral, que destacaba su color violeta sobre el fondo azulado del cielo, eran cosas que me sugerían reflexiones que se grababan indeleblemente en mi espíritu. En el silencioso gabinete, sobre todo durante las largas noches de invierno, en nuestros países del Norte, el que busca la verdad la encuentra en la majestad de las serenas noches y puede mirarla frente a frente, sin que nada venga a turbar su contemplación. Esta conquista tiene algo de heroica y de fuerte, pero no tiene poesía en nada de cuanto le rodea. En medio de la Naturaleza tropical, poderosa y mágica, que embellece todos los objetos, cada pensamiento es al mismo tiempo un cuadro; las abstracciones, tan frías en el Norte, se armonizan aquí con el medio ambiente y con frecuencia una idea espera, para penetrar en el espíritu, que un rayo de sol se abra paso a través del follaje. Los hombres vibran al unísono con la Naturaleza.

Por la tarde se organizan bailes y excursiones. Los

tocadores de tambor y castañuelas se reúnen en las esquinas de las calles e improvisan conciertos que los niños imitan desde lejos golpeando cuantos objetos metálicos caen en sus manos, produciendo ruidos infernales. Las jóvenes se juntan en casa de la amiga que celebra su fiesta onomástica y bailan alrededor de un altar adornado con flores y guirnaldas; al lado de la imagen cuelgan todas las joyas y objetos preciosos que encuentran: collares, brazaletes, abanicos, piezas de ropa, estampas europeas representando el amortajamiento de Atala y la muerte de Paniotowski. Los murguistas tocan furiosamente sus desagradables ritornelos, subidos sobre muebles cubiertos de calicut y sólo descansan de hora en hora para absorber con presteza un vaso de chicha. La entrada es libre lo mismo para bailar que para beber; los gastos son de cuenta del dueño y de sus niñas. La casa se convierte en un puesto público hasta que llega el día del santo de otra muchacha joven.

Gracias a la belleza de las noches, los que se pasean son aún más numerosos que los que bailan; continuamente se forman y deshacen grupos; se oyen alegres cantares por todas partes confundiéndose las voces de los samarios con las de los marinos y el ruido armonioso de las olas. Los que no han visto el esplendor de las noches tropicales no pueden imaginarse cuán dulces son las horas pasadas bajo la luz velada «que baja de las estrellas»; no saben hasta qué grado puede elevarse el goce exquisito del ser humano acariciado por la purísima atmósfera que lo envuelve: los sentidos se sienten excitados a la vez, y los movimientos se hacen con tal libertad que los hombres parecen exentos de esa ley fatal de la gravedad.

El cielo, donde las estrellas, según Humboldt, brillan con una claridad cuatro veces más intensa que en la zona templada, está casi siempre libre de nubes, y se puede contemplar en toda su magnitud el arco inmenso de la vía láctea. La luz zodiacal redondea su orbe grandioso por Occidente; al Sur, aparecen como fresco de nieve las *nubes magallánicas*, grupos de constelaciones tan grandes como nuestro cielo y no obstante

perdidas como un tenue vapor en lo infinito del espacio. A cada instante, las estrellas fugaces, mucho más voluminosas en apariencia que las de nuestros climas, surcan el espacio dejando en pos largas franjas de luces multicolores; a veces parecen luminarias de fuegos artificiales.

Los perfumes de los jardines y los bosques aumentan la belleza enervante de las noches tropicales. Las flores de todas las especies abren sus pétalos y llenan de aromas el espacio. Algunos de esos olores, y entre otros el de la palmera *cornu*, se producen repentinamente e invaden la atmósfera; otros, más discretos, se insinúan con lentitud, llegando gradualmente a los sentidos, y hay otros también que imprimen una especie de ritmo a las ondas aéreas, lanzando su perfume a intervalos; pero todos se suceden con orden regular, produciendo así una verdadera gama de aromas. A imitación de Linneo, que hablaba de construir un reloj de flores en el que cada hora estaría indicada por la abertura de una corola, Spir y Martius, los célebres exploradores del Brasil, proponían disponer un jardín en forma de vasto reloj tropical en el que cada división del tiempo estuviese indicada por un olor diferente, saliendo de una flor entreabierta como el humo sale del incensario.

VII

Los alrededores de Santa Marta.—El Horqueta.—La azucarera de Zamba. El médico hechicero

Después de haberme instalado en Santa Marta, me faltaba hacer algunas excursiones por el llano y las montañas que le rodean formando gigantesco anfiteatro. Mi primera excursión fué hacia el promontorio que rodea por el Norte las salinas y el puerto de Santa Marta, y cuyas abruptas rocas resisten valientemente el empuje de las olas. Gracias a unos toscos escalones formados por las aguas en las rocas de pizarra, pude subir, no sin trabajo, hasta lo más alto de la colina. Desde la cumbre de la inmensa mole dominaba a la vez dos grandes bahías. Por la derecha se divisaban los suaves contornos de la rada de Santa Marta, en la que se balanceaban algunos barcos; por la izquierda aparecía el puerto de Taganga, más abierto, pero mucho más vasto que el de la ciudad, y, sin embargo, muy raramente visitado si no es por alguna goleta de contrabandistas o barca de indios. En aquel momento nada me daba señales de que por allí hubiera un hombre, ni siquiera una miserable choza de indígenas.

La violencia del viento me privó del deseo de contemplar durante largo rato los dos golfos de graciosas curvas que hay a cada lado de la estrecha cadena de montes, viéndome obligado a bajar por una larga escalera de rocas y a refugiarme en una gruta de la playa, abrigada de las olas por una multitud de desordenados arrecifes. Los vientos alisios son casi permanentes, y a cierta altura sobre el nivel del mar son muy

violentos; en la superficie de las aguas son intermitentes por el enfriamiento de éstas, mientras que en las alturas no hallan ninguna resistencia y soplan con toda su energía: las velas superiores de los navíos reciben siempre más aire que las bajas. Con auxilio de pequeñas hélices fijadas en los palos de los navíos, podría medirse la intensidad del viento a diversas alturas y rehacer en las corrientes atmosféricas los cálculos que tantos sabios han hecho sobre los ríos: así sabríamos a qué altura sobre el nivel del mar se hace sentir con mayor fuerza los vientos alisios en cada temporada del año y en cada latitud. Este trabajo, que para ser completo y concluyente exigiría, además, numerosas experiencias, se haría fácil sabiendo la regularidad con que sopla esta clase de vientos en la zona tropical.

Mi segunda excursión fué más larga y menos fácil que la primera. Se trataba de atravesar por su desembocadura el río Manzanares, seguir la playa hasta las ruinas del castillo de San Carlos y subir al monte que lo domina. Nada más fácil en apariencia, pero si se tiene en cuenta que una república de perros salvajes se había establecido allí y no dejaba entrar sin batalla a nadie en sus dominios, se comprenderá lo arriesgado de la excursión. Apenas había atravesado la barra, larga calzada de arena cortada a intervalos por las aguas dulces del Manzanares y las saladas del mar, cuando vi cinco grandes mastines levantarse furiosos de un penacho de altas hierbas, donde estaban acostados, y lanzarse contra mí con los ojos encendidos y el rabo alargado. En un instante me vi rodeado de cinco bocas rabiosas que se abrían para devorarme; cogí un trozo de madera medio oculto bajo la arena y de un certero golpe rompí la quijada al que más me amenazaba. Aquello fué una escena teatral; los mastines retrocedieron un poco y, meneando la cola en señal de afecto, vinieron inmediatamente a acostarse a mis pies. El perro herido me miraba con más servil ternura que los demás. Este cambio repentino enseñóme tanto como la lectura de un largo artículo de historia o de psicología. ¡Cuántos hombres, cuántos pueblos se arrastran así a los pies de los tiranos! ¡Cuántos es-

clavos no hay en América y en otras partes que gimen oprimidos, y que, no obstante, aman cobardemente al amo, contestando a cada acto de tiranía con una nueva bajeza!

Media hora después, haciendo que me halagaran a fuerza de pegarles, llegaba al fuerte de San Carlos, cuyos baluartes se levantan en la playa, sobre una roca. Las murallas están ruinosas, y los cañones, sufriendo desde hace más de un siglo el aire oxidante del mar, se caen a pedazos. Nada más pacífico que todo este material de guerra, expuesto a la justicia del tiempo. Por desgracia, desde lo alto del fuerte sólo se disfrutaba de una vista muy limitada, si no es por el lado del mar, que se desarrolla hacia Occidente en toda su inmensidad, y por el lado de tierra sólo se divisa un estrecho horizonte de rocas y cactus.

Para contemplar en toda su extensión el hermoso panorama de la llanura, es preciso aventurarse subiendo por la escarpada pendiente de la montaña al pie de la cual está construido el fuerte. Las dificultades de la ascensión empiezan en la base misma del monte. Las rocas de pizarra de que se halla compuesto están formadas de una masa friable que se disgrega bajo los pies y rueda en granillo a lo largo de las escarpaduras. Las únicas plantas que crecen en el monte pertenecen a la familia de los cactus, y están erizadas de formidables espinas; el suelo mismo está lleno de estos dardos acerados. Para subir por las piedras que se deshacen bajo los pies, con gran peligro de perder el equilibrio a cada instante, es preciso mover los pies con toda prudencia por entre las espinas y huir el cuerpo de los troncos y las ramas de los cactus. Un mal paso, un movimiento equivocado es suficiente para herirse gravemente clavándose en el cuerpo una de estas espinas. En otro tiempo, los españoles de Colombia plantaban alrededor de las fortalezas bosques de cactus, y estas fortificaciones vegetales eran más difíciles de franquear que las murallas y los fosos.

Con objeto de conocer mejor el aspecto general de los montes donde deseaba vivir y familiarizarme al mismo tiempo con los peligros que ofrecían, resolví

introducirme en el monte y elevarme todo cuanto me fuera posible por la falda del Horqueta. A cuantos pedí informe acerca de este monte quisieron asustarme con descripciones espeluznantes de una multitud de peligros imaginarios: me hablaron de culebras y de jaguares; un indio fuerte en cuestiones de aritmética llegó hasta afirmar con exactitud que había unos treinta animales de esta clase, catorce de ellos machos y dieciséis hembras, todos rondando por el Horqueta. Otro me afirmó que existía en los valles superiores una tribu de indios que tenía por costumbre asesinar a los extranjeros con flechas envenenadas con el *curare*. Un tercero sostuvo que las montañas estaban encantadas y que entre los naturales había hábiles hechiceros que tenían pacto con el diablo para impedir la entrada en sus dominios.

«El que franquea las primeras gargantas —me decía— debe desafiar lluvias verdaderamente torrenciales del cielo, que bajan semejando cataratas. Si la fuerza y la energía no faltase y se llega a los segundos desfiladeros, un huracán de nieve se opone al paso; pero sí, a pesar de la tempestad, continúa su ascensión, entonces el diablo en persona sale al encuentro y enseña sus cuernos al obstinado viajero.»

Esta fábula se apoya en un fondo de verdad, y puede dar a los supersticiosos una vaga idea de la superposición de climas, en los flancos de las altas montañas. En efecto, Sierra Nevada, puesta como una barrera gigantesca atravesada en los caminos que siguen los vientos alisios, recibe en sus valles los vapores del mar; a las dos de la tarde o a las tres, a lo sumo, y durante las dos temporadas anuales de sequía cuando un invariable azul cubre la llanura, el huracán estalla en la Sierra, y los vapores se resuelven en lluvias torrenciales que van a los valles inferiores, en tanto que las nieves coronan las alturas. Más arriba aún, se extienden los páramos, llanos desiertos donde los que no están acostumbrados a correr estos montes se sienten frecuentemente atacados por vértigos; y esos vértigos, ¿a qué atribuirlos sino a la maléfica influencia del diablo?

No temía los sortilegios; pero sin el auxilio de guías no me vanagloriaba de descubrir yo sólo los desfiladeros practicables y los caminos abiertos por los tapires en la espesura. En Santa Marta ni un sólo hombre, blanco, negro o zambo, había penetrado en la Sierra hasta el pie del Horqueta. Cuarenta días antes de mi llegada, una docena de hombres, provistos de armas y comida, habían salido hacia la montaña con la esperanza de obtener del Gobierno dieciséis mil hectáreas de excelentes tierras, prometidas a quien o a quienes descubrieran un desfiladero fácil en la dirección de Valle Dupar, villa situada en línea recta a veinticinco leguas al Sudeste; la expedición, lejos de franquear las crestas de la Sierra, descendió por un valle lateral al pueblo de la Fundación, cerca de Ciénaga. Es, pues, cierto, que estas montañas son de difícil acceso. Sin embargo, resulta extraño que una cima de más de cuatro mil metros de altura y a menos de cuatro leguas de distancia de Santa Marta, esté sin explorar hasta nuestros días. Los picos más elevados ni siquiera han recibido nombre y nadie ha sabido decirme qué pico era el llamado de San Lorenzo, citado con frecuencia en las obras de Humboldt. Yo creo que este gran viajero designaba con este nombre el Horqueta.

No hallando ningún español que quisiera servirme de guía, recordé la promesa que había hecho a mi amigo Zamba Simonguama, y resolví ir a visitarlo a Bonda, esperando hallar en él un excelente compañero. Pregunté dónde estaba situado Bonda y me miraban todos con extrañeza.

—En la Sierra no hay gente—me contestaron.

—¿Cómo, está el pueblo desierto?

—Que no hay gente le digo; no hay más que chinos.

Doblemente sorprendido por esta aserción contradictoria que negaba la existencia de habitantes en los pueblos de la Sierra y afirmaba al mismo tiempo que los chinos los habitaban, insistí con el solo objeto de descubrir la clave de este enigma, y supe que los habitantes del llano, blancos y negros, eran los únicos

que llevaban el nombre de gente; en cuanto a los indios de los montes no tienen derecho al título de hombres; no son más que chinos.

Este nombre, lo mismo que el de indios, puesto, naturalmente, por los primeros conquistadores de América, es una nueva prueba de que los españoles estaban firmemente persuadidos de haber descubierto las costas orientales de Asia. Cristóbal Colón creyó que las costas de Veragua, cerca de Porto Bello, estaban a nueve jornadas de la desembocadura del Ganges. Para él la isla de Cuba no era otra que el Japón o reino de Cipango; Costa Firme era una península de la vasta y misteriosa *Terra Sinensis*, y los pieles rojas eran chinos o indios. En la dificultad de la elección se les dió dos nombres: uno ha sido adoptado en Europa, mientras que el otro se ha perpetuado en América. Durante mucho tiempo los españoles negaron el título de hombres a los indígenas y los trataron como a bestias de carga. Los negros en América no fueron más respetados en un principio; pero, por efecto del cruzamiento y la abolición de la esclavitud, la mezcla entre blancos y negros se operó gradualmente, mientras que los indios continuaban distanciados en los valles elevados de los montes. Poco a poco, los negros y mulatos, con la presunción ingenua y el espíritu de asimilación que les caracteriza, se han afiliado atrevidamente entre la gente, y han dejado a los indios con la calificación desdeñosa de *nadie*. Hay que decir que en los Estados más civilizados de Nueva Granada, nadie hace estas distinciones injuriosas, sobre todo en las altas llanuras, donde los indios forman la inmensa mayoría de la población y en donde desde hace mucho tiempo han entrado en la vida política.

El deseo de ver a los chinos aumentaba mi entusiasmo por la excursión al Horqueta. Mi amigo Ramón Díaz se ofreció a acompañarme hasta Mamatoco, aldea india situada a una legua de Santa Marta, en la orilla izquierda del Manzanares.

X El estrecho camino que conduce a esta aldea atraviesa los jardines del llano, sigue por el Norte la dirección del valle, en la base de la cadena montañosa,

y penetra luego en un desfiladero dando vueltas a algunas colinas rocosas, cubiertas de cactus. Por ahí es por donde el Manzanares se desborda y amenaza inundar a Santa Marta. A la otra parte del río, que se atraviesa por un vado, el camino es excelente, y se llega en algunos minutos a Mamatoco, larga calle de cabañas, en medio de la cual hay una casa con ventanas y galerías, perteneciente al cónsul inglés.

Casi todos los indios estaban ocupados en sus trabajos agrícolas; la calle aparecía desierta; los únicos que la habitaban eran los buitres, parados en lo alto de las chozas. Como nada interesante podía detenerme en este punto, me despedí de mi amigo Ramón Díaz, después de haberme dado algunos informes necesarios, y continué subiendo el camino tortuoso que, atravesando el bosque, conduce a Bonda.

Mi antiguo compañero de viaje, Simonguama, me recibió con una explosión de alegría y corrió a avisar a sus amigos para celebrar mi llegada con una botella de chicha; inmediatamente me sirvió un plato de *pichipichis*, y me hizo prometer que pasaría la noche en su cabaña. Hecho todo un *caballero*, me enseñó y puso a mi disposición sus herramientas, instrumentos y vestidos; sólo olvidó presentarme a su mujer, indiana trabajadora, cuya cabellera en desorden flotaba al viento como las crines de un caballo. Jamás su marido le dirigió la palabra; éste le daba órdenes por medio de señales que comprendía ella admirablemente y las hacía con diligencia. Para los extranjeros, las mujeres de los pieles rojas de Sierra Nevada continúan siendo mudas esclavas. ¿De qué proviene esa pérdida absoluta de los derechos de esposa, en cuanto entra un tercero en su cabaña? Tal vez de un refinamiento de celos por parte del marido. Este pone en todos sus actos una especie de espíritu religioso y considera a su mujer como una institución más bien que como persona; la mujer es su propiedad por excelencia y para mejor conservarla ni siquiera tolera que sea admirada. El musulmán hace que su mujer se tape la cara; el indio, más celoso aún, le quita toda

individualidad. Considerada como una máquina, cumple admirablemente su misión.

Mi título de francés me valió un recibimiento admirable por parte de los indios invitados por Zamba. Los piratas bretones y de Nantes, que en otros tiempos poblaron el mar de las Antillas y que han dejado tantos y tan sangrientos recuerdos en las costas de Colombia y de América Central, no atacaban más que a las fragatas, las plantaciones y las poblaciones españolas, y en sus excursiones observé que tomaban con frecuencia a los indios como compañeros de asesinato y de incendio. De aquí proviene sin duda la popularidad que goza el nombre de francés. Bien a pesar mío, me hacía solidario de los antiguos piratas de las islas Tortugas.

Lo mismo que las demás tribus de la Sierra de Santa Marta, la de Bonda descende del antiguo pueblo de los Taironas, que, cuando llegaron los españoles, se extendió por los valles y cultivaba la Sierra hasta cerca de los hielos, formando una población que podía poner en pie de guerra más de cincuenta mil combatientes. Más de una vez este pueblo rechazó a los españoles y la playa de Gaira fué testigo de una de las derrotas de estos últimos. Sin embargo, atacados de nuevo, sucumbieron los indios ante la disciplina y valor de los europeos y, si existen todavía, es probablemente debido a haberse retirado a lo más alto de los montes, en donde viven aún, y sin lo cual ni uno siquiera hubiera escapado al hierro y al fuego. Actualmente, los descendientes de las antiguas Taironas están en un período de transición. No han entrado todavía en la vida civilizada como sus hermanos de los Estados de Santander el de Bogotá, pero no viven ya en la salvaje libertad de otros tiempos. Ni siquiera hablan la lengua de sus padres, y después de la Guerra de la Independencia, que los ha transformado en *soldados* y *ciudadanos*, han perdido el sentimiento de la patria chica por el de la patria granadina.

Los caciques de la Sierra no han tenido jamás sino una autoridad libremente consentida por todos los

miembros de la tribu; sin embargo, en otro tiempo podían juzgar todas las diferencias y condenar sin apelación a cualquier delincuente. En realidad, los caciques no son más que simples jueces de paz: todos los asuntos criminales de alguna importancia los falla el tribunal de Santa Marta. Simonguama lo sabía por propia experiencia. Si hubiera sido juzgado en su tribu, la pena de tres años que le fué imuesta por haber saqueado la cabaña de un mulato de Mamatoco, no hubiera sido seguramente tan dura. Cada pueblo tiene su moral; para los demás individuos de Bonda, Zamba no había cometido más que una ligereza y, vuelto del presidio, no había perdido nada de su consideración.

A pesar de las apariencias, la religión de los indios difiere esencialmente de la de los samarios. Es cierto que ya no adoran al Sol: en general todos tienen en sus chozas la imagen de la Virgen, pero esta imagen no es lo suficiente para suponerlos católicos. La Virgen les parece una buena diosa para dentro de la cabaña, pero completamente impotente fuera de ella. En cuanto salen de su choza y ven levantarse por encima de los bosques y de los picos las dos puntas azules del Horqueta, no tienen más dios que esa doble cima todas las tribus que viven a su sombra; es ese monte el que arranca las nubes al cielo para coronar su frente; él quien alimenta los barrancos y los arroyos que bajan susurrantes a sus pies; quien habla con la voz de los truenos; quien fertiliza la llanura con sus lluvias, con los ríos que salen de sus entrañas. ¿No es al Horqueta a quien se debe toda clase de homenajes por el crecimiento de las plantas y los alimentos cotidianos? ¿Y no es el Horqueta quien nos hace temblar cuando lanza la tempestad por los valles que le circundan?

Después de su vuelta del presidio, Zamba había tenido tiempo para hacerse industrial montando un pequeño molino de azúcar. Durante los pocos instantes que me dejaba libre, examinaba en detalle los aparatos de su fabricación. Lo mismo que los de todas las modestas industrias de la Sierra, se reducían

éstos a bien poca cosa; pero no por eso me parecieron menos respetables como tipos originales de esas máquinas complicadas y sabias que vemos hoy en los grandes talleres de Europa y los Estados Unidos. Un asno atado a un aparato hacía rodar dos rulos, uno sobre otro, por medio de un engranaje de madera; un niño metía la punta de la caña dulce debajo de los rulos, y el jugo caía por un tubo de bambú en una enorme calabaza, donde un segundo niño, provisto de una calabaza pequeña iba depositándolo en una marmita. Esta marmita, sostenida por unos cuantos ladrillos, descansaba sobre un hornillo practicado en el suelo, de modo que para activar el fuego era preciso bajar un pozo de más de un metro de profundidad, en el cual, y dicho sea de paso, unas cuantas gallinas se estaban «acomodando» para pasar la noche. Cada veinticuatro horas vacían la marmita en un depósito, donde el jarabe se coagula; después lo cortan a trozos en pequeños panes rectangulares, y, con la banana, constituyen la alimentación principal en las provincias septentrionales de Nueva Granada. Los indios y los negros se contentan a veces con azúcar para sus comidas. El consumo de este alimento es mayor en las costas de Colombia que en las Antillas. Yo he calculado que el consumo de azúcar por individuo y por año es de más de quinientos kilogramos.

Cuando llegó la noche, Simonguama, queriendo dar hospitalidad como un galante español, hizo desplegar a su mujer una gran tela nueva, tejida con fibras del agave americano; luego, subiendo sobre un tronco de guayaco, que servía alternativamente de mesa y de silla, consiguió extender esta tela sobre mi cama. Jamás, quizá, un indio había desplegado tal lujo, y yo manifestaba a Zamba mi gratitud, cuando repentinamente un escorpión cayó del doblez de la tela. Las palabras se ahogaron en mis labios, y, sólo venciendo un espanto horrible, pude subir a mi improvisada cama. La noche no fué nada confortable, y no tengo ningún reparo en declarar que la pasé en vela creyendo a cada instante que otros escorpiones caían sobre mí, para clavar su terrible dardo en mis carnes.

Al día siguiente, al bajar del «gallinero» de cañas salvajes sobre el que tan desagradablemente había pasado la noche, a tres metros de altura sobre el suelo, invité a Simonguama a que me acompañara al Horqueta; pero me declaró ser desconocedor de las regiones montañosas y no haber recorrido más que las sierrecitas que le rodean. Me ofreció conducirme hasta Masinga, aldea situada en la cumbre de una meseta muy elevada, de donde se goza de una vista admirable, del mar y la llanura de Santa Marta, afirmandome que allí hallaría fácilmente un guía... En efecto, apenas había preguntado al jefe de los indios de Masinga cuando éste me presentó un joven que, según dijo, podía acompañarme por «todas las partes del mundo». Terminado el contrato con tan incomparable guía, nos pusimos en marcha inmediatamente.

Durante varias horas consecutivas marchamos por el bosque, sobre la ladera de un valle en cuyo fondo se oía el murmullo de un arroyo; luego seguimos un camino trazado por las cabras y, hacia las dos de la tarde, llegamos a un llano árido donde desaparecía toda huella de camino. Enfrente, muy por encima de nuestras cabezas, aparecía azul y serena la doble cima del Horqueta, separada de nosotros por un abismo; volviendo la vista se podía ver aún el llano con su lienzo de verdura extendido alrededor de las aguas tranquilas del puerto.

X El guía, que hasta allí había marchado con paso firme, empezó a dar señales de inquietud; había llegado al fin del mundo por él conocido y tuve que convertirme yo en conductor suyo. Primero subí sobre un gran «peladero», con la esperanza de poder rodear por el Sur el profundo valle que se extiende al pie del Horqueta; ya arriba, vi que era preciso franquear aquel abismo y, descendiendo por una garganta cuyas pendientes estaban pobladas de un bosque de cañas espinosas, llegamos maltrechos al fondo del torrente. Las orillas de éste estaban cubiertas de una vegetación tan entrelazada que, para avanzar, nos era con frecuencia más fácil saltar de rama en rama, como los monos, que arrastrarnos por tierra. Cuando

ya teníamos deshechos los vestidos, las manos, la cara y hasta el cuerpo, llegamos a la meseta que domina el otro lado; pero al llegar al borde del bosque que se extiende por la falda misma de la montaña, nos fué imposible franquear la barrera de troncos, de lianas y plantas parásitas entrelazadas. Al mismo tiempo, un amenazador huracán empezaba a bramar sobre nuestras cabezas. No tuve más remedio que ceder a los lamentos de mi guía, dar ignominiosamente media vuelta y retroceder.

Tal como me lo habían predicho en Santa Marta: los sortilegios del diablo destruyeron mi proyecto.

Para volver a Masinga, el camino más cómodo me pareció el lecho del torrente cuyo valle habíamos atravesado. El descenso fué penoso: durante dos horas, bajo una lluvia torrencial, tuvimos que saltar de peldaño en peldaño una inmensa escalera cuyas gradas eran rocas gigantescas y amontonamientos de árboles y leña. Las gentes acostumbradas a excursiones por los montes saben que para una descensión así es preciso entregarse completamente al instinto y poner en los miembros toda la inteligencia de la cabeza; reflexionar cuando se tiene un pie al borde de un precipicio y el otro se balancea en el vacío, es lo mismo que caer y destrozarse. Tan pronto es preciso saltar por encima de una rama como arrastrarse por debajo de la espesura; hay que saber saltar, tener acierto y precisión en los movimientos, saber guardar el equilibrio, lo mismo al borde de un abismo que al pasar por las anfractuosidades de las orillas de un río; es preciso tener tacto admirable y cogerse a una rama sin romperla y a una hierba sin arrancarla.

Bajábamos rendidos, perdido el instinto y la inteligencia, cuando, repentinamente, sentí un vivo dolor en un ojo; una avispa del país, *conchachona*, cuyo nido, suspendido en una brancha, había tocado sin fijarme, acababa de herir mi pupila. En pocos segundos, el ojo picado había desaparecido, cubierto por una hinchazón alarmante y molesta, y con el otro apenas si podía distinguir algo, debido al dolor y la hinchazón de que también participaba. En tan lamen-

table estado me arrastraba penosamente de piedra en piedra, cuando, sin esperarlo, me encontré con agua hasta más arriba de la cintura.

Afortunadamente, las primeras cabañas de Masinga no estaban ya lejos; ayudado por mi guía, avancé con dificultad hasta llegar a ellas, e inmediatamente me dirigí a la choza del cacique a reclamar la hospitalidad a que me daba derecho mi calidad de extranjero. Mi patrón puso en seguida algunos paños en mis ojos, me acostó en una especie de cañizo suspendido de las maderas del techo y luego corrió a avisar al médico hechicero de la aldea.

Este, hermoso joven de simpática y bondadosa mirada y andar vacilante, me acarició durante un momento la cara, como es costumbre entre los indios, y luego me aplicó en la pupila una hoja de *naranjito*. En pocos minutos me sentí completamente curado.



VIII

San Pedro.—Minca.—El plantador filósofo.—Los correos

Durante mi estancia de algunas semanas en Santa Marta me había ya convencido que me sería bastante difícil fundar una explotación agrícola, tal como yo la entendía. Casi toda la llanura está dividida en partes de escasa extensión, pertenecientes a negros o mestizos que cultivan ellos mismos los árboles frutales y marchan todas las mañanas a la ciudad a vender sus frutos. No podía tampoco pensar en asociarme a ninguno de estos agricultores, bravos sujetos que viven sin ninguna preocupación del porvenir y pasando la vida perezosamente o disputando sobre el paso de las aguas de riego, con frecuencia acaparadas en provecho de uno solo. En cuanto a los valles de la Sierra, cuyos terrenos son de una exuberante fertilidad y suficientes para mantener medio millón de hombres, habían sido cedidos, desde hacía mucho tiempo, a algunos grandes capitalistas que no quieren venderlos ni cultivarlos, y que con la vaga y ambiciosa esperanza de una futura colonización emprendida por millones de trabajadores, se niegan a vender la más insignificante parte de su inmenso territorio. Estos capitalistas ni siquiera han visto sus tierras ni han pensado en averiguar su verdadera extensión; pero por las tardes, cuando se pasean por la playa, pueden contemplar los montes azules y los valles llenos de sombra, y exclamar con satisfacción: *Todo eso es mío.*

Las vertientes de Sierra Nevada por el lado de

Santa Marta son las únicas que han sido monopolizadas en previsión de futuras emigraciones; las otras vertientes y la mayor parte de la cordillera central no han sido aún concedidas a nadie por el Gobierno de la República, y todo colono serio puede establecerse sin pasar por las horcas caudinas de otros propietarios. Por desgracia, estas regiones son completamente inaccesibles para los viajeros que salen de Santa Marta y, para penetrar en el centro mismo de la Sierra, es preciso tomar como punto de partida la ciudad de Río-Hacha, o los pueblos situados al Mediodía en el gran valle del Río-César. No tenía, pues, más remedio que abandonar Santa Marta; pero con objeto de retrasar lo más posible la realización de mi propósito y no perder el tiempo, resolví completar mis estudios preliminares sobre la agricultura colombiana en la vega que riega el Manzanares.

En esta época, las únicas explotaciones serias del distrito eran las de San Pedro y las de Minca, pertenecientes al mismo propietario, a don Joaquín Mir, el más rico comerciante de la villa. San Pedro está situado no lejos de Mamatoco, entre el Manzanares y su principal afluente que baja desde las gargantas del Horqueta. El agua, elemento tan necesario para las plantas, corre en abundancia por los pequeños acueductos improvisados, en toda la extensión de los canales de servicio; árboles gigantes, cuyas raíces se sumergen en el río, cubren con sus hojas de un verde sombrío, los vastos cañaverales. En los campos, de donde se escapan perfumes irritantes, se ven innumerables arbustos cubiertos de flores que caen en cascadas sobre sus ramas inclinadas; por todas partes, la Naturaleza hace su obra como madre generosa y produce sabrosos frutos, apenas sin la intervención del hombre. Las construcciones de la explotación contrastan vergonzosamente con la vegetación que las rodea; generalmente éstas presentan un pobre aspecto; las cuadras están sin pavimentar; las máquinas de vapor, enmohecidas, funcionan de tarde en tarde, y la mayor parte del vino de caña se destila para transformarlo en chicha. En una modesta habitación de San Pedro fué donde murió, en

el año 1830, el general Bolívar, acusado por sus conciudadanos de haber atentado a las libertades de su patria y de haber intentado gobernar como emperador la República que le había nombrado presidente.

Minca, así nombrada porque una tribu de este nombre ocupó en otro tiempo esta población de la Sierra, es una de las más antiguas plantaciones de café de América, y sus productos son ventajosamente conocidos en todo el Mar Caribe.

Los extranjeros que residen, aunque sólo sea algunas semanas en Santa Marta, casi todos van a visitar Minca, y, a pesar de las fatigas de una marcha de cinco horas por caminos malísimos, no se arrepienten nunca de haber realizado esa excursión, única que puede hacerse sin peligro por la Sierra propiamente dicha.

Después de haber rodeado la fábrica de San Pedro, se suben sucesivamente las pendientes de varios «peladeros», y luego se sigue el borde de una profunda garganta, más bien adivinada que vista, por la grandeza de los árboles y lo apretados que están unos a otros. Cuando del estrecho camino, por el que se va como suspendido, se mira al fondo del valle, preséntase a la vista un abismo de verdura, una mezcla inextricable de troncos, lianas y hojas. Apenas se puede ver un punto blanco, un pequeño lienzo de espuma que indique el paso de un arroyo, cuyas cascadas, no obstante, rugen bajo su bóveda secular, como trueno continuo de tempestad lejana. Por encima del camino, los mismos árboles que en el fondo, no dejan ver sus gigantescos troncos el cielo azulado, pues lo tapan con sus hojas y no dejan pasar más que una tenue y misteriosa luz. El suelo mismo desaparece cubierto por un tejido de plantas de toda especie. Una vez llegué hasta el extremo de no poder darme cuenta del paisaje que me rodeaba; me parecía que pasaba sobre un puente de verdura colocado sobre el torrente que susurraba a gran profundidad; pero los árboles que se levantan a derecha e izquierda estaban tan bien enguirnaldados de plantas parásitas y de flores, las orillas del puente tan pobladas de altos arbustos tan entremezclados, que no pude saber si era

obra del hombre o una bóveda de roca agujereada por el arroyo.

Se comprende que en una naturaleza tan fogosa el camino esté frecuentemente oculto por la vegetación y obstruido por árboles caídos y embarrancados por la corriente de las aguas; sin embargo, al lado de este camino, cuyas curvas cambian todos los años, se ve aún el antiguo camino de los indios mincas, pavimentado de losas de granito de más de un metro de longitud. En los parajes donde la pendiente del monte es muy inclinada, estas losas aparecen dispuestas en forma de peldaños; lo más frecuente es que estén puestas de plano sobre el suelo inclinado, formando un piso resbaladizo, por el cual las caballerías no pueden pasar sin exposición, sobre todo cuando llueve. Lo más chocante de este camino es que no rodea ningún obstáculo: sube por las colinas escarpadas y desciende rápidamente hacia los valles sin desviarse nunca de la línea recta; se ve que este camino fué construido por una raza de montañeses, para quienes la fatiga no era cosa conocida.

Desde la cima de una roca escarpada que hay en el camino se descubre repentinamente la plantación de Minca como una vasta sábana extendida en medio del verde bosque. Un puente construido sobre el arroyo de Gaira y luego dos filas de naranjos conducen a la habitación principal, situada a seiscientos metros de altura sobre el nivel del mar y en mitad de la pendiente de una estribación del Horqueta, dominando una garganta que forma un semicírculo alrededor de la montaña.

Desgraciadamente, este cafetal no está mejor cuidado que la azucarera de San Pedro. Los cafetos, plantados de tres en tres metros, están cubiertos de hierbas parásitas; todo está abandonado, inculto. Los obreros mismos parecen bastante más preocupados de la siesta que del trabajo.

¡Cosa extraña! En esta plantación tan fértil, en la que basta sembrar al azar para que la tierra centuple el producto, y en donde podían crecer todos los árboles frutales del globo, no han pensado en

roturar un poco de terreno en el bosque para plantar bananos o un pequeño campo de legumbres, y todas las mañanas, una caravana de «peones», asnos y mulas, tiene que ir a Santa Marta, a cinco leguas de distancia, para procurarse las provisiones del día.

Cuando me presenté yo mismo al capataz Fortunato, el buen hombre se sorprendió mucho de mi inesperada llegada; con gran trabajo pudo hallar en la plantación cuatro bananos y un pan de azúcar para cumplir con ello los primeros deberes de hospitalidad.

Ordinariamente, los visitantes llevan consigo los víveres necesarios para la excursión, con objeto de no verse reducidos a tener por toda comida una taza de café.

La decadencia de Minca data de la abolición de la esclavitud. Antes de esta época, gran número de negros trabajaban en ella, no tratados por el látigo, castigo que jamás sufrieron los esclavos de Colombia, siempre respetados por sus amos, sino bajo una vigilancia rígida y un trato afable que les tenía sujetos por un lazo moral, afecto que a nadie faltaba. El trabajo se hacía con regularidad en presencia o ausencia del amo, durante las temporadas favorables, y una vez vendidas las cosechas, entraba dinero en abundancia en la caja para «retribuir» a los esclavos sin enriquecerse el señor. Cuando a aquellos siervos se les devolvió la libertad, los propietarios no cambiaron sus antiguas costumbres y, en vez de modificar los instrumentos de trabajo y sustituir por obreros libres a los desgraciados esclavos, abandonaron sus propiedades en manos de los antiguos capataces que no sabían nada del libre contrato del trabajo, llegando en muy pocos años a la ruina en que hoy se encuentran.

En un país como Nueva Granada, donde todos los ciudadanos tienen derecho a una parte del suelo, y en donde las exigencias materiales se reducen a la más simple comida, que puede obtenerse con un insignificante trabajo, todo propietario, con objeto de prosperar, debe hacer a sus obreros partícipes en sus beneficios. Algún tiempo después de mi salida de San-

ta Marta, don Joaquín Mir hizo venir directamente de Génova unos cincuenta agricultores, con los cuales esperaba transformar las tierras de Minca en campos florecientes. Estos italianos pasaron los tres meses de su contrato en el más absoluto *far niente*, y, terminado su compromiso, se pusieron a roturar tierras cada uno por su cuenta; la mayor parte se establecieron entre la Ciénaga y Santa Marta en un pueblo recientemente establecido, la Fundación. En él, cerca de cien familias europeas se dedicaron al cultivo del tabaco, y en espacio de cuatro o cinco años, por la sola impulsión del trabajo libre, lo han convertido en el más importante centro agrícola de las costas de Nueva Granada.

A mi regreso de Minca tuve ocasión de ver cuán fácil es enriquecerse por medio del trabajo agrícola en las regiones montañosas de Nueva Granada. En el fondo de una torca vi una senda lateral serpenteando por entre las hojas de las plantas de los lados; seguí con cierta curiosidad el camino, y muy pronto me encontré en un trozo de bosque roturado y ante un cobertizo reducido a la más mínima expresión, consistente en una cubierta de hojas sostenida por cuatro troncos derechos. En una hamaca, suspendida por largas cuerdas atadas a las traviesas de la cubierta, se columpiaba un anciano de majestuosa cara, leyendo tranquilamente un periódico. A su lado, dos jornaleros dormían profundamente, acostados sobre mantas; una mula, atada a uno de los sostenes del cobertizo, comía hojas de maíz; por tierra se veían esparcidos algunos machetes, monturas, vestidos, marmitas, platos y otros objetos; en un rincón, entre dos piedras ennegrecidas, unos cuantos carbones acababan de apagarse. Al ruido que yo hice agitando las hojas, y lleno de gozo al ver un «caballero» extranjero, se sentó sobre la hamaca y me invitó cortésmente a descansar bajo su cobertizo; luego despertó a uno de los peones y le ordenó que extendiera otra hamaca y me preparara una taza de *jengibre*.

Demasiado discreto para interrogarme inmediatamente sobre el objeto de mi viaje, me obligó a expli-

cárselo relatándome él el porqué de haber venido a establecerse en un rancho, perdido en el fondo de la sierra. Habiendo heredado, desde hacía algunos meses solamente, una porción de tierra de varias leguas cuadradas, el señor Collantes había tomado la resolución, muy extraña a los ojos de sus amigos, de ir a cultivar una pequeña parte de sus vastos dominios. Eligiendo, cerca del camino de Minca, un hermoso valle con agua abundante y desprovisto de grandes árboles, prendió fuego al bosque por varios puntos a la vez, y el incendio, propagándose con rapidez, formó inmediatamente un claro en el que aun se veían algunos troncos ennegrecidos. Dos o tres días fueron suficientes para que el rancho se levantara sobre las cenizas; la hamaca fué suspendida y Collantes se acostó como sobre un lecho de justicia. Sin perder su posición horizontal, señalaba los trabajos agrícolas e indicaba en qué parte del valle o de las colinas próximas sembraría el tabaco, plantaría los bananos y la caña dulce. Comía con sus obreros, bebía con ellos el jengibre o el café y, bastante antes de las horas de calor, no se olvidaba de llamarles para la gran siesta cotidiana. Cada dos o tres días un peón iba a la ciudad a recoger los periódicos, la correspondencia y las provisiones; algunas veces, los amigos o extraños que iban a Minca, le hacían una visita, y el anciano, verdadero filósofo, no deseaba más para ser feliz. Estaba al abrigo de la lluvia, su hamaca y un par de sábanas sustituían a los muebles superfluos de la ciudad; el periódico le daba noticia de lo que pasaba por el mundo; veía ondular, agitados por el aire, sus bananos y cañas; ¿qué más podía desear? Además, estaba seguro de que su empresa tendría un satisfactorio éxito, porque los gastos eran casi nulos y los frutos se vendían anticipadamente y a buen precio; no se preocupaba más que de tener ocupación para sus trabajadores, a quienes había hecho socios suyos.

Para estudiar las prácticas de la agricultura tropical hubiera podido pedir unas cuantas semanas de hospitalidad al plantador Collantes; pero preferí establecerme en las inmediaciones de la ciudad, en casa

de un joven e inteligente italiano que tenía un hermoso huerto a media legua de Santa Marta, y cultivaba los árboles frutales más importantes y algunas plantas industriales. Este joven, contento de tener a su lado un compatriota, porque en la América del Sur todos los latinos se llaman así, acogió mi demanda con alegría, y, bajo su dirección, me puse inmediatamente a trabajar.

X En el espacio de algunas semanas aprendía a conocer las diversas clases de frutas, labores y simientes; planté una hilera de bananos, ayudé a recomponer el canal de riego, y, bien o mal, ya hacía yo la fécula de mandioca; todo esto ante la gran extrañeza de un zambo que ganaba dos pesetas al día maldiciendo, y que no podía comprender cómo un hombre, con sus sentidos cabales, pudiera hallar placer en el trabajo.

Yo hablaba mucho, sin embargo y, para mejor hacer mi aprendizaje, elevándome a la *dignidad* de propietario, tuve la idea de comprar un hermoso jardín situado a orillas del Manzanares y con agua abundante. Me lo ofrecían con una casita y sus árboles frutales por la módica cantidad de treinta y ocho francos. Estaba a punto de cerrar el trato, cuando al ir a consultar a mi italiano, me lo encontré echado sobre una manta con la cabeza ensangrentada; en una riña, después de haber bebido, un compañero de botella le había roto la cabeza con un palo. Esta aventura, que me revelaba ciertos vicios repugnantes en mi patrón, enfriaron mi entusiasmo, y, no hallando a nadie que pudiera servirme de maestro en lugar de Andrea Guistone, resolví aplazar mi viaje a Río Hacha.

Podía elegir la vía marítima o la de tierra: la primera me parecía mucho más agradable; pero estábamos al principio de la temporada de lluvias, y, sin rodearme de una multitud de precauciones que no estaba en condiciones de tomar, me hubiera sido imposible trasladar mi equipaje por la playa. Además, la carrera hubiera sido horriblemente pesada. Los correos, que eran los únicos a quienes hubiera podido rogar que me sirvieran de guía, hacen en tres días el trayecto de ciento sesenta kilómetros entre Santa

Marta y Río Hacha. En las dos primeras etapas, sólo se encuentra un rancho en donde poder hallar algún socorro en caso de accidente; de una población a otra no hay ni siquiera camino abierto, y es preciso seguir las orillas de la playa y pasar por entre el agua y las rocas, en cuya base se estrellan las olas.

Hay parajes en los que es necesario aprovechar el momento en que la ola se retira para arrojarse al agua y, hundido hasta el cuello, pasar de un promontorio a otro. Un momento de vacilación es bastante para que la ola llegue y arrolle cuanto encuentre a su paso, destrozándolo contra los arrecifes. Entre Santa Marta y Río Hacha desembocan veinte ríos. Durante la época de la sequía casi todos depositan sus aguas en las lagunas del interior, que están separadas por un cordón del litoral; pero, durante el período de las lluvias, se abren varios cauces en la arena, que cambian cada día, teniendo los correos que pasar más de cien veces con el agua hasta el cuello en las tres jornadas. Cuando estos ríos no son muy profundos, se puede seguir la barrera marcada por la línea blanca de las rompientes; pero, andando por la arena, que cede al peso de los pies, no hay que olvidarse de descargar fuertes machetazos a derecha e izquierda para ahuyentar a los monstruos, cocodrilos y tiburones que suelen a veces estar por las orillas. Si el agua es abundante o la corriente muy rápida, para pasar a pie hay que atarse fuertemente bajo los brazos dos odres, con objeto de que queden fuera del agua el pecho y los brazos, y con el machete en la mano se atraviesa la desembocadura. La administración de correos ha elegido para estos servicios a jóvenes indios, andadores por excelencia que, en caso de necesidad, hacen esa distancia en una sola carrera, llegando al final tan frescos como en el momento de empezar. Estos jóvenes han de ser siempre tres por precisión para poder luchar, si el caso se presenta, con los jaguares; uno lleva sobre la espalda el saco de la correspondencia; el segundo se encarga de las provisiones, y el tercero lleva las armas y los odres. Cada carrera se paga con veinte francos próximamente.

Seguro de llegar medio muerto si intentaba seguir a tan terribles andadores, tomé el prudente partido de ir por mar. Saqué, pues, un pasaje en la goleta «Margarita» que salía para Río Hacha; me despedí de todos mis amigos y de la ciudad de Santa Marta, tan bella en medio de sus jardines y a la sombra de sus grandes montes.

Apenas habíamos pasado el Morro, cuando la ciudad desapareció como un ensueño, el más hermoso de mi vida, y la Sierra Nevada, los promontorios y las islas, desaparecieron ocultos por una nube de millones de mariposas blancas, arremolinándose a nuestro alrededor como una tromba.

Durante la travesía, esa nube viva nos ocultó el panorama de la Sierra, y para hacer menos largas las horas, tuve que recurrir a mi pequeña biblioteca; pero mi sorpresa fué grandísima cuando, al abrir mis libros, al parecer intactos, los encontré casi enteramente vacíos, como cajas cuyo contenido hubiera sido sustraído. Durante mi estancia en Santa Marta, en el espacio de algunas semanas, habían sido carcomidos, y salvo las cubiertas y cantos de la obra entera de un filósofo ecléctico no quedó más que el título en grandes letras mayúsculas doradas. ¡Singular ironía de la suerte!

Después de dos días de travesía, llegamos al mediodía a la vista de unas escarpaduras o barrancos de arcilla roja que se prolongan al Oeste de la costa de Río Hacha, y en la misma tarde desembarcaba en un largo muelle del puerto.

El Círculo francés.—La colonia extranjera

Santa Marta, tan notable por su posición, difiere poco, por sus habitantes y costumbres, de las demás ciudades de la República. Río Hacha, al contrario, es una población muy distinta y los asuntos dignos de estudio son muy numerosos. Vanguardia de la civilización granadina, esta ciudad no está separada de las tribus salvajes más que por la desembocadura de un río. En ella se encuentran y se reúnen por los lazos de un activo comercio varias sociedades completamente diferentes en origen y costumbres; los hombres de sangre mezclada, que forman la mayoría de la población, los *guajiros* nómadas, los *aruaques* industriosos y tímidos, por aquí y por allá algunos europeos; grupos esparcidos que forman el nuevo elemento de progreso.

Antes de decirnos adiós, el capitán de la «Margarita» me recomendó vivamente que me alojara en el *Palacio Verde*. Yo estaba acostumbrado ya a las exageraciones del lenguaje; sin embargo, el nombre pomposo de *Palacio Verde* me hizo suponer balcones elegantes, monumentales arcadas árabes, grupos de palmeras y saltos de agua en medio de hermosas flores. Pronto llegué al punto designado y, por mucho que miré, no pude ver más que una casita baja con cuatro o cinco ventanas y las maderas pintadas de verde, lo cual le había valido, sin duda, el nombre sonoro de *Palacio Verde*. Este palacio servía alternativamente de colegio y posada. Cuando me presenté estaba ocupado

por una quincena de niños que, so pretexto de aprender a leer, corrían y saltaban como condenados, por encima de las mesas y bancos. El director del colegio se adelantó gravemente hacia mí con un silabario español en la mano, y me anunció que, por el momento, había dejado de ser posadero: «Mi casa, cuanto poseo yo mismo, está todo a disposición de usted: sin embargo, si prefiere hospedarse en el hotel, le recomiendo la casa de un compatriota suyo, el ingeniero don Antonio Rameau.»

Este, hombre gordo y *frescote*, vestido simplemente con una camisa y unos calzoncillos, estaba sentado delante de la puerta en medio de un grupo de hombres vestidos apenas con más decencia que él. Para recibirme empleó ademanes y palabras tan parisienses, que contrastaban singularmente con sus ropas; inmediatamente me presentó, uno después de otro, a todos los miembros de la sociedad, compatriotas de pura sangre, que formaban una colonia de franceses, reunidos allí por la fuerza del azar. La asamblea me recibió con una explosión de alegría, pero inmediatamente me hizo sufrir un interrogatorio en toda regla. Era un representante de la patria, y como tal no me pertenecía a mí mismo; me debía a mis nuevos conocidos y tenían el derecho de fastidiarme a fuerza de preguntas.

El Círculo francés de Río Hacha se reunía todos los días delante de la casa del ingeniero Rameau o en el patio del vicecónsul. Este último, excelente viejo que durante mi larga residencia en Río Hacha me prestó numerosos e importantes servicios, habitaba en Nueva Granada desde hacía treinta años; no era ya francés más que por su exaltado patriotismo; su casamiento, sus relaciones, su comercio, sus costumbres, lo habían transformado en neogranadino; ya no le quedaba nada característico que revelara su origen.

Mi patrón el ingeniero, o por hablar más modestamente, el herrero Rameau, continuaba siendo un parisién, y su carácter no había cambiado nada desde que residía en Río Hacha. Hijo de un ujier del Ministerio de la Gobernación, había hecho sus estudios en la Escuela de Artes y Oficios de Angers. El mismo de-

claraba no haber comprendido nada de la ciencia y no haber estudiado otra cosa que versos populares y canciones callejeras; pero, gracias a su ingenio natural, había llegado sin gran esfuerzo a ser un buen obrero. Al salir de la escuela no había hallado otra cosa más práctica que casarse, y así lo hizo; cuando apenas hacía algunos meses que era cabeza de familia, un día, en un café, se encontró con un alegre comerciante del Havre, encargado por sus representantes de Río Hacha, de expedirles en el próximo correo un ingeniero para construir un pozo artesiano. El comerciante propuso el negocio a Rameau; éste vaciló un momento, pero la triple perspectiva de visitar el Nuevo Mundo a cargo de una gran compañía, ganar una suma considerable y merecer el título de ingeniero, le decidió inmediatamente. Con objeto de aprender la teoría de las perfecciones, compró un volumen de una enciclopedia popular; hizo la adquisición de algunos útiles indispensables para la *Sociedad granadina*, abrazó a su mujer y a su anciano padre, y helo ya navegando por el Atlántico, esforzándose, a pesar del mareo, en comprender su manual. Llegado a Río Hacha, se puso inmediatamente a trabajar, e hizo una perforación sin haber hecho el menor estudio en el primer punto que le designaron; la naturaleza geológica del suelo no era cosa para ser tenida en cuenta.

El trabajo marchó bien durante algunas semanas; pero, de repente, los instrumentos empezaron a romperse al tropezar con un banco de piedra. Los sacaba, los reparaba lo mejor que sabía y empezaba de nuevo el trabajo. Las máquinas se rompían continuamente y el dinero suscrito por los accionistas se gastaba en compras y reparaciones.

Empezaron las recriminaciones: alguien dijo que el ingeniero francés desconocía su oficio, y por último, le invitaron a presentar la dimisión; luego arrojaron los aparatos, hechos trizas, en el pozo de sondeo y lo cubrieron con algunas planchas.

A pesar de haberse evaporado sus ensueños de gloria y de fortuna, Rameau no desmayó; se hizo arquitecto de la catedral de Río Hacha, herrero, forjador,

armero, cambalachero y hostelero; componía y hacía arcos, flechas y otras armas; fabricaba estribos y espuelas para los indios, y gracias a sus numerosas aptitudes, la fortuna le sonrió, pudiendo tomar la siesta tantas horas como su pereza le imponía. Había contratado a una mujer para que le arreglara la casa, y tenía la satisfacción de ver crecer a su alrededor media docena de niños de todos los colores y completamente desnudos.

Tal era mi anfitrión a mi llegada a Río Hacha.

El decano de los franceses era don Jaime Chastaing, carpintero, ebanista de profesión, pero dentista por naturaleza. Era éste un individuo seco, apergaminado, siempre con un gorrillo de algodón puesto ladeado en la cabeza y llevado con aire bravo y juvenil. Hábil obrero, había abandonado su patria sugestionado por los relatos de un capitán que pintaba Río Hacha como una *tierra prometida*; pero, perezoso en grado superlativo, había despreciado el trabajo como cosa innecesaria para enriquecerse, y poco a poco cayó en la miseria. Cuando tenía que estar dos o tres días al lado de su banco para procurarse la comida de todo un mes, se lamentaba creyéndose el hombre más desgraciado del mundo. Gran polemista, sólo sentía renacer en su alma el entusiasmo cuando había podido triunfar en cualquier escaramuza de palabras y sofismas; entonces acariciaba su blanco bigote, inclinaba con aire provocador su gorrillo de algodón y hablaba con petulancia de las ventajas del estudio. Pocos días después de mi llegada, descubrió en mi cuarto algunas hojas de un compendio de filosofía: para él fué el descubrimiento de un mundo. En adelante no discutió más que sobre el *ser* y el *no ser*, la inmortalidad del alma, la personalidad de Dios y otras cuestiones de igual *trascendencia*. Fuerte por las armas que cogía de un arsenal de silogismos, triunfaba de todos sus adversarios y nadie se atrevía a abordar ciertas cuestiones que monopolizaba.

Poco tiempo después de mi llegada a Río Hacha, un nuevo compatriota vino a aumentar la colonia francesa: era un capitán naufragado. Salido de una fami-

lia de lobos de mar en las costas de Bretaña, lo habían mandado muy joven al seminario de Reims y había llegado a bachiller en Letras y Teología, cuando un día el amor al mar, que le había arrullado en los primeros años de su vida, le conquistó el corazón: colgó los hábitos y se embarcó como marino en un navío que salía para Pondicherz. De mar en mar y de playa en playa había recorrido todo el mundo bajo pabellones de todos los colores: inglés, americano, chino, holandés, etc.

Había ascendido a oficial por el imán de Máscula, y se había casado en la isla de Madagascar; luego huyendo del casamiento como había huído del celibato, puso mil ochocientas leguas entre él y su mujer para ir a ejercer el oficio de pirata en el archipiélago de la Sonda. Su inaudita temeridad, su inteligencia, su instrucción real, fortificada por los viajes y las aventuras, su carencia absoluta de todo escrúpulo, le habían puesto cien veces la fortuna en las manos y otras tantas la había dejado escapar por amor a lo desconocido. Por fin, en el puerto de Cumaria pudo adquirir una goleta con la cual ejercía provechosamente el contrabando en las costas de Colombia, entre Guaira y Puerto Cabello. Una tempestad arrojó su goleta contra los bancos de arena que cierran la entrada en la laguna de Maracaibe; todo se perdió menos él, que, desnudo completamente, fué recogido por un navío de Río Hacha. Llegó a esta ciudad vestido con harapos que le habían dado y sin un cuarto, pero con el alma llena de energía. La tarde misma de su llegada empezó a levantar el edificio de su fortuna. Instalado en la esquina misma de una calle y en un escabel que le prestó Rameau, ofrecía a los peones y a los niños bananas, tazas de café y terrones de azúcar. Como verdadero charlatán, acompañaba sus arengas con gestos y guiños que hacían las delicias del público y escandalizaban al vicecónsul de Francia que, como capitán que era, veía en ese espectáculo un doble insulto a su calidad de francés y de marino. ¿Pero qué importaba la dignidad al capitán Delanone? Ocho días después disponía de un pequeño peculio;

recogía el sebo que arrojaban los carniceros y fundaba una modesta fábrica de bujías, realizando un beneficio que le permitía preparar su viaje a California, donde pensaba convertirse en minero. Todas las tardes asistía al Círculo francés, del cual se creía el mejor miembro. Por desgracia, la chicha desatábale la lengua que era un prodigio, y contaba entonces con admirable elocuencia las escenas de su vida de bandido y pirata; un día se alabó de haber sido negrero y haber tomado parte en la degollación de los tripulantes de un pequeño cañonero inglés.

Otro capitán asistía también a estas reuniones de la tarde; era un anciano que, de naufragio en naufragio, había venido a parar a esta playa lejana, a dos mil leguas de su patria. Demasiado viejo para emprender un viaje, había tomado el partido de quedarse donde el azar le había llevado, considerándose como una piedra abandonada sobre las arenas de la costa. Con los restos de su destruída fortuna se construyó una cabaña cerca del mar y se pasaba los días contemplando el horizonte y viendo cómo se balanceaban las embarcaciones en la rada. Todas las tardes, a la misma hora, veíamos al viejo capitán dar la vuelta a la esquina de la calle, apoyado en su bastón con puño de marfil; sin fuerza para andar, arrastraba sus pies sobre la arena y avanzaba así como una sombra. Llegado al medio del círculo que formábamos, se sentaba rendido de cansancio y hacía un movimiento de cabeza en señal de saludo, porque a consecuencia del asma se había quedado casi mudo. Oyendo hablar su lengua materna, se reanimaba poco a poco, brillaban sus ojos, se sentía renacer. Para él, sus compatriotas eran la Francia con sus alegrías, su gloria y su belleza: en ellos amaba su pasado, su juventud, su dicha perdida. ¡Excelente anciano, cuántos años ha pasado así, no teniendo más que dos cosas que le ayudaran a suportar su existencia: durante el día, la vista del mar, y por las tardes, el oír la hermosa lengua de su patria, aun cuando estaba hablada por bocas impuras!

Río Hacha no poseía otros representantes de la nacionalidad francesa.

En casi todas las ciudades importantes de Nueva Granada se encuentran barberos parisienses vendiendo esencias, jabones y cepillos, con la misma gracia y modales que si ocuparan una casa baja de la calle de Vivienne. El barbero, hay que decirlo bien alto, es el heraldo de la civilización francesa: por ellos aprenden en el extranjero nuestros ademanes, modas y opiniones; a él toman como tipo del francés ideal. Nada puede igualarse con la audacia que este artista corre el mundo; por todas partes se cree en país conquistado, y, gracias a su origen trasatlántico, se figura conocerlo todo, sin haber tenido necesidad de aprender nada. En Río Hacha me contaron la historia, probablemente exagerada, de un barbero que, llamándose ingeniero, se había ofrecido sin vergüenza a una sociedad de Antioquía como director de la explotación de una mina de oro. Su locuacidad deslumbró a los accionistas y le dieron plenos poderes, creyendo que trataban con un sabio minero. Sin la menor vacilación hizo abrir canales, construir esclusas, practicar zanjas y emprender trabajos importantes por todas partes. En poco tiempo lo transformó todo; con gran extrañeza suya *fracasó*, después de haber consumido todos los capitales destinados para la empresa. Por fin, tuvo que reconocer su impotencia y declaró francamente el estado lamentable de las cosas. «Circunstancias imprevistas han impedido el éxito de mis planes; pero esperando poderlos continuar con vuestro concurso, me ofrezco a ustedes para afeitarse; porque al mismo tiempo aprendí el oficio de barbero.»

Tales eran los personajes de que se componía la colonia francesa de Río Hacha, además de algunos obreros y comerciantes.

Las demás naciones de Europa estaban también representadas en esta República.

El sujeto italiano era el genovés Canova, sobrino del célebre escultor, según decía. Era éste una especie de Holofernes, que se oía bramar de un extremo a otro de la calle Mayor. Vendía tabaco, café, cacao; era plantador, banquero, tenía un despacho de aguardiente y había corrido todas las comarcas realizando sus múl-

tiples negocios, llegando su nombre a ser tan popular que no había una sola aldea en Nueva Granada donde no fuera conocido. Para enriquecerse con toda seguridad, había tenido la ingeniosa idea de presentarse como estúpido: cuando su risa, como mugido de toro, agitaba sus pulmones de gigante, no había ninguna duda que urdía alguna trama para enredar a los desgraciados compradores.

El español de Río Hacha era un anticuario convertido en expendedor de cuernos y pieles; traficante hábil, se ocupaba día y noche en crearse una fortuna. El inglés era un hijo de familia adinerada que de derroche en derroche había llegado a la bancarrota, acabando por refugiarse en Río Hacha para ocultar su vergüenza. El griego era un hombre de ojos negros, cara angulosa, boca pérfida y marcha oblicua; al verlo se extrañaba todo el mundo de que tal sujeto no hubiera muerto años ha «colgado de alguna antena»; tal era su tipo de pirata. El alemán, venido no sabían de dónde, huía generalmente la compañía de los demás comerciantes. Por las tardes se le veía pasearse solo por las orillas de la playa.

Río Hacha

X Pocos días después de mi llegada, daba las gracias por su hospitalidad al ingeniero Rameau, y alquilaba al otro extremo de la ciudad una casita agradable, sombreada por un grupo de palmeras. Al principio tuve alguna dificultad que estaba lejos de prever: mi casero, el señor Morales, no quería ni siquiera oír hablar de alquiler, y tuve que insistir largo tiempo para conseguir que aceptase la insignificante cantidad que estaba convenida. A este casero modelo debo infinidad de informes sobre la sociedad de Río Hacha, el mecanismo de la administración local, la geografía de los alrededores y las costumbres de los indios guajiros y los de la montaña.

La ciudad de Río Hacha, menos simétricamente construida que Santa Marta, tiene la inmensa ventaja de no estar en ruinas; sus calles, aunque llenas de polvo, tienen aceras de ladrillo y se prolongan cada año más hacia el monte; el número de sus habitantes pasa ya de cinco mil, población considerable para una ciudad insalubre de la costa. Casi todas las casas, cubiertas con hojas de palmera, se componen de pies verticales entretejidos con cañas salvajes o bambúes; las paredes forman así especies de cañizos, cuyos intervalos están tapados con un barro rojo endurecido por el sol; las fachadas, expuestas a los vientos alisios, se agujerean completamente en el espacio de una o dos temporadas. Los únicos edificios de mampostería son la Aduana y la casucha que sirve de palacio al cuerpo legislativo de la provincia, dos o tres casas particula-

res y la iglesia, monumento bastante grande en cuya construcción se han invertido cuarenta años. En 1856 se construyó un faro, el primero construido en las poblaciones neogranadinas. El día que este faro brilló por vez primera fué una fiesta nacional; todas las gentes de Río Hacha, hombres, mujeres y niños, se trasladaron al muelle para ver brillar mejor su luz; les parecía no tener nada que envidiar a las más grandes ciudades comerciales del mundo. Desgraciadamente, después de ese día de triunfo, el guardián del faro ha olvidado frecuentemente su misión y la estrella de fuego sólo brilla de tiempo en tiempo.

De los tres fuertes que defendían a Río Hacha en tiempo de los españoles, uno sólo queda en pie: las olas han destruido, desde hace mucho tiempo, los otros dos; sus cimientos se han convertido en pequeños arrecifes donde crecen los pólipos. Los temblores de tierra tan frecuentes, y sobre todo tan terribles en otras partes de Colombia, parece que no han contribuido nada en esta obra de destrucción. En cambio, una lenta depresión del suelo ha tenido lugar probablemente, porque en varios sitios se notan invasiones graduales del mar, y la calle de la Marina, en otro tiempo la más importante de Río Hacha, ya no existe; ha sido arrasada por las olas. No ha muchos siglos, un movimiento contrario debió producirse con gran intensidad: el llano entero, compuesto de aluvión marino y calcáreas conchas, presenta el aspecto de una bahía recientemente emergida; los arrecifes, perdidos tierras adentro, presentan contornos tan limpios como en la época en que las anfractuosidades no tenían las concavidades hechas por las rompientes; las arenas parecen haber sido arrastradas la víspera, y las lagunas que han quedado en las depresiones de la tierra son todavía saladas, como el día que sólo las separaba del mar una pequeña línea de guijarros.

El llano de Río Hacha puede tener una superficie de seis mil cuatrocientos kilómetros cuadrados, limitado al Oeste por Sierra Nevada, al Sur por unos montes de pórvido llamados Sierra de Treinta o de San Pablo, al Este por el río que da su nombre a la ciudad y que le

separa de los desiertos y prados cenagosos de la península guajira. Al pie de las alturas y por las inmediaciones de los ríos, este llano es muy fértil; pero en la zona más próxima a Río Hacha, la falta de agua y naturaleza arenosa del suelo hacen toda tentativa agrícola infructuosa en extremo, si no es en las inmediaciones del río, donde no es posible establecerse a causa de la proximidad de los indios. El monte no es más que una espesura de árboles espinosos y de brozas que crecen en las dunas, en toda la extensión de las antiguas playas y alrededor de las lagunas infectas.

Dado el estado actual de la agricultura granadina sería absurda cualquier tentativa seria de colonización en las inmediaciones de Río Hacha; pues, sobre todo, alejándose ocho o diez leguas al Sur o al Oeste, pueden hallarse admirables terrenos aun inocupados, ofreciendo ventajas especiales para su cultivo; los pocos jardines que rodean a la ciudad no han sido cultivados por los ricos propietarios más que para servirles de recreo.

Profundos y tortuosos barrancos, producidos por el arrastre de las aguas de lluvia, surcan el suelo arcilloso y se ensanchan desmesuradamente a medida que se aproximan al mar, ocupan el llano en todos los sentidos y hacen la marcha muy penosa hasta para el cazador más obstinado. A pesar de que el Gobierno vota cada año subsidios para mejorar los caminos arenosos que se dirigen al interior, es imposible transitarlos a pie ni a caballo. En treinta leguas a la redonda no se encontraría un carro ni otro vehículo análogo. El vicecónsul inglés, *primer caballero de la ciudad*, posee un coche, que es, por decirlo así, el símbolo de su poderío. Otro caballero, el señor Atensio, se ha hecho construir una góndola dorada, que no la emplea jamás, pero que goza enseñándola a sus visitantes, expuesta en el patio de su casa.

No pudiendo penetrar en la espesura, ni transitar por los caminos en donde se hunden hasta las rodillas, los habitantes de Río Hacha se ven obligados a pasearse por la orilla del mar, en la que cada ola deja milla-

res de conchas de variadísimos colores, o bien a recorrer los muelles de una a otra parte.

La rada de Río Hacha es muy rica en vida animal. El mar está, a veces, amarillo de medusas, y vastas extensiones de plantas marinas cambian la superficie del mar en un inmenso prado flotante, por donde numerosas tortugas navegan formando grupos; los cuervos marinos, llamados en el país *busos*, se sumergen torpemente, mientras que bandadas de *tangatangas*, vuelan alrededor de los pesados pájaros, o bien se posan sobre sus *lomos*, esperando pacientemente que cojan una presa para apoderarse de ella. Por las tardes, bandadas enormes de pájaros pescadores, agrupados en forma triangular, se dirigen hacia las lagunas al pie de Sierra Nevada, y vuelven por las mañanas en el mismo orden, sin cambiar nunca nada en la regularidad de sus viajes diurnos.

Con frecuencia se ve aparecer en el agua algún tiburón persiguiendo a los dorados ú otros peces; llama la atención de los desconocedores de las cosas de este país ver a los nadadores que no huyen de tan voraz animal. «Deme dos reales y voy a saludar al tiburón», dicen los muchachos a los espectadores parados en las orillas de la playa; después nadan hasta cerca del animal, se dejan caer sobre el vientre y le pegan con el pie: el monstruo huye con la rapidez que le es proverbial.

Los tiburones de estas playas deben, sin duda, la placidez de su carácter a la abundancia de comida que hallan en toda la extensión de las costas. Yo no oí hablar más de un solo accidente: un tiburón que nadaba por las orillas de la playa, cogió un día la pierna, tal vez por equivocación, a un niño que dormía cerca del agua, que le cubría las piernas cada vez que las olas subían. En cuanto a las terribles *tintorerías*, no se las ve jamás en la rada de Río Hacha, cuya profundidad no es suficiente, quizá, para que puedan nadar libremente.

Cada extremo de la ciudad está guardado por un lugar de horror y de sangre: al Oeste el matadero público; al Este los cobertizos de tortugas. El matadero

se compone simplemente de perchas clavadas en la arena de la playa; a pesar de haber tenido la precaución de establecerlo en pleno aire, un olor pestilente hace inhabitables sus alrededores. Pielés, pedazos de carne y huesos se ven esparcidos por todas partes; la espuma del mar se enrojece al mojar las arenas del matadero. Los buitres *gallinazos*, con su largo cuello sin plumas, rodeado sólo de un collar encarnado; las águilas *caricaris* devorando ávidamente las carnes corrompidas, y multitud de perros, dando aúllidos, rodean el matadero, en el que algunos toros, comprados a los indios y guajiros y en lastimoso estado de flaqueza, perciben el olor de la sangre y prorrumpen en sordos mugidos. Con frecuencia, los matarifes cortan de un machetazo las corvas de estas pobres bestias para impedir que rompan la cuerda y las abandonan toda la noche bañadas en sangre; al día siguiente las matan, las cortan en trozos y venden la carne todavía caliente.

Los cobertizos de tortugas no son menos horribles; a veces se cuentan bajo esas cubiertas de palos y hojas más de cien tortugas, pesando cada una varios quintales; con la cabeza baja, el cuello desmesuradamente hinchado y con los ojos inyectados en sangre, esperan estos pobres animales, con frecuencia semanas enteras, el hachazo que ha de poner fin a sus sufrimientos. Cuando se pasa cerca de estas tortugas cautivas agitan convulsivamente sus patas e intentan inútilmente levantar la cabeza como si esperasen ser socorridas.

Durante los siglos xvii y xviii, Río Hacha, que entonces se llamaba Ciudad de la Hacha, era célebre por su opulencia: joyeros, montadores de perlas y cambiadores, establecidos en ambos lados de la calle de la Marina, poseían inmensas riquezas ganadas con la venta de perlas que los indios pescaban a tres leguas al Noroeste de la ciudad, cerca del Cabo Vela. Por eso la Ciudad de la Hacha era el punto codiciado por los piratas del mar de las Antillas, y, según cuenta la tradición, durante dos siglos fué once veces saqueada e incendiada; pero eran tan poderosos los elementos

de prosperidad, que las once veces se levantó sobre sus ruinas. Por fin, cuando la expedición del almirante Vernon contra Cartagena, éste, según cuenta también la tradición, queriendo destruir para siempre el comercio de Río Hacha, mandó hacia el Cabo Vela varios navíos de guerra que destruyeron todos los bancos de perlas de aquellos parajes, dragándolos luego durante meses enteros. Desde entonces, la costa se ha poblado lentamente de ostras y perlas, pero como la escasez de éstas ha venido a coincidir con la baja de sus precios, la importancia de Río Hacha ha disminuído considerablemente. En la actualidad, unos quince indios se ocupan en la pesca de perlas; un solo joyero viejo, que asegura que todo va mal en el peor de los mundos posibles, hace vibrar la cuerda del instrumento que le sirve para montar las perlas y vende muy bonitas joyas por sólo algunas pesetas.

X El comercio de la ciudad consiste, sobre todo, en maderas del Brasil, de Nicaragua y las Indias, granos *divivi* (*Culteria tintoria*), que traen los campesinos del interior y se expiden a Inglaterra para las tene-rías; pieles, cafés y tabaco. Los principales artículos de importación son los alimenticios. Los barcos de Nueva York importan harinas y maíz, los pueblos de Sierra Negra expiden café y frutos; Dibulla, pequeño puerto situado a quince leguas al Oeste, suministra bananas y cacao; los indios y guajiros traen toros; los pescadores de la misma clase llenan la ciudad de innumera- bles pescados y tortugas. Así, pues, los habitantes de Río Hacha dependen completamente de fuera, en lo que se refiere al alimento cotidiano. Si las tempestades en el mar y las lluvias en la tierra coinciden para impedir toda importación, el hambre reina inmediata- mente; algunas veces, y éstas se repiten, han carecido de pan durante una semana.

A pesar de estas desventajas, creemos que Río Hacha tiene un espléndido porvenir, porque esta ciudad, una de las más sanas de Costa Firme, es la salida natural de una vasta región que se puebla rápidamente. Todos los productos de Sierra Nevada y Sierra Negra, de la fértil cuenca del Valle Dupart y de la península

guajira, no pueden exportarse más que por Río Hacha; tarde o temprano, cuando los caminos estén abiertos a través de las sabanas y bosques, los productos del alto Magdalena y de la laguna de Maracaibo, utilizarán, necesariamente, la misma vía.

Varios capitalistas judíos de la isla holandesa de Curaçao han visto ya la importancia futura de Río Hacha y han establecido sucursales; la mayor parte del comercio de la provincia está ya entre sus manos. El total de los cambios ha aumentado de año en año y el movimiento actual de la navegación se eleva a más de treinta mil toneladas anuales. Los armadores río-hacheros poseen ellos solos unos veinte bricks y goletas que representan, próximamente, las dos terceras partes de toda la marina mercante de Nueva Granada. Debido a la poca profundidad de la rada y a la escasa importancia de las mareas, que apenas si se elevan a cincuenta centímetros, los vapores visitan rara vez Río Hacha, y los bergantines de mucho porte tienen que fondear a dos millas de la costa.

Excepto en estos últimos tiempos, en que las rivalidades entre Santa Marta y Río Hacha han producido algún desorden lamentable, la administración de esta última ciudad se verifica siempre en paz. Como en todas las poblaciones granadinas, se goza en ésta de tal libertad, que el extranjero pacífico puede pasar años y más años sin apercibirse de que la autoridad existe: no se ven soldados, ni agentes de policía, ni aduaneros con uniforme, ni cobradores de impuestos, ni empleados de ninguna clase, que se distingan del resto de los ciudadanos por algún signo exterior. Los gastos de la ciudad, que son insignificantes, se cubren con desahogo, con sólo derechos de tonelaje y faro que pagan los buques mercantes. Todos los habitantes de la ciudad tienen de hecho la investidura de magistrado y hacen, como tales, ejecutar las leyes; a su honor se confía la seguridad y el orden público. Resulta de aquí, que la administración local no puede disponer de fuerza real sin el concurso de los ciudadanos, y, si el municipio no entrara a veces en lucha con los gobiernos de Santa Marta y Bogotá, y las decisiones del Poder federal,

tomadas a grandes distancias y sin conocimiento de causa, no lesionaran frecuentemente los intereses locales, toda revolución, todo tumulto político sería imposible.

Río Hacha, al ejemplo de las otras ciudades de Colombia, ha moldeado su constitución sobre los principios republicanos. El gobernador o presidente, que durante mi estancia en Río Hacha era un quincallero y comerciante en conchas de tortuga, está encargado de velar por la ejecución de las leyes, de expedir relaciones al gobierno central, de conservar los archivos de la ciudad y de hacer públicos los actos oficiales; lo mismo que los jueces y demás funcionarios, es nombrado por mayoría de votos. La Cámara de representantes, compuesta de mandatarios de los pueblos y aldeas de la provincia, se reúne en una antigua iglesia medio arruinada, llamada pomposamente *Palacio de la Libertad*.

Como todas las asambleas deliberantes del mundo entero, ésta, que sólo se compone de veinticuatro miembros, está dividida en izquierda, centro y derecha. Esta última fracción, formada sobre todo de ricos propietarios, está generalmente satisfecha de la marcha de las cosas, y procura evitar toda discusión que esté fuera de la orden del día; tiene mayoría de votos. La izquierda, menos numerosa y peor disciplinada, consigue, no obstante, hacer votar todos los proyectos de interés público, gracias al apoyo que le presta la juventud y el periódico *intermitente* publicado por los liberales. He dicho *intermitente* y lo es en efecto. Durante mi residencia en Río Hacha, este periódico, como todas las publicaciones de la República, llamadas diarios, aparecían de tiempo en tiempo, y sólo tienen existencia real en época de elecciones o de grandes agitaciones políticas. Es difícil formarse una idea de las dificultades que encuentra un redactor de periódico en Nueva Granada. Especie de Proteo, se ha de componer, imprimir y distribuir el periódico, y cuando no hay ningún interés patriótico urgente, se imponen ellos mismos el descanso, lo mismo que se erigen en comité de censura desde su publicación, cuando algún aconte-

cimiento extraordinario lo exige. Tanto parece que temen al trabajo, cuando cuestiones graves no preocupan el espíritu público, como ardor y entusiasmo emplean al servicio de una causa en las grandes ocasiones; entonces pasan el día y la noche en la imprenta, componen precipitadamente el periódico, dirigiendo llamamientos al pueblo; luego fijan ellos los pasquines y corren por la ciudad distribuyendo y anunciando las noticias, como vendedores públicos. Detrás de ellos se agrupan los jóvenes entusiastas y con el periódico y el pasquín en la mano penetran en la Cámara ostentando el papel, como protesta contra toda decisión poco liberal. Los negros del interior del Africa sienten una especie de horror misterioso a la vista de un *papel hablado*, pues los legisladores de Río Hacha, leyendo anticipadamente en la hoja acusadora sus condenaciones, ceden sobre la cuestión en litigio casi con el mismo terror de los africanos: la palabra impresa prevalece. En los países con *educación política*, la prensa no tiene ninguna importancia, o, si la tiene, es insignificante en muchos casos: en Río Hacha el periódico es un tercer poder.

La administración, puramente municipal, se compone de un *jefe político* (alcalde) y de un Consejo, convocado raramente. El alcalde que yo he conocido era un joven que ejercía, según las circunstancias, el oficio de platero y carpintero; muy sencillo y amable, estaba bien con todo el mundo sin que su dignidad se rebajara en lo más mínimo. Le habían elegido para reemplazar a un loco, según decían, que, lleno de arrogancia y sin consultar a nadie, ejercitaba las grandes extravagancias. Un día abrió la cárcel, donde estaban encerrados varios ladrones y un asesino, y les dijo con tranquilo acento: «Señores, tómense ustedes la molestia de salir.»

Estos no se lo hicieron repetir dos veces.

La fiesta nacional se celebra ordinariamente con grandes bailes en la plaza pública. El jefe político se pone a disposición del francés Chastaing y, humilde como un cordero, planta palos, clava tablas, coloca banderas, extiende ropas y adorna con guirnaldas los

rincones de la plaza. Nada tan positivamente sencillo como esos bailes alumbrados oblicuamente por la discreta luz de la luna: los grupos danzan alrededor de las columnas decoradas de verdura; las mujeres, alegres y vivas como cervatillos, saltan, agitando al aire sus cabellos negros adornados con flores; los perfumes enervantes de las mimosas y los lirios de América, se esparcen por el aire, y cuando los músicos cesan en sus acordes, la voz profunda y misteriosa del mar los continúa de un modo más solemne y grandioso.

Pero las fiestas más espléndidas son las celebradas en honor de la *Virgen del Remedio*, que, en opinión de los riohacheros, es más milagrosa que ninguna otra virgen del mundo. En otro tiempo estaba representada en Río Hacha por una estatua de plata, adornada con diamantes, pero desde hacía algunos años, esta estatua había sido empeñada por un cura jugador en casa de un judío de Curaçao, y probablemente estaba ya transformada en lingote y en monedas de cinco pesetas. La nueva estatua está hecha de madera de guayaco por don Jaime Chastaing, provista de una cabeza de cartón y un hilo de alambre, imagen que no es, durante trescientos sesenta y cuatro días al año, objeto de ninguna veneración, pero el día de su fiesta se cubre repentinamente por veinticuatro horas de un poder milagroso, tan grande como el que gozó en tiempos pasados. Una multitud, compuesta sobre todo de mujeres y niños, invade la iglesia desde la mañana para hacer la *toilette* a la virgen; la cubren con sus mejores ropas y luego se la llevan triunfalmente en procesión. En el cortejo figuran los principales personajes bíblicos: Jesucristo, con barba postiza y pedacitos de hojalata en la cabeza; Lázaro, cubierto de una lepra demasiado real; Judas, maniquí vestido casi a la última moda; Simón Cirineo, dejándose caer sobre la cruz, borracho de aguardiente, sin preocuparse de las probabilidades históricas, y, luego, ángeles y diablos sin fin, que hacen las delicias del público cometiendo toda clase de inocentes diabluras. Por encima de la multitud se ve a la Virgen que agita los brazos, sus ojos ruedan en las órbitas y mueve violentamente los labios; al llegar

a las orillas del mar coge su corona de papel dorado y la arroja a las olas. Inmediatamente los niños, casi desnudos, se arrojan al agua para reconquistar la preciosa corona y la colocan sobre la cabeza de la estatua, que la vuelve a arrojar al mar en medio de los aplausos de la multitud. A esto llaman milagros, y la fiesta carece de esplendor si la imagen no se ha dignado repetir los milagros lo menos cien veces.

Una vez la Virgen en su altar, rodean al maniquí que representa a Judas y le lanzan toda clase de maldiciones, lo llenan de barro y lo maceran a sablazos; después lo cuelgan de un palo ante la casa de un judío odioso y lo acribillan a tiros hasta que cae echo pedazos. Por la noche hay gran reunión en la plaza, y se celebran riñas de gallos en las puertas de las tabernas y danzas por las calles.

Este entusiasmo por las procesiones mímicas, que en Río Hacha disminuye mucho, se hacen con toda la fe de los tiempos pasados en Quito y otras ciudades de Colombia. Los ríohacheros se burlan de esta clase de milagros. Pero se repiten todos los años, porque no pueden variar el tradicional programa: la Virgen ha de hacer milagros; la tradición de la ciudad lo exige; por ellos se enlaza el presente con el pasado. Cuentan que en la última expedición que los piratas hicieron a Río Hacha, la gente se presentó horrorizada en la playa llevando en andas a la Virgen venerada. La imagen arrojó la corona de oro al mar, y las olas, respetuosas, retrocedieron delante del objeto sagrado, sumergiendo las embarcaciones piratas en su precipitada huida: así se pudo salvar la ciudad. Desde entonces, la Virgen no tiene más remedio que repetir la *suerte*, y los ríohacheros, como en otro tiempo nuestros ascendientes, asisten a la representación del misterio y se apasionan ante el *prodigio* que ellos mismos hacen.

Las supuestas ceremonias religiosas no tienen aquí ninguna importancia: indican sólo una poesía cursi y un gran amor al ruido y al oropel. En el interior, en la República del Ecuador, sobre todo, la masa del pueblo es supersticiosa y fanática hasta lo indescriptible. Hay provincias donde los sacerdotes ejercen tanta in-

fluencia sobre los creyentes que éstos pagan voluntariamente el diezmo, a pesar de la abolición oficial de tan indigno impuesto.

En los distritos de la costa, la religión ha perdido toda su ascendencia, y en algunas localidades de la provincia de Río Hacha, las recriminaciones hechas a los abusos de los curas han llegado a dar por resultado arrasar algunas iglesias. En Camarón, pueblo de más de mil quinientos habitantes, hace más de veinte años que no se ha celebrado una sola función religiosa.

En Río Hacha las cosas no han llegado a este extremo, tal vez por el orgullo de los ciudadanos de poseer una magnífica iglesia; sin embargo, ésta está casi siempre desierta y sólo la frecuentan algunas mujeres. La mayor parte de los casamientos no son bendecidos por el cura, y se celebran sin ninguna formalidad religiosa o civil. No obstante, ninguna mujer se cree por eso deshonrada ni nadie tiene esa preocupación. La mujer unida libremente se respeta en todas partes lo mismo que la legitimamente casada; sus hijos gozan de los mismos derechos sociales, y cuando un marido es infiel todo el mundo le recrimina y defiende los fueros de la esposa ultrajada; las leyes y las costumbres dan sanción legal a estas uniones. Y, a pesar de la violencia de las pasiones meridionales, esta sociedad, inmoral en apariencia, es mucho más pura que la nuestra. La corrupción elegante e interior que en las sociedades modernas es una gangrenosa plaga, es completamente desconocida en Río Hacha.

XI

Los indios guajiros

La ciudad de Río Hacha está a merced de los indios guajiros. Estos podrían fácilmente destruirla; si la respetan, es porque en ellos el interés está por encima del espíritu de venganza. No pueden pasar sin los artículos que el comercio les proporciona y cuya necesidad se han creado ellos mismos; pero si el comercio cesara, por una causa cualquiera, al día siguiente la ciudad sería incendiada. Granadinos y extranjeros serían exterminados por los indomables guajiros.

Para contemplar a estos indios en toda su pintoresca belleza es preciso asistir por las mañanas a la desembocadura del río Hacha, situado, según la temporada, a cien metros o a uno o dos kilómetros al Este de la ciudad. Allí, en la laguna que a cada instante cambia de forma por el choque de las aguas dulces y las del mar, es donde acude una gran parte de la población ríohachera, diariamente, a hacer sus compras y provisiones; esta aglomeración en la desembocadura misma del río es inevitable, porque un poco más arriba los cocodrilos infestan el río.

Este es perfectamente paralelo con la costa del Océano, en una longitud de varios kilómetros; no está separado del mar más que por un estrecho banco de arena y conchas, por encima del cual las olas arrojan en el agua dulce algo de su salada espuma. Este banco, que los choques sucesivos de las olas afirman como una muralla, es el camino que siguen las largas caravanas de los guajiros cuando vienen a la ciudad para provisionarse de carne, pescado, tortugas, maderas,

carbón y otros artículos diversos, como sal, granos de *dividivi* y madera tintórea. Desde lejos, esa interminable fila de hombres y animales, compuesta a veces de algunos miles de individuos, que avanzan por el estrecho banco de arena que apenas si se ve sobre las aguas, presenta un aspecto muy fantástico: diríase que era todo un pueblo mágico andando sobre las aguas.

En la desembocadura misma, donde las olas del mar y las corrientes del río se rompen en la barra y forman de orilla a orilla un rompiente, es donde hay que observar el paso de los guajiros. Los caballos se paran con los ojos asustados y las crines en desorden y olfatean largo rato el agua espumosa; las mujeres suben sobre las caballerías, llevando a sus niños en los brazos; los jefes de familia y los ancianos se atan las ropas, cogen el arco o el fusil en una mano y el ramal en la otra, arrastrando así al caballo asustado en medio de la corriente agitada por los remolinos; los jóvenes, más decentes y abnegados que los ríohacheros, se atan una faja un poco más arriba de la cintura y se sumergen en el río, nadando tranquilamente en medio de la gritería de los negritos; otros luchan con los toros asustados o los tercos asnos, que no quieren atravesar el río. Más allá de esta escena, alumbrada por la luz deslumbradora de la mañana, se extiende la superficie del mar azul; a lo lejos aparecen las viejas fortalezas arruinadas, las casas de Río Hacha sombreadas algunas por grupos de cocoteros, y, en último término, las montañas azules de la Sierra con sus nevadas cumbres, destacándose bajo el cielo como una blonda transparente. Por las tardes, las caravanas franquean nuevamente el río para pasar la noche en sus ranchos.

El territorio ocupado por los indios guajiros es una península de catorce o quince mil kilómetros cuadrados, próximamente, y unida al continente por un istmo, en parte cenagoso, y de unos sesenta kilómetros de ancho. Al centro se eleva la pequeña cordillera de Macuira, unida a las últimas ramificaciones de los Andes de Ocaña por una cadena de colinas; el resto de la península lo ocupan las sabanas, lagunas, bosques de manzanillos, mangles y arbustos espinosos. Algunos

arroyos que bajan desde las faldas del Macuira se pierden en las arenas de la playa, excepto durante el período de las lluvias, en los cuales llegan hasta el mar. Al Noroeste, puntas de roca e islotes de arrecifes, tales como las Monjas, Punta Chimara, Punta Gallinas y Punta Chichibacoa, por su posición transversal a la dirección que siguen ordinariamente los navíos que van a Cartagena o Santa Marta, causan infinidad de naufragios. Dos puertos excelentes y admirablemente abrigados, el Portete y Bahía Honda, se abren en la costa septentrional, entre Cabo Vela y Punta Gallinas, pero sólo se ven frecuentados por contrabandistas. En Bahía Honda es donde dicen que Bolívar, en sus ensueños del porvenir, colocaba el sitio de la capital de los Estados hispanoamericanos. A pesar de la magnificencia de ese puerto, es probable que la nueva ciudad no se hubiera desarrollado gran cosa, no porque la región de Bahía Honda sea menos fértil aún que Río Hacha, sino porque ocupa una situación excéntrica con relación a las provincias del interior. Además, todos los establecimientos españoles que en otro tiempo existían en la península han sido destruidos desde hace mucho tiempo por los guajiros; el último vestigio del antiguo pueblo de Bahía Honda consiste, actualmente, en una choza que ha sido quemada varias veces.

En toda la península no existe ni siquiera un pueblo, y la vida nómada de los indios hace suponer que tardará mucho tiempo en construirlo si no es en las gargantas de Macuira o en la orilla derecha del Río Hacha.

Los guajiros, cuyo número varía entre veinticinco y treinta mil habitantes, viven, sobre todo, del comercio, de la cosecha espontánea que producen ciertos árboles, de la pesca y la cría de toros y caballos. Según la temporada, se ven obligados a cambiar de sitio, y tan pronto recorren los bosques para recoger el grano del dividivi, como bajan de bahía en bahía en persecución de tortugas y dorados, o llevan los ganados hacia las sabanas más fértiles y las fuentes más abundantes.

Las ciudades provisionales de los indios están bien pronto construidas; cada rancho que debe abrigar a una familia se levanta en varias horas: los hombres

plantan los pies que sirven de pilares a la choza; las mujeres entrelazan las ramas y hojas que han de servir para la cubierta, y los niños dan vuelta a la piragua, bajo la cual ha de pasar una noche la familia entera, tendida sobre la blanca arena. A veces, durante las temporadas de las lluvias, extienden una tela por el lado expuesto a los vientos alisios; los jefes tapan los cuatro lados de la cabaña con hojas y ramas, dando aspecto real a su residencia. Cuando la tribu nómada decide su marcha a otra parte, no hacen más que descolgar la tela, levantar la piragua y ponerse a navegar; del pueblo provisional sólo quedan ramas colgando y restos que el viento se encarga de destruir. Durante las temporadas de sequía, y sobre todo si éstas se prolongan, muchos guajiros se expatrian completamente y van a construir sus ranchos sobre las costas de la provincia de Río Hacha. A veces, Punta del Diablo, aldea situada a más de sesenta kilómetros de la ciudad al pie de las Montañas Nevadas, se ha visto poblada por cientos de indios.

Los guajiros son los más hermosos tipos de todos los indígenas de América: sus miradas son altivas, su marcha imponente, sus formas esculturales. Los hombres, siempre vestidos a la usanza de los emperadores romanos, luciendo sus cinturones de varios colores, tienen, en general, la cara redonda como el sol, del cual se creen descendientes sus hermanos los muyscas; miran siempre de frente con aire de salvaje desconfianza y su labio inferior se levanta con una sonrisa sardónica. Son fuertes y graciosos; su habilidad en todos los ejercicios corporales es inmensa. En la juventud, su color es de rojo ladrillo, bastante más claro que el de los indios de San Blas y los de la América central; en la vejez ennegrecen y adquieren un hermoso color de caoba. Alrededor de sus cabellos largos y rizados sobre los hombros se rodean graciosamente una liana de *convulvulus*, o bien se atan algunas plumas de águila, con una simple diadema de fibras de madera. En la cara se ven muy raramente tatuajes.

Las mujeres, menos adornadas que sus maridos y vestidas con ropas de colores menos chillones, conser-

van, sin excepción, hasta la más avanzada vejez, formas de dureza admirable y gran perfección de contornos; sus maneras de andar son de verdaderas diosas, o mejor dicho, de mujeres que viven libremente con la Naturaleza, y cuya belleza, acariciada por el sol, se desarrolla sin obstáculos. Aunque sus rasgos son muy parecidos a los de las hermosas irlandesas, están, desgraciadamente, desfiguradas por tatuajes trazados en los pómulos y la nariz; pero, a pesar de esas manchas rojas de la cara, las salvajes hijas del desierto sugestionan por su deslumbrante y fiera belleza, sobre todo, cuando se las ve atravesar la llanura al galope de sus rápidos caballos con los ojos inflamados, el cabello en desorden y el brazo levantado en señal de triunfo.

Como en muchas otras naciones salvajes, bárbaras y civilizadas, el casamiento no es, entre los guajiros, sino un contrato de venta; pero este contrato no se efectúa más que mediante la conformidad del hombre y la mujer, si se convienen por la edad y mediante las indispensables condiciones de salud, agilidad y fuerza: los deformes y los enfermos, muy raros entre estos salvajes, son inexorablemente condenados al celibato. El hombre procura, primero, agradar al padre de familia, y cuando ha convenido con éste el número de toros y caballos que ha de costar su hija, se dirige hacia el rancho de su futura, conduciendo consigo a su rebaño. Los animales se cuentan y examinan por el padre de la novia y los conocedores de la tribu; luego, a grandes tijeretazos, se les hace otra marca en el pelo, y cuando la última cabeza de la manada ha cambiado de propietario, el joven puede aproximarse a su futura: el casamiento está terminado y la fiesta comienza.

Sin embargo, más que a toda idea de interés, tienen estos salvajes amor a la belleza, y, si se da el caso de que el pretendiente se distingue entre sus compañeros por su fuerza, su talla, su agilidad y gracia, se le conceden gratuitamente una o varias mujeres; a veces se les hacen regalos de caballos, toros y fusiles como prueba del honor que ha hecho ingresando en su nueva familia. Para estos hombres, la verdadera aristo-

cracia es la de la belleza; la riqueza y el poder están subordinados a ella.

Cuando un naufragio arroja sobre las costas guajiras a algún marino extranjero fuerte y vigoroso, los indios, que conocen perfectamente la importancia de los cruzamientos de raza, le hacen pagar con algunos años de casamiento forzado con dos o tres hermosas guajiras, la hospitalidad que le han concedido. En cuanto a los desgraciados marinos deformes o de aspecto enfermizo que caen entre sus manos, los despojan de sus ropas y los conducen de tribu en tribu hasta Río Hacha, perseguidos por gritos y risas.

Los guajiros no son hospitalarios más que con los hombres de su raza y con los extranjeros que imploran su protección; odian cordialmente a los españoles, con los que han guerreado durante tres siglos; los padres cuentan a los hijos que los conquistadores Alfaguer y Belancazar habían reducido a los indios a la esclavitud y que con sus carnes alimentaban a los perros; les dicen, con gran lujo de detalles, que, a veces, los soldados castellanos conducían cientos de pieles rojas en una misma cuerda, y que se divertían cortando la cabeza de un solo golpe a quien detenía por un momento la marcha del convoy. Por eso los descendientes de españoles se aventuran pocas veces a franquear la desembocadura del río Hacha, y las goletas granadinas que van a traficar por la costa con los indios apuntan contra ellos los pequeños cañones y disparan a la menor alarma. Cuando un bongo de pescadores ríoacheros se cruza en alta mar con una piragua de guajiros se lanzan siempre entre las dos embarcaciones innumerables injurias.

A veces, y a pesar de la paz que las operaciones comerciales exigen, estalla la guerra por haber surgido entre los tratantes diferencias que degeneran en reyertas; entonces los indios se esperan por las aldeas inmediatas a Río Hacha y se apoderan de las caravanas que vienen de Sierra Negra y el Valle Dupar; nadie intenta salir de la ciudad, y hasta las mujeres, para procurarse agua dulce, van al río acompañadas de hombres armados. Los ríoacheros que caen en po-

der de los indios perecen sin remedio. Hacía unos diez años cuando llegué a Río Hacha que, durante una guerra, cayeron en poder de los indios dos negociantes españoles; los salvajes los debilitaron por el hambre, primero, y después, al más fuerte, le hicieron cavar la fosa de su compañero y enterrarlo él mismo; cuando había terminado tan dolorosa y singular tarea lo mataron, y, obedeciendo tal vez a alguna monstruosa superstición, regaron con su sangre la tierra de la sepultura.

Después de algunos meses de interrupción en el pacífico comercio, los guajiros, suficientemente vengados con la muerte de algunos de sus enemigos, y sintiendo además la necesidad de aprovisionarse de colete (tela de algodón azul, que sirve de moneda de cambio en el país), de pólvora y piedras para los fusiles, y otros géneros, vuelven al mercado, como de ordinario, cargados de sus mercancías, y ofrecen la paz a sus enemigos blancos y negros. Estos, bien contentos de que la paz les sea ofrecida, acuden al mercado y la normalidad queda restablecida. Los ranchos vuelven a levantarse en la parte oriental de la ciudad y los habitantes de Río Hacha pueden dar sus paseos matinales por la desembocadura del río.

Tanto en paz como en guerra, los guajiros conservan en la ciudad el derecho de gobernarse ellos mismos y hasta se ríen de las leyes granadinas. Durante mi estancia en Río Hacha un indio asesinó a una mujer guajira: el criminal se dió a la fuga y consiguió sustraerse a la persecución de la familia de la víctima. Algunos meses después se dijo que el asesino estaba oculto en una casa de la ciudad; los hermanos de la víctima, acompañados de sus amigos, armados con flechas y fusiles, entraron en Río Hacha y registraron escrupulosamente todas las casas, hasta que encontraron al asesino. Lo ataron, se lo llevaron al otro lado del río, y, sobre la arena que forma la punta extrema del territorio guajiro, un hermano de la víctima le cortó el cuello de un machetazo. Toda la familia del asesino, descubierta después, sufrió la misma suerte, a excepción de su mujer que, dejada como muerta sobre la

arena, tuvo el valor de atravesar el río y venir a morir a Río Hacha. No obstante su deseo de venganza, aceptan alguna vez el precio de la sangre y perdonan a quien paga. Un comerciante de la ciudad, don Nicolás Barros, tiene en su casa un niño indio, cuya vida compró por cuarenta pesetas.

Si los ríohacheros tiemblan ante los guajiros, éstos, a su vez, temen a los indios cocinas y sólo hablan de ellos con espanto, no por cobardía, cosa desconocida entre estos hombres, sino porque los últimos son antropófagos, y nada horroriza más a los guajiros que la idea de ser asados y devorados después de haber caído en la batalla. Los cocinas recorren las sabanas pantanosas que se extienden entre Maracaibo y la Sierra Macuira, en casi toda la extensión del golfo de Venezuela. Poco numerosos, como todas las tribus de antropófagos, cuentan apenas algunos cientos de guerreros; pero es, sin embargo, poderosa, por el terror que inspira. Aunque desapareciera el recuerdo de su existencia protegería durante mucho tiempo su territorio.

A pesar de los consejos de mis amigos me atreví varias veces a visitar algunas posesiones de la República guajira, frecuentando algunos de sus ranchos. Es cierto que me hice presentar al jefe conocido por los españoles con el nombre de *Pedro Quinto*, un gigante orgulloso como un mandarín chino, y de una obesidad que denunciaba su riqueza y abundantes comidas. Este jefe me presentó a algunos de sus súbditos, reunidos en el mercado de Río Hacha; mi persona era, pues, sagrada, aunque hubiera sido español o cocina. Una vez prometida la hospitalidad, todos los ranchos me pertenecían; no tenía más que mandar.

En mis largas excursiones por las playas guajiras pasaba muchas veces cerca de algunos hombres, en apariencia sin vida, al lado de los cuales se veían mujeres sentadas en la arena vigilando y tejiendo hilos o haciendo sombreros. Al principio creí que eran cadáveres guardados por mujeres, para evitar que fueran devorados por los caricaris o los buitres; pero una mujer que sabía hablar el español me dijo que su ma-

rido no estaba muerto, sino *borracho perdido* desde la víspera. «Ayer vendió la madera del Brasil», añadió ella con tono de confianza. Las voluptuosidades que produce la embriaguez son tan *distinguidas* que la mujer siente aumentar su respeto y consideración hacia el marido cuando se halla en tal estado; se arrodilla cerca de la cabeza, espanta a los cínifes que podían trastornar su profundo sueño y refresca su frente cubriéndola con el ala de un águila: en análogas circunstancias, también ella pudiera tener necesidad de iguales cuidados.

Al terminar toda operación comercial, los ríohacheros han de entregar, según es costumbre, al vendedor guajiro uno o varios jarros de aguardiente fuerte. El indio se lleva a su rancho el *precioso* licor y bebe hasta caer como muerto sobre la arena. Cuentan que un navío cargado de ron encalló en los arrecifes de Punta Gallinas; la noticia corrió por todo el territorio y, durante muchos días, la nación entera estuvo sumida en la más completa embriaguez. Las bombonas de ácido sulfúrico procedentes de naufragios y halladas en la costa, algunas veces han producido la muerte de algunos pescadores, por haber bebido el ácido con la misma avidez que el ron. El vicio de emborracharse no tiene, entre los guajiros, las mismas consecuencias que en Europa: entre nosotros la miseria viene con la borrachera; allá la pobreza es desconocida. Además, los guajiros, como los otros indios de América, tienen la maravillosa facultad de poder, sin sufrimiento, pasar de la más rígida sobriedad al festín más abundante. Cuando el guajiro ha cazado un cabrito o una tortuga come sin cesar hasta que el animal ha desaparecido completamente; si en medio del festín un sueño letárgico le derriba al suelo, conserva, no obstante, el resto de carne entre sus manos, para llevárselo a la boca en cuanto despierte. Si la caza y la pesca han sido infructuosas, el guajiro aprieta su cinturón a su vientre deshinchado y ayuna durante días enteros sin dirigir una mirada a la comida de sus compañeros.

A pesar de los defectos que son comunes a todos los pueblos bárbaros, los guajiros entran en el progreso

y tal vez serán para la provincia de Río Hacha lo que han sido los indios del interior para Socorro, Vélez y Pamplona: un elemento poderoso de regeneración social. Hasta hace algunos años se habían conservado puros de toda mezcla; pero las numerosas ocasiones de contacto, creadas por las relaciones comerciales, han producido algunas admirables familias de mestizos. Poco a poco los veinte o treinta mil guajiros, atraídos por interés a las inmediaciones de una ciudad que aumenta de día en día, se confundirán con los habitantes blancos o negros del país, y el feroz antagonismo de raza desaparecerá. Perderán los guajiros el espíritu de trabajo y su indomable energía, pero, en cambio, adquirirán la viveza de impresiones, esa poesía de los sentidos, que hace a los mestizos tan asequibles a todas las innovaciones del progreso.

El comercio de las tribus guajiras con el extranjero es ya considerable y mayor que el de ninguna otra comunidad de la República granadina. Los géneros traídos diariamente al mercado de Río Hacha producen la prosperidad de la ciudad. Además, expiden directamente a Jamaica y Santo Domingo caballos, toros, sal, granos de dividivi, tasajo y otros géneros.

Por las necesidades actuales del comercio han aprendido a hablar el papamiento, y en cuanto el círculo de sus relaciones se ensanche, no cabe duda de que su lengua, muy pobre y adaptada a su modo de existencia, desaparecerá gradualmente para ceder su puesto al español.

La naturaleza del suelo, que obliga a los guajiros a ser comerciantes al mismo tiempo que pastores nómadas, no les ha permitido hacer grandes progresos en la agricultura; no obstante, algunos se han establecido ya en la orilla izquierda del río, donde han roturado el terreno para plantar mangles y otros árboles frutales. Sin perder sus hábitos de nómadas, vienen, no obstante, a recoger sus frutos, y no cabe duda que así tomarán cariño a sus plantaciones y se establecerán definitivamente, convirtiéndose en agricultores. Cinco o seis familias, aguijoneadas por el deseo de mejorar, han dado un paso más y se han establecido

en la orilla española del río en algunas hondonadas de fácil riego, y, a pesar de su horticultura rudimentaria recogen melones, calabazas, mandioca y otros frutos, en cantidad suficiente para abastecer a la ciudad. Se dice que, para proteger sus huertas de los *rateros* ríohacheros, los indios colocan serpientes venenosas en las inmediaciones; hay también quien asegura que plantan de distancia en distancia algunas plantas de manioque salvaje (*yucca brava*), que ellos solos pueden distinguir, y que producen la muerte con su jugo venenoso.

Otro rasgo principal del carácter guajiro es un odio hacia la religión católica. En esta religión no han visto más que la fe execrable de sus antiguos opresores, en nombre de la cual sus ascendientes fueron decapitados y reducidos a la esclavitud. Parece que no tienen otra religión que el amor a la libertad, y declaro que, no obstante mis investigaciones, no pude averiguar si creen en un *Grande Espíritu* y en la inmortalidad del alma. A todas mis preguntas en este sentido me contestaban con miradas de extrañeza o risas despreciativas. Una sola práctica me hace suponer que creen en algún ser vivo que reside en la tierra: cuando ruge el trueno, lanzan al aire grandes tizones encendidos y prorrumpen en gritos desaforados, como para devolver al genio de la tempestad grito por grito y rayo por rayo. Según dicen las tradiciones caldeas, Nemrod, el poderoso cazador, lanzaba flechas contra las nubes y más de una vez cayeron ensangrentadas.

El médico cazador.—La cuesta de San Pablo.—El Ranchería.—Sierra Negra

Había pasado ya algunos meses en Río Hacha sin hacer excursiones importantes ni haberme ocupado del objeto principal de mi viaje. Por fin hallé una ocasión favorable para dirigirme a Sierra Negra, una de las más grandes ramificaciones de los Andes, que empieza a cuarenta leguas al Sur de la ciudad. Una mañana me puse en marcha, llevando en un zurrón algunos libros y una botella de agua. Solo, y a pie, se siente uno en más intimidad con la Naturaleza toda y los paisajes que se desarrollan ante la vista; se puede subir a todas las colinas, seguir el curso de todos los arroyos, introducirse en la espesura y penetrar en el bosque bajo las sombras misteriosas; se es más libre. En la naturaleza tropical, que yo no conocía aún en sus diversos aspectos, sobran amigos, sobre todo cuando se piensa consagrarse completamente a la alegría que produce cada nuevo descubrimiento y se quiere vivir durante algún tiempo errante, como nuestros padres, a través del bosque. Además, no pensaba sufrir, hallar obstáculos en ese nuevo género de vida; de etapa en etapa tenía que hallar gente que conocía yo, o, al menos, para quien me habían dado cartas de recomendación.

En Treinta, pueblo de mil habitantes, situado al pie de las colinas de San Pablo, fui a parar a casa de un compatriota, extraño personaje, que luego no se portó conmigo muy convenientemente, pero que entonces no tenía ningún motivo para dudar de su

probidad. Don Julio se alababa de ser descendiente de la célebre Ninón de Lenclos. Pequeño, delgado, pálido, martirizado por una tos seca como de tísico, parecía siempre en la víspera de su último día de vida. ¿Cómo habría sido su vida pasada? Todos lo ignoraban; jamás contó a nadie por qué causas o en qué circunstancias había abandonado su patria.

Desde su llegada a Nueva Granada ejercía al mismo tiempo tres profesiones: era médico, negociante y cazador. Demasiado ignorante para tratar con los médicos de Río Hacha, donde había varios de éstos, que si estaban huérfanos de ciencia, poseían al menos un lenguaje práctico, recorría los pueblos vecinos de Soldado, Treinta y Barbacoas; se instalaba junto a la hamaca de los enfermos, los sangraba de grado o por fuerza y les hacía tragar algunas drogas. Su calidad de francés, su modo doctoral y pausado de hablar, le aseguraban una gran influencia entre las gentes groseras. Además, su terapéutica era muy sencilla, y por eso mismo la practicaban los campesinos, que en todo les gusta seguir una rutina por absurda que sea.

Para Julio no había más que dos clases de enfermedades: las que provienen de un exceso de calor y de un exceso de frío; no tenía, pues, más que dos medios terapéuticos, *los calientes* y *los fríos*. En una región como la llanura de Río Hacha, compuesta de tierras arenosas que reflejan los perpendiculares rayos del sol, casi todas las enfermedades estaban clasificadas entre las *calientes*, y el principal medio para refrescar el cuerpo era la sangría. Durante las épocas de epidemia, la lanceta del doctor Julio no se daba un momento de reposo; por todas partes donde se presentaba se rodeaba muy pronto de jofainas llenas de sangre. En pago, aceptaba pleitas, hamacas, espuelas; luego, cuando había reunido un montón de regalos, se marchaba a la ciudad, seguido de una reata de mulas y asnos, alquilaba una casa y se pasaba algunos meses detrás del mostrador vendiendo sus géneros. Esta era la segunda fase de su existencia y, al parecer, la menos original.

Pero cuando en medio de sus ocupaciones pacíficas

el demonio de la caza se apoderaba de él abandonaba inmediatamente mercancías y enfermos, cogía un fusil, pólvora, balas, un saquito de sal y un frasco de amoníaco y desaparecía sin avisar siquiera a su mujer. Alejándose de los caminos se introducía en el bosque virgen, atravesaba las lagunas o recorría los precipicios en busca de caza. En cuanto había matado algún animal, mono, saíno o manás, hacía un hoyo en la tierra, encendía una gran fogata, ponía la carne sobre la lumbre y lo cubría todo de ramas y de hojas. En seguida cortaba una de las hojas suculentas de una palma real, la empolvaba de sal y, desenterrando la carne asada, hacía una abundante comida. Al día siguiente la comida era todavía más agradable porque podía beber el licor que había obtenido retorciendo la hoja de una *palma de vino*, y, tapando el agujero practicado en la palma, el jugo contenido se convertía en vino durante la noche. Para añadir este lujo a sus comidas, le era preciso desvelarse, porque de lo contrario los monos, como ocurrió alguna vez, se hubieran aprovechado de su sueño para destapar el agujero practicado en la palmera y emborracharse a costa suya. Cuando el cazador terminaba su comida se dirigía hacia otros sitios del bosque, iba a acampar a la orilla de otros arroyos y esperaba pacientemente el paso de un grupo de monos o de un ganado de manás. Así vivía a veces meses y meses, sin otra compañía que los innumerables insectos que zumbaban a su alrededor, las colonias de hormigas termitas y la infinidad de seres que se arrastran, corren, saltan o vuelan en un bosque virgen.

Durante sus excursiones solitarias tuvo que salvar con frecuencia serios peligros. Algunas veces se encontró frente a los jaguares; pero, al igual que los árabes cuando inesperadamente se encuentran ante un león, don Julio los ahuyentaba prorrumpiendo en gritos feroces y lanzánoles insultos y denuestos. Fué tres veces mordido por culebras, pero jamás experimentó ningún mal, porque desde su llegada al país había sabido preservarse de esos peligros inoculándose con el *guaco*. Para evitar la hinchazón ponía al-

gunas gotas de amoníaco sobre la herida. Los riesgos más grandes que había corrido eran los de ser arrebatado por torrentes, crecidos repentinamente y de cuyos accidentes había podido salvarse milagrosamente algunas veces. Para pasar las noches sin ser comido por mosquitos, hormigas y otros insectos, tenía que acostarse en el cauce mismo de los barrancos, y cuando la tempestad, deshecha en trombas de agua sobre la Sierra, le sorprendía durmiendo, sufría sobresaltos que lo ponían a prueba.

Cuando don Julio volvía de sus expediciones de caza por la Sierra, su mirada era huraña y salvaje, como la de todos los hombres no acostumbrados a mirar de frente a sus semejantes; sus movimientos eran entonces de loco. Antes de acostumbrarse a la sociedad pasaban algunos días, y luego sólo se animaba contando sus aventuras de caza y anécdotas sobre los monos, las pumas y otros animales del bosque. En vez de perro tenía para guardar la casa un pequeño jaguar atado a un pilar de la misma. Este animal vivía en perfecta armonía con dos monos que saltaban y hacían gestos por todas partes. La cordialidad terminaba en cuanto le echaban al felino un pedazo de carne; entonces enseñaba los dientes, avanzaba con sus garras y parecía dispuesto a devorar al primero que hubiera pretendido ser su comensal; los monos, sin embargo, se lo permitían alguna vez, y, rápidos como un rayo, le arrancaban a la fiera la presa de entre sus garras.

Un caballero de Treinta, para quien yo llevaba una carta de recomendación, me recibió muy atentamente, y me invitó a visitar una propiedad situada a algunas leguas al Oeste, en un valle de Sierra Nevada. Yo sabía, por experiencia, que no hay que fiarse de las fórmulas y finezas de la cortesía española, y no había tenido jamás el mal gusto de tomar textualmente en serio los ofrecimientos de los que ponían a mi disposición su casa, su persona y su fortuna. Sin embargo, el señor Alsina Redondo insistió tanto para hacerme ir a visitar su plantación, que prometí estar nuevamente a su lado doce días después. Entusiasmado en

apariencia, me explicó detalladamente todo cuanto pensaba hacer para obsequiar dignamente a tan «noble extranjero» cuando fuera a visitar su propiedad. Yo le escuchaba cándidamente sin suponer que el señor Alsina no pensaba, ni remotamente siquiera, que yo fuera a visitar su plantación de San Francisco, y cuando continué mi viaje, entusiasmado con la ilusión de visitar la gran «hacienda», me engañaba yo mismo como a un chino.

Al salir de Treinta empecé a subir la cuesta de San Pablo, cadena porfirica de seiscientos metros de altura próximamente, que sale del macizo de Sierra Nevada y va a perderse al Este, en los llanos de la península guajira. A derecha e izquierda y por todas partes veía plantanares, campos de maíz, grupos de palmeras y vastas plantaciones. Después de la extensión arenosa e inculta que separa Río Hacha de Treinta, estos diversos cultivos recreaban mi vista como si fueran jardines encantados; en estos campos preveía yo el porvenir de la América meridional, tal cual será cuando esté poblada y cultivada por cien millones de habitantes.

Los montes de San Pablo están infestados de serpientes, acerca de las cuales los habitantes del país cuentan fábulas para aterrorizar a los viajeros. Dicen que la serpiente *alfombra* (variedad de la boa) —animal inofensivo— espera a los transeúntes enroscada en una rama y los persigue volando como un pájaro. Pretenden que las anfibenas y serpientes de coral puedan morder al mismo tiempo por la boca que por la cola, y que los mordiscos de esta última clase son mucho más peligrosos. Afirman, también, que la serpiente *boquidorada* sigue a los viajeros cautelosamente y los devora de un solo tirón. En toda mi excursión no pude ver más que uno de esos peligrosos animales, detrás del cual corrí inútilmente a través del bosque.

A la caída de la tarde llegué a una garganta, desde la que se ve, por la parte Sur, la fértil llanura de San Juan, que se presenta en toda su extensión, dominada por la Sierra Negra. Luego descendí por una rápida falda, siguiendo el borde de un torrente que saltaba

sobre un lecho de rocas calcáreas, y al que sombreaban gigantescas ceibas. La noche me sorprendió, y con la oscuridad, no pude hallar el camino que conduce a la pequeña aldea de la Chorrera, en donde un cuñado del vicecónsul francés me dió luego una cariñosa hospitalidad. Andando con la esperanza de encontrar una cabaña llegué a las orillas de un río que hacía rato oía rugir, pero que sólo distinguía por lienzos de blanca espuma, a través de las copas de los árboles y de trecho en trecho. Este río es el Ranchería, el mismo que más lejos describe un gran semicírculo en los llanos de la Guajira, y va a desembocar en el mar, cerca de la ciudad, con el nombre de Río de Hacha o de Calancala. En la oscuridad no me atreví a pasar por este río, cuya orilla opuesta ni siquiera veía, y con una faja que llevaba rodeada a la cintura hice un arma de defensa atando una piedra al extremo; ya hecha mi especie de porra, me acosté sobre la blanca arena del río.

En mi vida he pasado otra noche más agradable. Cuando me desperté, las nubes se habían dispersado y las estrellas brillaban a intervalos en el cielo; por entre las ramas que se enlazaban sobre mi cabeza veía brillar la luz del planeta Júpiter; por detrás de las rocas que se levantaban al otro lado del río, los astros desaparecían uno después de otro. Muy pronto el cielo adquirió un ligero color de rosa, y vi salir de la oscuridad todos los detalles de un paisaje encantador, envuelto en el fresco sudario de la mañana: a mis pies el agua del río, al chocar con las piedras, producía remolinos de espuma y murmullos que me extasiaban; en la orilla opuesta, las altas palmeras salían del espeso tejido de caracolis; por encima del bosque aparecía una muralla de cien metros de altura, y tan compacta, que parecía cortada por un durandal de algún Orlando muysco; el río, cubierto aún por las sombras de la noche, parecía salir como vorágine de una negra caverna, mientras que por Oriente flechas luminosas horadaban el domo de verdura formado por los árboles enlazados, y los reflejos dorados de la aurora parecían correr hacia las nubes purpúreas del

horizonte para confundirse con ellas. Al mismo tiempo que admiraba el magnífico espectáculo del paisaje y el amanecer, saltaba de piedra en piedra y luchaba contra la violencia de la corriente. Poco después llegaba al otro lado sin otro accidente que el de haber perdido un libro de estadísticas sobre el estado financiero de Nueva Granada; sin detenerme a lamentar el percance, continué rápidamente mi marcha.

La muralla de rocas que se levanta por encima de la orilla izquierda del Ranchería debe, evidentemente, su forma, a las olas de un antiguo lago o la corriente de un caudaloso río: así lo atestiguan las escarpaduras, las grutas, los terrenos de aluvión de los llanos inmediatos y las conchas de agua dulce esparcidas por el suelo. Todas las colinas que rodean la llanura están cortadas por rocas verticales, cuya base está situada al mismo nivel; no cabe duda de que en otro tiempo una vasta extensión de agua se extendía entre Sierra Nevada. Tal vez el río Magdalena corría por el cauce del Ranchería; poco a poco, el levantamiento gradual de Sierra Nevada vaciaría el lago en el mar y desviaría un poco más al Oeste el Magdalena, hacia el golfo que se extendía entre Cartagena y Santa Marta, y que más tarde ha sido llenado por los aluviones que el río ha ido llevando. Actualmente la banda de tierra que separa el cauce del Ranchería del río César, afluente del Magdalena, es muy débil, y, por lo tanto, sería fácil de abrir un canal que uniera las aguas del alto Magdalena con el puerto de Río Hacha. Si Nueva Granada entiende bien sus intereses, uno de los primeros caminos de hierro que construirá será entre Río Hacha y Tamalameque, sobre el Magdalena; la corriente comercial seguirá así el curso trazado a las aguas por las edades geológicas y atravesará una cuenca de gran fertilidad, poblada ya, como San Juan, Fonseca, Barranco, Cañaveral, Uramita, Badillo y Valle Dupar.

Villanueva, aldea a que llegué dos días después de haber salvado la Cuesta de San Pablo, me llamó la atención por su prosperidad. Las casas, pintadas de amarillo, están sombreadas por árboles de gran corpu-

lencia, que no se ven a veces ni aun en la zona ecuatorial; hay hermosos caminos por los que podrían circular los carros, y grandes acequias de riego que mantienen en frescura constante los huertos y plantaciones; a lo lejos se extiende la llanura como un gigantesco lienzo verde balanceándose entre dos cadenas de montañas paralelas, de dos mil metros de elevación, una, y la otra de cinco a seis mil. Al Este, Sierra Negra, cordillera relativamente modesta y, sin embargo, bastante más alta que los Vosgos, abre sus altos valles poblados de feracísima vegetación y enseña sus redondas cimas, sobre las cuales Cerro Pintado, colocado como una gran fortaleza rectangular, proyecta sus baluartes blancos y negros alternativamente. Al Oeste, Sierra Nevada, con sus escarpaduras rojas y desnudas, corona su enorme cima en forma de pirámide con la nieve immaculada, como un vestido de mármol. Cuando los primeros rayos del sol aparecen por encima de las cumbres de Sierra Negra y van a herir las crestas opuestas, empiezan por dibujarse primero en el cielo como un inmenso domo de luz; luego aparecen como faros centelleantes sobre los picos de la Nevada; la luz baja por grados produciendo reflejos sobre las faldas de los montes, como un incendio visto a través de cristales, envuelve la cordillera entera en su manto de fuego y se esparce al fin por el llano, cambiando en innumerables diamantes las gotas de rocío y el agua cristalina de los torrentes.

Un plantador de Villanueva, Mr. Dangon, a quien yo iba especialmente recomendado, es el tipo de esos colonos intrépidos que hacen ellos solos más por el desarrollo de un país que miles de emigrantes trabajando sin orden ni concierto. Como tantos otros, había llegado a América buscando fortuna: había sido carpintero, albañil, tratante, pero la fortuna no le había favorecido en tan diversas profesiones. Entonces pensó en la agricultura, y, tomando ocho mil pesetas al interés de veinticuatro por ciento anual, se puso a trabajar con ahinco. A los seis años había pagado el capital y los intereses. Había cultivado ochenta hectáreas de terreno, plantando más de cien mil cafetos, y, cuando

yo pasé por Villanueva, gozaba ya de una renta anual igual a su primer empréstito. Lo que por sí mismo ha hecho es bien poco comparado con el impulso que ha dado al país. Por todas partes había abierto anchos caminos, construído puentes y acueductos, importado plantas alimenticias, desconocidas en el terreno, y edificado casas, grandes y sólidas, que dan perfecta idea de la riqueza del país. Una docena de caballeros de Villanueva, Wrumite y Valle Dupar, antes de la llegada de Mr. Dagon, no tenían otra ocupación que fumar; actualmente han roturado una gran extensión de terreno en Sierra Negra, y grandes cafetales producen exuberante riqueza que anuncia el esplendoroso porvenir del país.

X Comparado con la conducta de Mr. Dagon, ¡cuán censurable es la de su rico usurero, que posee en Sierra Negra varias leguas cuadradas de un terreno excelente y minas de cobre, cuyo venero de riquezas es tan grande que desde largas distancias se ven las faldas del monte llenas de venas verdes y azules! A pesar de todos esos elementos de riqueza y la fortuna que posee, el acaudalado propietario no ha sabido sacar ningún provecho de sus inmensos dominios.

En Europa, el hombre pertenece a su profesión, a su oficio; en América puede elegir libremente su vocación. De ahí el feliz desarrollo del espíritu de libertad en el Nuevo Mundo. Un hombre enérgico que ha sabido humillar los bosques seculares convirtiéndolos en plantas productivas, que ha impuesto un orden a los acontecimientos y ha sometido el destino a los dictados de su voluntad, no cederá en su vida a un agente de policía, a la Guardia civil y otras autoridades, ni se doblará ante las exigencias de leyes estúpidas.

Desde las faldas de Cerro Pintado, que ocupan las plantaciones de Mr. Dagon, sobre la vasta llanura de Río César, se divisan algunos puntos blancos y encarnados: son pueblecillos esparcidos, que, en no lejano tiempo, aumentarán su diámetro como las islas que aparecen en el mar y se unirán por las líneas de cultivo, pareciendo sus campos lo que los nuestros en Europa, en donde las tierras cultivadas dominan, y

sólo aparecen de trecho en trecho los restos del bosque y aun agrupados, según los intereses del hombre.

Los agentes de esta transformación serán, en gran parte, los emigrantes de Europa y América del Norte; pero los indios de la Sierra, *tupes*, *etraques* y *chimilas*, contribuirán también, de una manera poderosa, a la transformación del país. Los chimilas eran, hace aún pocos años, los enemigos irreconciliables de los españoles y hombres de color. Vestidos con cortezas de árboles habitan en las grutas y los bosques que rodean a Cerro Pintado, y el extranjero que se aventuraba a penetrar en ese territorio era irremisiblemente asesinado.

Un día Cristóforo Sandoval, negro de fuerza hercúlea, inspirado por no se sabe qué audaz pensamiento, se presentó delante del jefe de los chimilas, sin armas, acompañado solamente de su hijo que era casi un niño. Se ignora por medio de qué *grigri* el negro supo dominar al piel roja; pero el efecto fué inmediato: el cacique abdicó y Cristóforo ocupó su puesto como jefe guerrero. Desde ese día los indios han cesado de amenazar a los españoles y, de bandidos, se han convertido en agricultores.

Dos días después de haberme separado de Mr. Dangon tuve ocasión de visitar a uno de esos criollos perezosos que se pasan la vida balanceándose en su hamaca. Acababa de llegar a una miserable aldea llamada Corral de Piedra y había pedido hospitalidad en la misma casa que algunos años antes el hijo del célebre mineralogista alemán Karstein había habitado algunos días. Hablaba a mi nuevo patrón de las hermosas plantaciones que venía de visitar.

—¡Bah! —exclamó éste interrumpiéndome—. ¿Acaso el señor Dangon come más plátanos que yo? Yo soy tan rico como él, puesto que como cuanto quiero y hago el amor a mi gusto.

Los últimos días de mi excursión fueron fecundos en aventuras. Pasé dos días perdido en la Sierrecita, al ángulo oriental de Sierra Nevada; pasé dos noches en el bosque, siendo presa de los garrapatos; tuve que atravesar varios torrentes impetuosos, cuyas aguas me

arrastraron más de una vez, trompicándome contra piedras y árboles; más lejos sufrí hambre y sed; por fin, tuve la felicidad de encontrar una familia de leprosos que me obsequió, me hizo partícipe de sus provisiones de bananas y me permitió beber en el jarro común. Después de todo, los leprosos hicieron como todo el mundo, porque durante mi viaje no puedo decir que he dejado de ser bien recibido en todas las casas donde he llamado. Las mujeres, sobre todo, han calmado más de una vez mis sufrimientos con sus delicadas atenciones, su voz, de una dulzura maravillosa, y sus miradas de bondad.

En San Juan, el médico don Joaquín Bernal, que desde entonces ha sido gobernador de Río Hacha, me recibió del modo más afable, y, sin falsa urbanidad, puso a mi disposición todo cuanto poseía. Al entrar en su casa, amueblada con una modestia que me entusiasmó, quedéme sorprendido a la vista de una biblioteca tan grande que cubría la mitad de las paredes de su morada. Esta biblioteca, importada tras enormes gastos de Francia e Inglaterra a un pueblo perdido en medio de los bosques vírgenes, se componía de varios millares de volúmenes, todos escogidos. Don Joaquín me hizo los honores de su tesoro como hombre de gusto y me probó que ningún ramo del saber le era desconocido. Hubiera cedido de buena gana a sus deseos, quedándome en su casa durante algunos días, para volver a leer mis autores favoritos, hablar sobre el porvenir de la patria granadina, visitar las montañas de los alrededores e intentar en su compañía la terrible ascensión al Cerro Pintado, pero recordé la promesa que había hecho en Treinta, y no quería en modo alguno faltar a mi palabra empeñada con el *caballero* Alsina Redondo. Abandonando, contra mi voluntad, la hospitalidad de don Joaquín, conseguí, gracias a una marcha forzada, salvar la Cuesta Dieguita, hacia la medianoche del día convenido con el señor Redondo; llegué a la puerta de una plantación en las primeras horas de la mañana; llamé y no contestó nadie; no tuve otro remedio que pasar la noche sobre unas piedras.

Al día siguiente pasé a Treinta y recordé al señor

Alsina las promesas de excursión, que, a pesar de su exquisita cortesía, ni siquiera intentó excusarse: tan prodigiosa le pareció mi ingenuidad. Las fórmulas de cortesía, las frases falsas de una etiqueta vana y las promesas entusiastas, hechas sin la menor intención de cumplirlas, son una verdadera plaga de las sociedades donde domina la influencia española. Los extranjeros que no están acostumbrados a estas falsedades, se creen ante hombres que no son capaces de decir una verdad. Cuentan que el general Bolívar tenía la costumbre de reclutar caballos, tomando la palabra a los que abusaban de las fórmulas corteses.

—¡Qué hermosos caballos!—decía el general al ver ganado que le gustaba.

—*Están todos a la disposición de usted*—contestaban los propietarios.

—Muchas gracias.

Y el general daba orden a sus soldados de recogerlos.

La caravana.—El paso del Enea.—El Pantano.—Las plagas del Volador

Habitando Nueva Granada desde más de un año, conocía las costumbres de los indígenas y los recursos agrícolas del territorio; tenía numerosas y agradables relaciones, y podía contar con las simpatías de mis nuevos conciudadanos lo mismo que si yo fuera ríohachero. Había llegado, pues, el momento de realizar mis planes agrícolas en un valle cualquiera de Sierra Nevada. Don Jaime Chastaing, el carpintero francés, estaba cada día más descontento de su suerte; me rogó que le aceptara como asociado, y yo tuve la debilidad de ceder. Creí cándidamente que don Jaime había descubierto al fin su verdadera vocación a la edad de setenta años y que toda su actividad dormida había despertado al fin. Como tenía en cuenta que iba a vivir ante los indios aruaques, lejos de toda sociedad civilizada, me parecía estar poco acompañado, en medio de la Naturaleza virgen, con sólo mis libros y mis proyectos.

Antes de transportar a Sierra Nevada los instrumentos agrícolas, herramientas y todos los objetos necesarios para una explotación regular, era necesario hacer primero un viaje de exploración y reconocimiento. Empezada a organizar esta excursión, surgieron ya serios obstáculos. ¿Cómo me arreglaría para vivir en la Sierra, entre los indios, que ignoran el valor del dinero y no venden frutos y raíces sino a cambio de otros géneros? ¿Debía llevarme una gran caravana de bestias, cargadas de provisiones para un tiempo ilimitado, o

bien, era preferible limitarme a hacer operaciones de cambio como hacen los españoles que penetran en la Sierra? Este último procedimiento era más útil y cómodo, porque así, con un solo asno tenía bastante para transportar de monte en monte mi pequeño comercio ambulante, compuesto, como el de los demás tratantes, de algunas libras de bacalao, lanas de diversos colores, etc. En general se les vende también aguardiente a los aruaques y hasta es el artículo que más salida tiene entre ellos. Como yo pretendía desempeñar un papel civilizador, no quise venderles tan funesta bebida.

Al empezar la segunda temporada de sequía (*veranito*), que en el Estado de Magdalena dura desde primeros de noviembre hasta últimos de diciembre, salí un día muy temprano hacia el punto de mi destino, acompañado de Luisito, hijo de mi asociado Chastaing. Yo iba delante seguido de un modesto burro cargado con algunos fardos; detrás, Luisito, que era el primer viaje que hacía por la Sierra y se creía obligado a llevar consigo toda una panopía: un fusil, dos o tres machetes, pistolas y cuchillos. Dos perros guardaban los flancos de la caravana. Un tratante, con quien tuvimos ocasión de hablar la víspera, nos dijo que la playa estaba en buenas condiciones y que era posible pasar a pie todos los ríos. Nuestro viaje empezaba bajo buenos auspicios; sin embargo, ¡cuántas peripecias habían de poner a prueba nuestra paciencia!

En dos o tres parajes difíciles es preciso evitar promontorios escarpados que se levantan perpendiculares sobre el mar; pero, en el resto del trayecto, se sigue la playa entre el mar y la costa o las infinitas dunas. El bosque no aparece sino a alguna distancia del mar.

Caminábamos resueltamente por la playa, aproximándonos a la costa cada vez que la ola llegaba, y bajando hacia la arena cuando se retiraban las aguas. Después de seis horas de este género de gimnasia, el cansancio empezó a dejarse sentir. Los ardientes rayos del sol, reflejados en la arena de la playa y refractados sobre la superficie del mar, nos envolvían en un vaho insoportable; la sed amenazaba devorarnos, y,

cuando mi compañero había concluído nuestra pequeña provisión de agua, empezó a quejarse amargamente. Todos los medios usuales en tales casos fueron inútiles: el fruto agrio del cactus, que encontrábamos por tierra, apenas nos refrescaba la boca; el agua del mar no servía más que para producirnos escoriaciones en el paladar; la sed aumentaba por momentos. Por fin, llegamos al rincón de la Guásima, que sirve de puerto al pueblo de Camarones, situado en el interior de las tierras, y mientras mi camarada se dejaba caer extenuado a la sombra de un viejo cocotero, yo me marché en busca de una pequeña fuente que me habían dicho manaba cerca de la Guásima. Estaba seca, tal vez desde la víspera, porque el suelo aparecía húmedo aún; ¡ni una gota de agua! Volví a anunciar la triste nueva a Luisito, cuando, al levantar la vista para mirar al cocotero, apercibí dos nueces medio ocultas entre unas hojas secas. ¡Qué maravilloso encuentro! ¡El pobre árbol, único que se encuentra en toda la costa de Río Hacha, diez leguas al Oeste, estaba tan marchito, había recibido tantos machetazos de los caminantes, que ni siquiera había pensado yo en que pudiera tener fruto alguno.

Subí, no sin pena, y cogí las dos preciosas nueces. Algún tiempo después, cuando pasé por la Guásima, el cocotero parecía completamente muerto, pero al pie de su tronco seco habían empezado a construir una especie de venta. Los pasajeros no morirán ya de sed en estas ardorosas playas; era un progreso evidente de la civilización granadina.

Más allá se extiende la vasta laguna de Camarones, que comienza en el canal del Navío Quebrado; algunas veces, las arenas obstruyen completamente esta abertura y se puede pasar a pie en seco, pero, lo que ocurre con más frecuencia, es que haya una rápida corriente del mar a la laguna o de ésta al mar.

Durante nuestro viaje, la corriente era del mar a la laguna. Atravesar esta corriente era imposible a causa de la violencia de las aguas y la móvil arena de la playa, que se hundía bajo nuestros pies. Tuvimos que remontarnos a lo lejos hasta el interior de la laguna

y pasamos por un vado de arrecifes que distinguíamos vagamente debajo del agua. Este paso fué un verdadero desastre; el asno se atascó, los fardos se marcharon flotando por la laguna y nos vimos obligados a arrojarnos al agua para pescarlos. Mojados, con las ropas rotas y los pies ensangrentados y deshechos por las piedras de los arrecifes, pudimos llegar, por fin, a la orilla opuesta con nuestro desgraciado burro y los dos perros tan extenuados como nosotros dos. Luisito había perdido sus dos pistolas y yo mis zapatos; tuve que continuar el camino con sandalias.

Esperábamos pasar la noche agradablemente y reponernos del cansancio del día en Punta Caricari, situado sobre un promontorio al otro lado de una vasta sabana rodeada de lagunas; pero no habíamos contado con los mosquitos y los pitos, grueso coleóptero que se pasea por encima del que duerme y le muerde hasta hacerle sangre. La noche entera la pasamos haciendo tentativas para dormir, y otras veces paseándonos por la orilla del mar con la vana esperanza de encontrar un sitio no infestado de cínifes. Además, el olor pestilente de algunos toros muertos y medio comidos por las águilas nos alcanzaba por todas partes, y temíamos que este olor atrajera algún puma o león, que visitan con bastante frecuencia el rancho de Caricari.

¡Qué alegría cuando se nos anunció el nuevo día con su aurora fresca y deliciosa, como lo son todas en las regiones tropicales! Los árboles, las dunas, los horizontes salieron gradualmente de la oscuridad en que estaban envueltos: el sol, levantándose por encima de los bosques lejanos, lanzó sobre las aguas sus miríadas de rayos y doró la línea del horizonte. Doblábamos el promontorio de Punta Tapias en esa hora y a cada paso aparecía, por el lado Oeste, un nuevo detalle del admirable panorama de las montañas. La cordillera de Sierra Nevada, de la que el día anterior sólo habíamos visto las vertientes superiores y heladas, se aparecía completa de Oriente a Occidente y desde la cumbre a la base, como inmenso cuadro, destacándose sobre el azul del cielo y de los mares. Por la izquierda, una vasta bahía semicircular prolonga hasta el pie de

la Sierra su larga curva de arena. Al otro lado aparecen las primeras colinas pobladas de verdura; luego, las montañas se superponen diversamente, unas cubiertas de árboles, otras de prados, y una línea de montes sucede a otra, escalonándose hasta el cielo con diversos grados de luz. Por encima de esta agrupación de montes se destaca del azul del cielo la línea erizada de picos cubiertos de nieve. Completamente al Oeste, la cordillera termina en el mar con el promontorio de Punta Maroma, agudo como la punta de una lanza y que parece continuarse sobre las olas por una espesa niebla formada, sin duda, por miríadas y miríadas de mariposas blancas. En todo el curso de la bahía, de quince leguas de longitud, se distinguen dos o tres cañías por los grupos de árboles que las rodean: nada más revela la existencia del hombre en tan grande espacio. La vida animal misma no tiene otros representantes que algunas águilas dando vueltas sobre el mar. Una paz solemne reinaba en la Naturaleza. El único contraste con la profunda tranquilidad del Océano y los montes lo producía el ruido de las olas, que se deshacían en espuma al chocar con un escollo que hay cerca de Punta Tapia, un poco al Norte. Este hermoso espectáculo me compensaba de muchas fatigas, y si mi largo viaje no me hubiera producido otros goces, me creería, no obstante, largamente recompensado.

Nuestros pintores han hallado asunto para hermosos cuadros en los desiertos de Palestina y el Egipto, y desde hace siglos nos reproducen felizmente los horizontes rojos y las rocas quemadas. En América hallarán la luz del mismo sol de Oriente, y, además, como resumen de la Naturaleza, esas sabanas verdes que se pierden hasta el horizonte, esas lagunas sin fondo, ocultas bajo una indescriptible vegetación flotante, esas montañas nevadas con sus contornos elegantes y gigantescos, y esos bosques feracísimos compuestos de árboles de todas las zonas y todos los climas del mundo.

Antes de llegar a la aldea de Manavita teníamos que atravesar el Enea, el río más peligroso de la provincia, por la rapidez de la corriente y, sobre todo,

por los animales que lo pueblan: cocodrilos, tiburones, *pantufleros* y rayas eléctricas (cartilaginoso). Según la opinión general, que sin duda alguna está fundada en la experiencia de los siglos, los cocodrilos son temibles en algunos ríos, mientras que en muchos otros resultan comparativamente inofensivos y no atacan nunca al hombre; muchos viajeros que atraviesan sin temor el Percevere y otros ríos de la comarca, no se atreven a pasar el Enea, a cuyos cocodrilos se les acusa de antropófagos. ¿De dónde proviene esa voracidad particular que distingue a los del Enea? ¿Es que hallándose en condiciones más favorables, los terribles saurios alcanzan dimensiones más formidables que en otros ríos? O bien, ¿es que estando las orillas y las aguas despobladas se ven obligados los cocodrilos, impelidos por el hambre, a hacer presa en todo lo que pueden? Las rayas, que pueblan la desembocadura, son tal vez más terribles que los cocodrilos, porque el primer contacto basta para hacer perder el conocimiento. Estos terribles animales han hecho que se abandonara la pesca de perlas en la bahía de Panamá: el año 1854, diecisiete negros, pescadores de esta ciudad, fueron víctimas de las descargas de estos animales.

El temor con que avanzábamos aumentaba a medida que nos aproximábamos a la orilla; ya antes de llegar, por el banco de arena que separa el mar de la primera de las dos desembocaduras, habíamos observado anchos surcos abiertos por el vientre de los cocodrilos, y como estos animales no frecuentan ordinariamente más que las aguas salobres, habíamos visto tres, flotando en las aguas del mar como troncos nudosos. Y, sin embargo, teníamos que pasar por la barra de las dos bocas, que se veían a nuestra derecha con sus dos convexas líneas de rompientes.

Primero tuvimos que descargar el burro y empujarlo por entre el agua y la espuma hasta la isla de arena en medio del delta; luego, volver dos veces cada uno para pasar los bultos y los perros que estaban asustados del ruido de las aguas. Ya una vez sanos y salvos, con provisiones y animales, en la isla de arena, nos faltaba atravesar la mayor y más peligrosa boca del

rio. Esta tenía unos doscientos metros de ancha, pero el agua nos alcanzaba, en los sitios más profundos, a los sobacos; de modo que nos era fácil agitar violentamente nuestros machetes para asustar a los animales que se hubieran acercado a nosotros con demasiada curiosidad. Poco después llegábamos a la orilla, pero al pasar por un pequeño brazo del río, en el que ni siquiera nos habíamos preparado para la defensa, uno de los perros que se había retrasado fué cogido repentinamente y desapareció de la superficie.

Después del Enea tuvimos que pasar varios arroyos más, afluentes periódicos de la laguna, no ofreciendo para nosotros otra particularidad desagradable que la de estar sus aguas corrompidas.

Es cosa curiosa que prueba cómo en la Naturaleza obedece todo a leyes inmutables el ver la forma de desembocar estas corrientes en el mar. Lo mismo que el Enea, todos los demás arroyos tienen sus bocas dirigidas hacia el Oeste, porque los vientos alisios y las corrientes se dirigen siempre de Norte a Suroeste, y, por el movimiento incesante, forman un ancho banco de arena sobre las aguas en toda la extensión de la orilla oriental de las diversas bocas. Durante la temporada de lluvias, las lagunas situadas entre las aldeas de Punta del Diablo y Dibulla abren hacia el mar diez o quince afluentes que, todos sin excepción, corren de Este a Oeste a través de la arena, antes de precipitarse en el Océano.

En Dibulla apenas me detuve una hora en donde algunos meses después debía pasar días bien tristes, en la cabaña del Pantano, que se eleva en el punto mismo donde el camino de la Sierra se aleja de la orilla del mar. La cabaña lleva el nombre de la laguna que habíamos de cruzar al día siguiente; inútil es decir que la existencia es un verdadero martirio en esta miserable choza; entre todas las caletas de la costa, ésta ha merecido el nombre de Rincón Mosquito.

Sierra Nevada está rodeada por casi todas partes de zonas pantanosas, que son, evidentemente, escarpaduras separadas de los llanos próximos. Inmediatamente después de la salida de la cabaña del Pantano se sube

una de esas escarpaduras en la que los árboles espinosos crecen por entre las piedras; luego se baja a una vasta sabana en la que aparecen esparcidos ramos de tulipanes, algunas palmeras mauricias y grupos de juncos gigantes: aquí empieza el Pantano.

X Durante la temporada de lluvias, la abundancia de agua acumulada rompe por algunos lados el cerco de dunas que las separa del mar: entonces es bastante fácil pasar porque la salida del agua determina corrientes en forma de arroyos, de aguas relativamente claras; pero durante la sequía las olas forman un nuevo cordón litoral en las desembocaduras de la laguna, las aguas que bajan continuamente de los montes se acumulan en estas concavidades y se transforman en cenagales infectos, habitables sólo por cocodrilos y otros animales. Nuestro viaje lo realizábamos durante la sequía. El Pantano, humeante de miasmas, extendía su capa de agua corrompida. Una abertura practicada entre los juncos nos indicaba el punto por donde pasaba el camino, y a pesar del malestar que nos inspiraba la laguna, era preciso atravesar el líquido tibio y pegajoso, bajo el cual nuestra imaginación suponía innumerables reptiles. A medida que avanzábamos, el suelo se hacía más cenagoso; cada paso levantaba algo así como soplos de olores pestilentes que se cogían a la garganta, y, de repente, nos encontramos sumergidos en el cieno hasta los hombros, en medio de la fétida laguna; el cieno cedía bajo nuestros pies y bien pronto nos fué imposible levantar nuestras ropas sobre las aguas. Delante de nosotros la laguna extendía su tranquila superficie, de la que salían inabordable grupos de cañas y árboles gigantescos sin hojas que alargaban sus ramas como brazos de un catafalco de suplicio; todo signo que indicara la existencia de un camino había desaparecido completamente; adelantar un paso más nos era imposible. Afortunadamente, nuestro jumento, que se había quedado detrás olfateando el espacio con espanto, no quiso adelantar; tuvimos que dar media vuelta y volver al punto de partida.

El dueño de la cabaña del Pantano, viejo, leproso y

ciego, no podía enseñarnos el camino, pero, a cambio de nuestro jumento, nos prestó un buey que había hecho varias veces el camino y que nos podía servir de excelente guía. En efecto; llegados al medio del pantano, el animal volvió a la derecha, pasó por entre dos cercas de juncos que nosotros habíamos visto, pero que no creíamos tuviera salida al final, y nos sacó a una punta de tierra firme que tenía a los lados dos profundas bahías.

Anduvimos durante una hora para atravesar el llano cenagoso que circuye el pie de la Sierra.

Un aire más puro y menos húmedo, el murmullo de las aguas corrientes, el canto de los pájaros, la belleza exuberante de la vegetación, nos anunció el cambio de zona. Sobre nuestras cabezas las ramas de las palmeras, enlazadas entre sí y atadas por un tejido inextricable de lianas, formaban un arco de verdura; por todas partes flores, árboles, plantas, perfumes; árboles cayéndose de viejos con sus troncos cubiertos de hojas lozanas; otros, de pie todavía, ocultos por la verdura *matapalo* (*Ficus dentrocida*) y del *copey* (*Claria alba*), parásitos que rodean los troncos, formando nueva corteza y viven de su savia. A cada paso veíamos nidos del pájaro *gonzallillo* suspendidos como frutos y balanceándose al extremo de sus cuerdas verdes; por el suelo húmedo, las hormigas, en procesiones interminables, se arrastraban llevando algo en la boca hacia su ciudad subterránea. Un zumbido ensordecedor, producido por el concierto de gritos, cantos, murmullos y silbidos salía de todas partes. ¡Por cuántas miríadas de seres habitando sobre las hojas, en la corteza, bajo las piedras y en el espacio está poblada la selva! ¡En medio de esta Naturaleza pletórica de vida, en donde la voz del hombre parece una profanación, es preciso ser muy necio y orgulloso para suponerse rey de la creación!

Después de haber subido las primeras pendientes se llega al rancho del Volador, así nombrado por un árbol (*Cyrocarpus americanus*) que extiende sus grandes ramas sobre la cubierta. Este rancho ha sido construído por los indios aruaques para que sirva de

refugio al desgraciado viajero a quien el cansancio, la tempestad o el crecimiento de los ríos priven de continuar su camino; desgraciado he dicho porque la existencia es apenas posible en el Volador por los innumerables insectos y otros animales que habitan este paraje, y que los neogranadinos designan con el nombre genérico de plagas.

En primer término están los mosquitos de toda especie, cuyos torbellinos vuelan incesantemente bajo los árboles; se lanzan a millares sobre la más insignificante parte de carne descubierta, y, para medio librarse de ellos, es preciso entregarse sin tregua a una gimnasia desesperada y correr de un lado a otro como un condenado. Hacia la tarde, cuando los millares de mosquitos se han hinchado de sangre humana, los enjambres desaparecen por grados, pero, inmediatamente, son reemplazados por nubes de *zancudos*, enormes cínifes con el dardo de un centímetro de largo, que vienen a tomar parte en el festín. ¿Cómo librarse de la plaga durante una noche? Su aguijón atraviesa todas las ropas, y lo mismo si se defiende la víctima furiosamente, que si hace esfuerzos para descansar, igual ha de sacar su cuerpo ensangrentado y lleno de vejigas. Al amanecer, los zancudos desaparecen a su vez; pero, otra legión de mosquitos está presta a sucederles, y apenas se ha podido respirar durante un segundo, cuando se ve uno envuelto por otra nube de enemigos. Hay otras especies de cínifes que no descansan de día ni de noche; entre otros, el *jejen*, insecto imperceptible, que no se siente ni entre los dedos que le aplastan; además, hay otro insecto, también continuo, que su dardo produce el efecto de una ventosa y deja en la piel una pequeña mancha de sangre coagulada, que sólo desaparece después de algunas semanas. Si se está mucho tiempo expuesto a las picaduras de los insectos, la cara adquiere un aspecto repugnante.

Esos terribles mosquitos no son, sin embargo, la plaga más terrible de Volador y las regiones vecinas. Los garrapatos son tan numerosos que en los troncos de los árboles forman a manera de otra corteza, y, si se tiene la desgracia de caer en medio de esas tribus, inme-

diatamente se encuentra uno cubierto de esos animales, que se sirven de sus patas agudas para agarrarse al cuerpo: todo intento para librarse de ellos es inútil; es preciso esperar a que se hinchen lentamente de sangre, y sólo dos o tres días después se desprenden del cuerpo, cayendo como frutos maduros. En cuanto a los grandes garrapatos, llamados *barberos* (cirujanos) en el lenguaje del país, se introducen profundamente en la carne y sólo se les puede extirpar con la punta de la navaja. La *nigua* (*Æstras humanus*) es otra de las plagas de Volador.

A las torturas de estos insectos, coligados contra el desgraciado viajero que se refugia en el Volador, hay que añadir el peligro de ser picado o mordido por los escorpiones, serpientes, arañas, escolopendras o mil pies, animal que alcanza hasta quince centímetros de longitud. Los animales domésticos y, sobre todo, las bestias de carga, sufren estas plagas más directamente, y, con frecuencia, una sola noche, pasada en el Volador, basta para producirles la muerte.

El riachuelo que pasa por cerca del Volador arrastra en sus arenas gran cantidad de pepitas de oro, pero cuantas tentativas se han hecho para recogerlas han fracasado: ha sido preciso huir ante los mosquitos. El vicecónsul francés de Río Hacha obtuvo, dos años antes de que yo pasara por esta miserable cabaña, autorización para explotar los *placeres* del Volador, y allá marchó *armado* de una tienda de gasa, ingeniosamente construida. Durante dos días intentó vigilar el trabajo de sus obreros, refugiado dentro de la tienda. Los obreros, enguantados y la cara cubierta con un velo, pudieron resistir lo mismo que el vicecónsul, y, al terminar el segundo día, amo y obreros, de común acuerdo, abandonaron su lucrativa tarea. Más tarde, un italiano que había sido autorizado por el vicecónsul para lavar las arenas auríferas del Volador, sufrió la misma suerte, volviendo a Río Hacha después de dos días de trabajo y haber recogido en valor de diez piastras de oro. Los únicos seres humanos que pueden explotar impunemente el arroyo del Volador son los habitantes de Dibulla y otras aldeas próximas, porque están lle-

nos de lepra, y éstos, precisamente, no tienen ninguna ambición de riqueza.

Por fortuna, no teníamos ningún motivo para detenernos en el rancho del Volador y pasamos precipitadamente, tanto por huir de tan inhospitalario paraje como por llegar al próximo rancho antes de que estallara la acostumbrada tempestad que empezaba ya a formarse sobre nuestras cabezas. El camino franquea primero la *Cuchilla*, arista granítica de mil ochocientos metros de altura; luego atraviesa varios riachuelos bastante peligrosos en la época de las lluvias y rodea una torca de exuberante fertilidad, donde se encontraba hace más de tres siglos el pueblo indio de Bonga. A la otra parte corre el río de Santa Clara, el más ancho de esta región, de nevados montes. Cuando nuestra pequeña caravana llegaba a la orilla del río, empezaba a oírse el estampido del trueno y las hojas de los árboles estaban agitadas por el aire impetuoso que precede a la lluvia. Nuestro buey entró filosóficamente en el agua, y, haciendo esfuerzos contra la corriente, llegó a la otra parte: la idea de montar en el animal se nos ocurrió demasiado tarde, y no tuvimos otro remedio que atravesar la corriente impetuosa, sufriendo no pocas peripecias. Más de una vez, rodando por entre las piedras, nos agarramos a las rocas cubiertas de espuma; cuando llegamos a la otra parte habíamos perdido parte de nuestro bagaje. Por mi parte había visto desaparecer mis sandalias, y me vi en la precisión de continuar mi marcha descalzo; esta pérdida, no obstante ser de consideración, me dejó tranquilo, porque en cambio había podido salvar a mi perro, que más de una vez estuve a punto de perderlo, arrastrado por la corriente.

Pocos momentos después llegábamos a la cuesta Basilio. Mi compañero se ocupaba en hacer la comida mientras yo cortaba hojas y ramas para improvisar los colchones que nos habían de servir de cama. Me llamó la atención el que mi perro no estuviera en la cabaña y, a pesar de la tempestad que había estallado ya en todo su furor, volví sobre mis pasos, exploré por el camino que habíamos seguido, ya convertido en

torrente por la lluvia, y no descubrí nada; en los intervalos en que no se oía el trueno llamaba a mi pobre can, pero no me respondía; no le pude hallar. ¡Sin duda, el desgraciado animal, muerto de frío, no había tenido fuerza para seguirnos! Algunos días después, al regresar de los pueblos indios, vi sobre un montón de hojas un esqueleto blanquecino. El burro que dejamos en casa del ciego del Pantano había muerto también picado por las arañas; ¡los tres animales que habíamos sacado de Río Hacha habían muerto!

Inútil es describir aquí las contingencias de la jornada siguiente: las fatigas fueron parecidas a las de la víspera; pero, en cambio, los paisajes eran más grandiosos a medida que nos internábamos en el corazón de la Sierra; la magnificencia del espectáculo me hacía olvidar que andaba descalzo por un camino cubierto de piedras.

Por fin llegamos al desfiladero de Caracasaca, siguiendo un antiguo camino empedrado con losas de granito, restos de la civilización desaparecida de los taironas, y atravesamos el torrente Chirúa por un puente colgante, construido por los aruaques; segundos después, llegamos a una meseta pedregosa donde se levantan las chozas del pueblo indio de San Antonio, con su iglesia arruinada. Inmediatamente nos dirigimos a la cabaña de *Pan de leche*, célebre cacique de los aruaques.

El cacique «Pan de leche».—Los aruaques.—El Mamma

Pan de leche, a quien había tenido el honor de haber visto varias veces en Río Hacha, era un hombre pequeño, de color rojo negro, con la cara surcada por infinidad de arrugas. De andar sosegado y mirada tranquila, se creía el hombre rico y satisfecho, lo mismo de su ascendencia que de la suerte que gozaba en este bajo mundo.

Poseía, en efecto, una docena de toros, varias mulas, una porción de plantaciones de caña dulce, y el primero de su raza se había permitido el lujo de comerse ese pan de leche que le dió el apodo de que tanto se enorgullecía. Era el único entre los indios que podía pasarse sin la intermediación de los tratantes españoles, y él mismo, con sus toros, llevaba los productos de sus campos a los mercados de Dibulla, Río Hacha y otras localidades del llano, en donde hacía las operaciones de cambio. Ordinariamente vestía, como sus compatriotas, el sombrero de paja y la túnica de algodón azul; pero cuando bajaba al país español tenía el gusto de ponerse unos pantalones cortos y una pequeña chaqueta de grueso paño con botones de cobre, que le daba el aspecto de uno de nuestros campesinos franceses.

Con el producto de su tráfico había hecho construir en el pueblo de San Antonio y en todas sus plantaciones varias casas, en cada una de las cuales había instalado a una de sus mujeres; él habitaba en el centro del pueblo una de sus construcciones, bastante más confortable que las de sus súbditos. En ella es en donde hacía justicia; toda discusión, todo proceso era fa-

llado por él, y no se había dado aún el caso de que un aruaque, descontento de sus decisiones, hubiera apelado al tribunal de Río Hacha. Para imponer respeto jamás se había embriagado en presencia de su pueblo; para vaciar una botella de chicha cerraba la puerta de su cabaña y nadie entonces osaba turbar su profunda meditación. *Pan de leche* no había tenido más que una sola desgracia en su vida: una vez tomando el baño en el río Hacha, un cocodrilo le cortó el brazo de un bocado; pero, como hombre listo, hizo que su desgracia se convirtiera en la mayor de las glorias; le construyeron una mano de metal blanco, que por cortesía se convirtió en plata, y, desde entonces, ni una sola vez ha salido de su casa sin llevar atado a su mano un bastón con el puño de oro. Este bastón, célebre en toda la provincia de Río Hacha, era un símbolo de justicia, un cetro real, una vara de mago, y los aruaques no lo podían mirar sin temblar.

Cuando nos presentamos delante de *Pan de leche*, el cacique estaba balanceándose en su hamaca; se levantó inmediatamente para tomar una posición más majestuosa, y, sentándose sobre un gran tronco de *macana* (*Alsophila*) colocado en medio de su cabaña, nos indicó con el dedo otros asientos más pequeños situados a la entrada. Siguiendo el uso antiguo de todos los que penetran en la Sierra, tratantes o viajeros, nosotros fuimos a presentarnos al jefe, a rogarle nos concediera su alta protección y pedirle hospitalidad en una de sus cabañas. *Pan de leche* nos escuchaba cerrando los ojos, y como un dormido a quien obsesiona una pesadilla, lanzaba pequeños gemidos de vez en cuando. De repente, se levantó sin dar la menor contestación, y, atándose el bastón a la célebre mano de metal blanco, salió de la cabaña y desapareció.

Nosotros nos interrogamos con una mirada de extrañeza por no adivinar el secreto de su conducta, cuando un aruaque penetró repentinamente en la choza anunciándonos que podíamos considerarnos en nuestra casa. *Pan de leche* nos había hecho el insigne honor de cedernos su propia cabaña, marchándose a vivir a una de sus plantaciones.

Inmediatamente un gran número de indios que esperaban el resultado de nuestra entrevista con el jefe, penetraron en la choza para comprar nuestras mercancías. Muy pronto un montón de aguacates, *goyaves* (*psidium pomiferum*), malangas (*marante malanga*) y *arrachacas* (*conium arracacha*) formó una pirámide en el suelo; pero, la mayor parte de los indios, al comprar nuestros artículos, se escandalizaron al ver que no llevábamos aguardiente. Jamás habían tenido relaciones con tratantes de nuestra especie.

X La cabaña que habitábamos, y que, seguramente sirve aún de palacio de justicia, estaba construída con troncos de macanas plantados circularmente en el suelo y entrelazados por diversas ramas; la cubierta era cónica y estaba sostenida por un sistema muy complicado de hierbas y cañas; su forma era circular y tenía unos cinco metros de diámetro. Además de ser mayor, la choza del cacique aruaque se diferenciaba de las otras en que tiene puerta, pero, por carecer de goznes, no tiene otra utilidad que la de distinguirla de las demás, pues en cuanto sopla un poco de aire, se abre y se cierra con gran estrépito.

Las habitaciones de los otros indios son mucho más modestas. Construídas al azar sobre la meseta de San Antonio, tienen exactamente la forma de una colmena.

Una sola cabaña se distingue de las demás por su estilo arquitectónico, y de lejos, puede compararse con las construcciones de Río Hacha. Cuando yo llegué estaba ocupada por dos señoras españolas, madre e hija. Esta, atacada de muerte por un disgusto amoroso y desahuciada por los médicos, había buscado un refugio entre los indios en el saludable país de San Antonio; sus hermanos, carpinteros los dos, la habían precedido para construirle la cabaña, y su madre la había seguido para cuidarla y disputársela a la muerte. Durante cinco años, esta madre admirable había conseguido prolongar la vida de su hija Conchita, hermosa y simpática joven que las aruaques miraban y respetaban como a una diosa de sus montañas. Apenas si salía de su casa, mansión de infinita tristeza, sino a la hora en que el sol se ocultaba por

Occidente detrás de una arista de la montaña. Los pálidos rayos envolvían entonces en un manto de luz su elegante talle; un reflejo de alegría parecía animar su rostro marchito por la tristeza: parecía experimentar un momento de placer contemplando el paisaje melancólico del valle, invadido por las sombras de la tarde. Algún tiempo después de mi visita a Sierra Nevada, Conchita, creyendo ya curadas las heridas de su corazón, quiso volver a Río Hacha, contra la voluntad de su madre. Al pensar en sus amigos y en su ciudad, una loca embriaguez de alegría pareció reanimarla, y creyó poseer la salud y la fuerza de otros tiempos; luego, inclinó la cabeza como una flor que se marchita y se adormeció lentamente para toda una eternidad.

Al día siguiente de mi llegada a San Antonio me dirigí solo y a pie hacia San Miguel, otro pueblo de indios, situado próximamente a dos mil metros de altura, sobre un llano sin árboles y lleno de escombros. Menos rico y menos poblado que San Antonio, ha conservado mejor las tradiciones de los antiguos tiempos, y en las inmediaciones de San Miguel, en medio de fragmentos amontonados de Causamária, es donde se celebran aún los mismos misterios sagrados. Al Norte y al Sur dos estrechos y profundos barrancos como fosos de fortaleza, separan el pueblo de las plantaciones y prados inmediatos; y por los otros dos lados, una muralla de plantas espinosas impiden la entrada en el pueblo a todos los animales, completamente libres: el recinto de la población es un templo; sólo los humanos tienen derecho a poner su pie. Las calles están pavimentadas como los patios de los antiguos castillos feudales y alrededor de las chozas hay pequeños jardines que florecen todo el año. A primera vista se observa que los tratantes españoles han entrado allí muy pocas veces y no han tenido aún tiempo para profanarlo, como han hecho en San Antonio. En el centro del pueblo hay una iglesia, que, comparada con las otras construcciones de San Miguel, podríamos llamar casi monumental; inútil es decir que nunca se celebra misa y que su utilidad con-

siste únicamente en ser colegio electoral el día de las elecciones.

Cuando entré en el pueblo aparecía desierto; todas las chozas estaban vacías; un silencio de muerte reinaba a mi alrededor. Los indios, hombres y mujeres, estaban sin duda ocupados en sus trabajos agrícolas, o bien, como tienen por costumbre en ciertas épocas, se había reunido el pueblo entero en algún rancho de la montaña para devorar algún toro.

Cansado como estaba no podía esperar el regreso de los indios para pedir hospitalidad; entré en un campo, y luego de haber cogido algunos plátanos, que pensaba pagar más tarde a su dueño, fui a instalarme confortablemente en una cabaña donde había aún un resto de fuego.

Dormía desde hacía no sé cuánto tiempo, tal vez dos horas, cuando, unos momentos antes de ponerse el sol, oí una voz en la cabaña inmediata.

Me levanté precipitadamente para presentarme a los que llegaran, pero me detuve al ver que iba a interrumpir una ceremonia religiosa. Seis aruaques estaban en cuclillas sobre las losas de la calle, en medio del más profundo silencio. Delante de ellos, un anciano, con su larga cabellera suelta y la mirada sin expresión, extendía sus brazos hacia los nevados picos, iluminados por los últimos rayos del sol; luego se golpeó el pecho, se pasó la mano por la frente e hizo contorsiones diversas, gesticulando horriblemente y pronunciando palabras inarticuladas al parecer.

A medida que las sombras ascendían por las pendientes nevadas de la Sierra, sus gesticulaciones se hacían más violentas, su palabra era más ronca e impetuosa; pero, cuando las últimas llamas del sol se reflejaron en lo más alto del pico nevado, para desaparecer inmediatamente en el espacio, el anciano calló repentinamente; su cara adquirió los rasgos humanos que había perdido, y, sin mirarme siquiera, penetró en la cabaña. Al mismo tiempo los seis aruaques rompieron el silencio en que estuvieron durante la ceremonia y empezaron a hablar con locuacidad sin igual.

Varias mujeres, sentadas a cierta distancia, parecían no tomar parte alguna en los ritos sagrados, sin duda porque sus nobles esposos no las juzgaban dignas, y, a pesar de las contorsiones del *mamma*, habían continuado sus trabajos con la mayor indiferencia. Yo era, probablemente, el primer blanco que habían visto en su vida, pero no por eso parecieron mirarme ni una sola vez, quizá porque bajo la mirada celosa que las vigila no tienen siquiera el derecho de ser curiosas; es preciso que vivan en el estado de máquinas. Despreciadas en todo, no tienen siquiera el derecho de entrar en la cabaña conyugal; viven y duermen en la cocina, choza baja y estrecha, en la que apenas pueden tenerse de pie. Jamás la mujer se atreve a franquear la puerta de la casa marital; deja en el umbral la comida que ha preparado y que el majestuoso esposo le hace el favor de aceptar; es la esclava del marido, y toda joven que no encuentra amo se convierte en una cosa que el vecino más rico se apropia. Por lo que se ve, o al menos en lo que concierne a la mujer, el pauperismo está resuelto fácilmente entre los aruaques. Hay que declarar que en las naciones civilizadas la solución del terrible problema es poco más o menos la misma, a pesar de las complicaciones y sutilidades de la economía política.

Al mismo tiempo que los aruaques entré yo en la choza. El *mamma* me miraba con recelo; ni siquiera me saludó; probablemente le había molestado que sorprendiera el ejercicio de su función religiosa. Afortunadamente, yo llevaba una carta de recomendación, escrita por un caballero de Río Hacha para su hermano de leche, Pedro Barliza, el único mestizo de San Miguel. Saqué la carta y leí yo mismo las frases de alabanza que celebraban mis virtudes. Pedro Barliza era uno de los aruaques presentes: se adelantó hacia mí, celebró mi bienvenida y me ofreció una hamaca cerca del fuego. A pesar de ser el único indio que comprendía el español, mi carta había producido el mismo efecto en sus compañeros que en él mismo: a sus ojos poseía yo un talismán soberano que hacía de mí un ser superior.

Tomé posesión de mi hamaca, mientras que los indios se arrodillaban o sentaban alrededor del fuego. La llama, balanceada por el viento, luchaba con la oscuridad que había invadido la cabaña, y las caras rojas de los indios, tan pronto ocultas en la sombra como alumbradas por las oscilaciones del fuego, aparecían y desaparecían como espíritus evocados y conjurados a cada momento. Abrían y cerraban la boca por un movimiento rítmico y saboreaban voluptuosamente el *hayo* (*Erythroxylon coca*).

Esta operación, para muchos la más importante de la vida, es digna de ser presenciada. Cada aruaque tiene en la mano izquierda una calabaza conteniendo cal en polvo. Cogen primero de una especie de petaca, parecida a la de nuestros fumadores, hojas de hayo y las mastican para extraer el jugo, que arrojan de la boca a la calabaza; en seguida echan polvos de cal en el líquido y lo agitan sin cesar con una varita para operar una combinación más íntima de las dos sustancias. De vez en cuando se llevan la varita a la boca y aspiran con satisfacción la mixtura corrosiva. Los indios y los negros del Perú hacen también mucho uso del hayo, y pretenden poder ayunar durante una semana o más, sin otra comida que masticar hojas cuando las deseen. El célebre naturalista Tschundi, cuyo testimonio nadie pondrá en duda, afirma haber visto algunos individuos trabajar durante varios días consecutivos sin otro alimento que las hojas del hayo para reparar sus fuerzas. Los aruaques no conocen esas maravillosas propiedades de su planta favorita, y cuando yo se las conté a Pedro Barliza, se rió incrédulamente, lo mismo que sus compañeros, a quienes había traducido mis palabras.

La conversación, empezada a propósito del hayo, no decayó en algunas horas, gracias a la curiosidad de Barliza. Este me confundía con sus preguntas hechas en mal español, y mis contestaciones las traducía inmediatamente en lengua aruaque; cada una de mis palabras parecía producirles la mayor extrañeza: las exclamaciones y las risas atolondradas no tenían fin. En sus conversaciones, las más ordinarias, los aruaques

no pueden pronunciar dos palabras sin prorrumpir en exclamaciones, exprimiendo, probablemente, la insuficiencia de su lenguaje, y lo que podríamos llamar la *envoltura* del pensamiento: sus discursos, los más aproximados a la Naturaleza que podemos imaginarnos, parecen componerse sólo de interjecciones. Después de haberme escuchado parecían maravillados en extremo, y en sus exclamaciones sólo se distinguían vocales de admiración, cantadas en todos los tonos de la gama. Su estupefacción llegó al colmo cuando yo encendí un fósforo químico: a pesar de su título de electores y de las relaciones frecuentes con los tratantes españoles, no conocían aún esta maravilla de la industria moderna.

Sólo el sacerdote parecía escucharme con repugnancia, por suponer, tal vez, que yo era un *mamma* más sabio que él. Pero, fingiendo no comprender la sorda oposición del mago, di a mis nuevos amigos buenas explicaciones y en toda regla.

Les hablé de España, que, si bien en otro tiempo les había ocasionado guerras, persecuciones y bautismo forzoso, les había, en cambio, proporcionado el café, el azúcar, los árboles frutales y todos los animales domésticos; luego les ponderé el poderío de Inglaterra, cuyos barcos veían a veces desde sus montañas pasar por el mar como si fueran del tamaño de un insecto de los grandes; les dije también algunas palabras de esos terribles yanquis, que ellos se imaginan como horrosos demonios, no teniendo siquiera figura humana. Para hacerles comprender mis explicaciones les trazaba en el suelo, a la luz de una tea, pequeños mapas, cuyas líneas miraban con curiosidad y parecían comprender relativamente. Si se quiere obrar en la inteligencia de estos hijos de la Naturaleza, es necesario servirse de un intérprete que pueda traducir nuestras ideas complejas en otras infinitamente simples y rudimentarias. Por mediación de Barliza, mestizo que pertenece a las dos razas, mis palabras tuvieron algún sentido para los aruaques; pero, después, entre los indios del pueblo de San Antonio, que muchos de ellos hablan el español, tuve ocasión de convencerme de lo difícil que

es hacerles comprender algo, por sencillo que sea. Muchas veces les hacía preguntas elementales sobre asuntos que ellos conocían, y, después de mirarme largo rato y repetir automáticamente mis palabras, estallaban en una risa loca y terminaban diciendo que no comprendían nada.

Se afirma generalmente que los habitantes de las montañas son más altos, más fuertes y más intrépidos que los moradores del llano. Esto, que es muy discutible en todo el globo, está rotundamente desmentido en el Estado del Magdalena y hasta en toda la Nueva Granada, sobre todo en lo que a altos se refiere. Los aruaques, tribu de montañeses, son más pequeños y menos inteligentes que los guajiros, tribu del llano. Las mujeres, sin embargo, encorvadas por el peso de sus niños llevados a la espalda dentro de un saco sujeto a la frente, tejen con cierta inteligencia y hacen en un día marchas de diez y quince leguas por los caminos tortuosos de la montaña. La tradición dice que estos indios conocen el secreto de reblandecer todos los metales por medio de una hierba mágica y amasarlos como los alfareros amasan el barro; algunos habitantes de Río Hacha afirman haber visto en la Sierra objetos de oro, en los cuales aparecían marcados los dedos del fabricante. Verdaderas o no, estas riquezas de los aruaques exaltaron la avidez de los españoles. El año 1527, el conquistador Palomino se ahogó en el río que lleva su nombre, intentando penetrar en la garganta de Pocigüira. Tres años después, Lerma, gobernador de Santa Marta, renovó sin éxito su tentativa de invasión. Por fin, en 1555, Ursua consiguió remontar los valles de la Sierra hasta los pueblos indios. La mayor parte de los aruaques pasaron los Andes y los llanos y fueron a establecerse en las orillas del Orinoco, donde se hallan todavía sus descendientes. Algunos se refugiaron al pie de las regiones heladas, y los conquistadores españoles buscaron inútilmente los tesoros de Tairona, teniendo que retirarse con un botín insignificante.

En la época de mi visita, el número de aruaques no pasaría de un millón. En 1846 no serían más de qui-

nientos entre San Antonio y San Miguel, los dos pueblos más considerables de la Sierra.

Tairona no es actualmente más que un monte sagrado, un Olimpo donde residen las divinidades. Allí se hallan, uno al lado de otro, el infierno y el paraíso; y allí es donde van a resucitar todos los que mueren; el temerario que intentara aproximarse al temido monte, perecería inmediatamente; pasaría a formar parte de aquellos a quienes había intentado profanar su morada.

Los muertos de Tairona sienten a veces la necesidad de visitar a sus parientes o animales favoritos; los visitados mueren inmediatamente: así se explican ellos las fiebres agudas y otras enfermedades seguidas de una muerte rápida. A veces oyen que el monte ruge: «Es que habla la voz de los tesoros», dicen los aruaques.

Como una pintura que reaparece debajo de un emplasto, se encuentra el antiguo paganismo entre los aruaques a pesar del culto católico que los españoles les impusieron. Practican las dos religiones, pero su corazón está inclinado a la que han heredado de sus padres. Sus nombres católicos son oficiales; entre ellos, cuando no creen ser oídos por ningún español, se llaman por los nombres misteriosos.

Los aruaques son industriosos, y a pesar de su poca inteligencia, saben una multitud de cosas que los guajiros, celosos de su libertad, ignoran completamente. Naturalmente, los educadores de estos indios han sido el frío y el hambre. Para habitar por las alturas de los montes no basta con recoger algunos frutos del bosque: es preciso que planten, que siembren, que tejan y que se construyan chozas confortables. Venden a los tratantes cuerdas y sacos que tejen con la fibra del agave y tintan de diferentes y hermosos colores. La corteza de árbol llamada *naula* les da un color inalterable parecido a la hez del vino, y una gramínea con flor amarilla les suministra un color dorado que aplican a los tejidos por medio de un agente que es preciso nombrar por la mucha importancia que tiene en la industria. Este agente es la saliva, con la cual no sólo

preparan el color, sino el aguardiente. Para esto, primero mastican la caña dulce, y, llenándose la boca de leche, hacen el queso que luego escupen en una calabaza. Se dice que la chicha, fabricada por este procedimiento, produce una embriaguez más profunda que la del aguardiente de alta graduación. Afortunadamente, los aruaques no conocen el producto del agave que los mejicanos llaman *pulque*. Bastante tienen para corromperse y matarse lentamente con su terrible chicha y el ron infame de los tratantes, sin que se les enseñe un nuevo instrumento de suicidio.

Los tratantes blancos o negros hablan muy mal de los aruaques, pero no tienen otra razón que la que asiste al fuerte para calumniar al débil.

La candidez de estos indios llega hasta el extremo de pagar a los herederos de los traficantes las deudas contraídas comprando aguardiente, bacalao y lanillas por diez veces su precio de venta. Los tratantes lo saben y llegan a veces a abrirles crédito de doscientas y más piastras de sus ruines mercancías.

En otro tiempo, para hacerles pagar más de prisa, se les amenazaba con venderles su choza y sus cosechas, pero después de 1848, el embargo de inmuebles por falta de pago ha sido abolido. Por gratitud, por antagonismo de razas y por espíritu de libertad, los indios en general pertenecen al partido radical, contra los blancos, que están afiliados al conservador; y los aruaques, colocados frente a los demás indios y blancos, militan entre los revolucionarios, entre los «rojos». En las elecciones, todos los votos de los aruaques son para los avanzados, excepto el voto de *Pan de leche*, que, por sus riquezas y su título de cacique, cree que es de buen tono declararse conservador; pero su ejemplo no arrastra a nadie y hasta se dice que, durante un escrutinio, quiso imitar a nuestros *electoreros* de Europa y, sin respeto a su bastón sagrado, tuvo que salir de la iglesia perseguido por sus súbditos. Así, pues, los acontecimientos de 1848 resonaron hasta en las altas montañas de Sierra Nevada en bien de los indios. Nada prueba mejor que esto la solidaridad entre los pueblos.

XV

El naufragio.—La enfermedad.

La derrota

Después de mi visita a San Miguel había empleado unos días en recorrer bosques y prados de Sierra Nevada. Todos los valles que vi presentaban terrenos excelentes para el cultivo y, escalonados, podían producir toda una serie de plantas, desde la vainilla aromática, bañada siempre por una atmósfera húmeda y ardiente, hasta el líquen de Islandia, que germina penosamente sobre la tierra, al pie de las piedras nevadas. De todos esos valles tibios, templados y fríos, el que más me satisfizo fué el valle de San Antonio: por su clima y por su tierra ninguno me pareció más hermoso y más fértil. Los mosquitos son muy raros; los *barberos*, menos numerosos y gruesos; las culebras son comunes, y las mayores son pequeñas boas inofensivas. Además, el pueblo tiene la inmensa ventaja de comunicarse con el llano por un camino de herradura. Todo esto hizo decidirme por una pequeña hondonada de unas cincuenta hectáreas, situada a media legua de San Antonio, a orillas del arroyo Chiruá y a la espalda de la montaña de Nanú. En cuanto tuve el terreno elegido, nos pusimos en marcha Luisito y yo hacia Río Hacha para hacer los modestos preparativos de nuestra colonización.

El viaje de regreso fué menos accidentado que el de exploración; pero no dejó de ser penoso, sobre todo para mí, que, en las correrías por los montes, había usado varios pares de alpargatas de cuerda de agave, y tenía los pies deshechos y ensangrentados por las

piedras. Al final del segundo día llegué, cojo y sin poderme sostener, al pueblo de Dibulla; como me sentía incapaz de continuar la marcha, alquilé un *cayuco* para que nos llevara a Río Hacha. Por desgracia, el agua estaba bastante alborotada y no fué posible hacernos a la mar hasta pasados dos días, teniendo que refugiarnos en la cabaña del batelero, pobre leproso, cuya hospitalidad generosa no podíamos rechazar.

Cuando llegué a Río Hacha necesité más de un mes para reponerme de las fatigas.

Una vez terminados los preparativos de emigración, decidimos marcharnos Luisito y yo con los dos mulatos Mejía y Bornier, que querían ser miembros de nuestra colonia; don Jaime Chastaing debía quedarse para presenciar el embarque de los instrumentos de agricultura y los útiles necesarios para construir nuestras cabañas.

Juicioso por experiencia, elegí la vía marítima; pero, en contra de mis precauciones, el segundo viaje tenía que ser más rico en accidentes y más peligroso que el primero.

En cuanto hubimos pasado Punta Tapias, el viento arreció de tal manera que imprimió a la barca una velocidad extraordinaria; a pesar de los esfuerzos del barquero, el bongo danzaba a derecha e izquierda y cada ola lo llenaba de espuma. Muy pronto llegamos frente a Dibulla, donde debíamos desembarcar. Mantenernos por más tiempo en el mar y en tal embarcación era insensato; nos fué preciso dirigirnos resueltamente hacia la desembocadura del río Dibulla, exponiéndonos al naufragio. «¿Qué importa? —decía el patrón del bongo, hombre terrible, cuya cara parecía un odre negro con rayas amarillas—, ¿qué importa, con tal que yo me salve?» Cuanto más nos acercábamos a la orilla, más impetuosa era la corriente; las olas, cargadas de arena, nos perseguían rugiendo y, alcanzándonos, caían sobre nosotros como si fueran rocas; dejaban el bongo medio lleno de agua balanceándose como aturdido, y luego, otra más fuerte, venía con mayor ímpetu a empujarlo con infernal violencia. Por fin, en un choque más fuerte que los otros,

volcó la barca, y, sin saber lo que nos sucedía, fuimos todos arrojados en el más pintoresco desorden en medio de la arena de la embocadura. Así se desembarca una vez cada cuatro en el puerto de Dibulla.

Mi idea era alquilar a los aruaques, si ellos consentían, sus bueyes, que, nacidos y criados en la Sierra, son los únicos animales capaces de transportar pesadas cargas a través de ríos y pantanos; las bestias de carga, acostumbradas solamente a seguir los caminos del llano, resisten con dificultad al cansancio de tales viajes. Por una desgracia que yo debiera haber tenido en cuenta, ni un aruaque se encontraba entonces en Dibulla: no tuve más remedio que detenerme en este pueblo desgraciado, rodeado de pantanos infectos.

Dibulla, que según la tradición, fué a mediados del siglo XVI una ciudad populosa, no conserva ninguna de sus pasadas grandezas. Entonces se llamaba San Sebastián de la Ramada, y la causa de su ruina se atribuye a una contribución de doscientas mil pias-tras impuesta por Lerma, gobernador de Santa Marta en aquella época. En toda la extensión del río del mismo nombre, alrededor de la población, apenas si se encuentran algunas plantaciones, y las construcciones son bastante menos confortables que las de los aruaques. La primera que vi no tenía en pie más que dos murallas agrietadas, sobre las cuales descansaba una cubierta de hojas de palmera, retorcidas por el viento, como los restos de un naufragio; de las otras dos paredes que se habían venido abajo, ni siquiera se habían tomado la molestia de retirar los escombros. En medio de esas ruinas habitaba una familia; la mujer estaba ocupada en los quehaceres propios de su sexo y estado, y los niños jugaban al escondite por entre los muebles, mientras el padre, majestuosamente instalado en un gran sillón, contemplaba, al mismo tiempo que la Naturaleza, su puchero que estaba al fuego.

Por las calles de Dibulla pululan multitud de criaturas completamente desnudas, cuyo vientre, enormemente hinchado, llama la atención a primera vista. Casi todos los habitantes del pueblo, hombres o muje-

res, están atacados de elefantiasis, lepra u otras repugnantes enfermedades de la piel. Es imposible formarse una idea del aspecto horroroso de esas caras y cuerpos manchados como piel de salamandra. Cuando se mira a esos seres, que no puede negarse que pertenecen a nuestra raza, se siente uno orgulloso, no sólo de estar limpio, porque en ello no puede haber orgullo, sino de tener la debilidad de mirarse al espejo, como ellos mismos hacen con la mayor complacencia. A esas terribles enfermedades de la piel se junta, en la mayor parte de los pacientes, una hinchazón del bazo y del hígado, muy visible al exterior. Muchos de ellos contraen, además, la *jipatera* o geofagia, y comen con avidez tierra, madera, carbón y, sobre todo, pedazos de pizarra. El viajero granadino Ancizar, que observó esta enfermedad en otras partes de Nueva Granada, encontró una vez a un pobre indio que se entretenía en lamer una losa húmeda en donde había algunos pequeños fragmentos de pizarra. «No tengo pan —dijo el desgraciado—, pero la pizarra mojada está muy buena y lo sustituye.»

Al tercer día de mi residencia en Dibulla era ya presa de una terrible calentura. Las comadres del vecindario se reunieron en gran consejo alrededor del jergón donde estaba acostado, y pronunció cada cual su sentencia sobre mis probabilidades de vida o muerte: la opinión general fué que a los pocos días me llevarían al cementerio. Era cosa grave, en efecto, caer enfermo en un pueblo donde los únicos médicos son leprosos y comedores de tierra, en donde no conocen la química ni hay otros remedios que simples procedimientos empleados al azar, y en donde los insectos y otros animales nocivos pueden entrar. Más de una vez los lagartos penetraron en mi casa por las grietas de la pared y vinieron a visitar mi cama; uno de ellos, un gran lobo de dos pies de largo, anidó sobre mi pecho mientras estuve en el período del delirio. Un día mataron mis vecinos una serpiente de cascabel que estaba metida en una rendija de la cabaña que yo habitaba. Otro día, un jaguar devoró a un asno que había en un cobertizo que se comunicaba con mi choza.

Unos recién casados, a quienes las alegrías de la boda les hacía olvidar los sufrimientos del extranjero, fueron bastante crueles para convocar en la choza vecina a unos dulzaineros y amenizar la fiesta nupcial durante toda una interminable noche. Estos accidentes eran en sí poco agradables, pero tal vez me hicieran mucho bien recordándome el sentimiento de las cosas exteriores; cuando mi asociado don Jaime llegó de Río Hacha trayendo las drogas más indispensables, el período más fuerte de la fiebre había pasado.

Mi más asiduo visitante era el padre Quintero, cura de Dibulla. Se llamaba blanco, y tal vez lo fuera de origen, pero, sin embargo, era tan moreno como sus feligreses, y por sus costumbres no se distinguía en nada de sus fieles. En otro tiempo había sido cura de un pueblo de Sierra Nevada; pero, dominado por la funesta pasión del aguardiente, había conseguido que le faltaran al respeto hasta el punto de que un día un tímido aruaque soltara un par de garrotazos a su religiosa humanidad. Después, su querida, deseosa de volver a ver a sus amigos del llano, se le fugó, refugiándose en Dibulla. Inmediatamente abandonó su curato y se marchó en busca de su bella fugitiva, e instalándose en Dibulla, había impuesto, de grado o por fuerza, su dirección espiritual a todos los habitantes del pueblo. Hay que decir que el padre se hacía perdonar sus faltas por la franqueza y la jovialidad que le caracterizaban; era además muy desinteresado. Para mí tenía el mérito inapreciable de conocer la Sierra mejor que nadie en el mundo, y cuyos principales valles había explorado él solo.

Una de las debilidades del padre Quintero era la de creerse muy sabio, y raramente abría la boca sin meter en su conversación unos cuantos latinajos que sólo servían para conservar un poco su influencia en el pueblo. Cuando me abordó por primera vez me saludó con el título de *Dominus* y me recitó un pasaje de su breviario; pero, una risa irónica, le hizo, tal vez, suponer que yo sabía a qué atenerme sobre sus conocimientos lingüísticos, porque después ya no me interpeló en latín más que en momentos de olvido. A pesar

de las extravagancias del páter, debo confesar que su compañía y su trato me sirvieron de distracción durante las largas mañanas de sufrimiento; pero, por la tarde, cuando había empezado sus libaciones, el pobre hombre era completamente insoportable. Entonces me abrazaba, me hacía el confidente de sus disgustos domésticos, derramaba sobre mi cara lágrimas de emoción y exigía de mí la promesa solemne de odiar eternamente a los españoles, porque el «bárbaro general Morales» había fusilado a su padre. Por la noche era más molesto todavía: reunía a sus compañeros de embriaguez, y, so pretexto de cumplir con los deberes que impone la cortesía española con un caballero extranjero, organizaba a la puerta de mi choza unos coros estrepitosos que no tenían nada de musicales.

El primer período de mi convalecencia duró dos largos meses, durante los cuales don Jaime maldijo miles de veces su suerte negra, lamentándose de ser el hombre más desgraciado de la tierra. La verdad es que la suerte no le era favorable. Los aruaques, asustados por las amenazas de los tratantes, de los que nos creían competidores o jueces de sus exacciones infames, no querían cedernos a ningún precio sus animales de carga; uno sólo que se comprometió a transportarnos la caja de las herramientas la forzó en el camino, se llevó las que quiso y las demás las dejó abandonadas. Nos faltaba apelar al último recurso. Mandé a Luisito a casa de *Pan de leche* para que le relatara nuestra triste situación, hacerle conocedor de nuestros proyectos y rogarle que nos prestara sus bueyes y sus mulas para el transporte de los utensilios. Algunos días después, *Pan de leche*, personalmente, se presentó con su caravana.

La marcha se organizó inmediatamente. Convenimos en que don Jaime y yo saldríamos delante montados en las dos mulas, y Luisito y sus dos compañeros vendrían detrás al cuidado de las caballerías cargadas. El primer día de marcha, desde Dibulla a Cuesta Basilio, fué lo más feliz posible; pero por una de esas series de contratiempos que han dado lugar a tantos proverbios en todas las lenguas, el día siguiente no

debía pasar sin que nos sucediera algún grave accidente.

La mula que yo montaba se encabritó en un paso peligroso del camino y se negó a avanzar; la excité inútilmente; muy pronto se desplomó sobre las patas traseras, sus ojos se nublaron y empezó a agitarse con un temblor nervioso; no cabía duda que estaba atacada de una enfermedad, casi siempre mortal, conocida con el nombre de *derrengadura*.

Tenía que continuar mi camino a pie, porque don Jaime, cuyas piernas estaban hinchadas por las picaduras de los mosquitos, no podía tenerse en pie. Confiaba demasiado en mis fuerzas y continué mi marcha durante algunas horas; pero, debilitado por mi larga enfermedad, no pude resistir a la fatiga. Sentí poco a poco que la vida me abandonaba; de repente, todo ennegreció a mi alrededor y caí desvanecido en el suelo.

Cuando desperté, un continuo escalofrío sacudía mis miembros y me encontraba tendido a la orilla del camino sobre una cama de hojas de helecho; don Jaime construía sobre mi cabeza una pequeña cubierta de ramas y hojas. Me ofreció su cabalgadura, pero yo no la acepté; a su edad era muy peligroso quedarse expuesto a la tempestad; además, enfermo como estaba, me hubiese sido imposible llegar yo solo a San Antonio; era preferible, desde todos los puntos de vista, que se marchara él solo, lo más pronto posible, y que me enviara su caballería u otra cualquiera con un guía aruaque. Así lo comprendió, y, algunos minutos después, le vi desaparecer en una curva del camino.

Mi posición era crítica; el viento, precursor de la diaria tempestad, empezó a soplar; muy pronto agitaba la cubierta que don Jaime había construido como si fuera una débil rama. Las hojas que me cubrían desaparecieron, y el agua torrencial que arrojaban las nubes atravesaba la cubierta y me inundaba.

La noche llegó al fin, cesó el huracán, pero a éste sucedió un enjambre de zancudos; hice esfuerzos para reconciliar el sueño, pero la calentura me tuvo constantemente despierto. En cuanto los primeros resplan-

dores del día descendieron de las cimas de los montes, la espera, ese sentimiento tan penoso ordinariamente, me obsesionó por completo. Cada roce de ramas se cambiaba en un grito; los bramidos de los monos eran voces de amigos que venían a salvarme; los murmullos del torrente, saltando por las piedras, me parecían el galope de un caballo que no llegaba nunca.

De repente oí golpes y pasos en el camino pedregoso, y vi a un indio que venía por la parte del llano con sus bueyes de carga y su mujer, llevando un niño en la mochila. Al verme pareció agradablemente sorprendido por hallar a un blanco en tan lastimoso estado, y se situó frente a mí, sentado en una piedra, contemplándome largo tiempo con una sonrisa de satisfacción. Para él, ¿no sería yo, tal vez, uno de esos hombres execrables que venían a explotar a él y a sus hermanos, arruinándolos con las deudas y haciéndolos esclavos de un trabajo continuo?

Si los genios de Tairona me castigaban con las enfermedades y con la muerte, ¿no era bien justo que así fuera, puesto que había yo contribuido a destruir la humilde tribu de aruaques? Cuando creyó haber saboreado suficientemente su venganza, se alejó sonriéndose, y yo tuve la cobardía de verle desaparecer con sentimiento; el pobre indio animaba un poco mi soledad y me acompañaba durante mi eterna espera. Afortunadamente, poco después llegó Luisito con los dos mulatos, seguidos de los bueyes cargados con nuestros instrumentos de agricultura; eran amigos, casi salvadores aquellos hombres a quienes saludaba, que venían en mi ayuda; el que se quedó a mi lado, con sólo su presencia consiguió calmar grandemente mi calentura.

La tempestad del día había empezado desde hacía una hora, cuando tuve la alegría de oír los gritos de un aruaque que bajaba, montado en una mula, de lo alto de las montañas. En cuanto llegó, ocupé su puesto en la caballería y nos pusimos en marcha a pesar de la tempestad. El animal escaló las rocas, atravesó los torrentes y ríos y se dejaba caer resbalando, juntando sus cuatro patas por las bajadas arcillosas: yo me

sentí atacado del vértigo de los ensueños, no permitiéndome ni un solo movimiento. Por fin, a las diez de la noche llegamos a San Antonio, donde me tenían preparado un licor fortificante, una cama y un abrigo.

Había llegado al término de mi viaje, aunque con mucha pena, y creí, al fin, que la obra de colonización estaba seriamente empezada. Mil vanas ilusiones, evocadas en parte por la fiebre, flotaban en mi espíritu: veía las faldas de los montes cubiertas de plantaciones de café y de bosques de naranjos; los aruaques, libres y felices, fundando comunidades florecientes, escuelas para los niños indios, colonias de europeos roturando los bosques vírgenes, caminos abiertos en todas direcciones se veían llenos de carros y, ¿qué sé yo?, un servicio regular de vapores unía a Dibulla con el resto del mundo. Seguramente, todas esas cosas se realizarán un día; pero yo no debía influir para nada, y todas mis esperanzas estaban condenadas a evaporarse miserablemente.

En los primeros días todo marchó a pedir de boca. Yo estaba enfermo, es verdad, y no podía sino muy rara vez dar un paso fuera de la cabaña; pero don Jaime había empezado los trabajos con entusiasmo juvenil, y en dos puntos diferentes a la vez: en el mismo San Antonio, en un jardín casi abandonado que habíamos adquirido, y en Chirué, en el terreno elegido en mi primer viaje. Roturaban el terreno, plantaban plátanos, cafetos, caña dulce y legumbres de todas clases; arrastraban piedra hacia la pequeña meseta en que debíamos construir nuestra casa de pueblo, cortaban troncos para edificar nuestra choza en el campo; levantaban por varios lados barreras y cercos de cactus para impedir la entrada de los animales, e incendiaban las hierbas del prado; todo se hacía a la vez. Estaba verdaderamente asustado de tanta actividad, pero yo me sentía demasiado feliz con todo ese entusiasmo para manifestarle a don Jaime mi opinión contraria a tanta empresa, empezada al mismo tiempo.

No había pasado un mes completo, cuando ya el trabajo había disminuído notablemente. Todo empe-

zaba a disgustar a don Jaime, la tierra, el aire, los indios, las aguas, la agricultura. So pretexto de buscar mejores terrenos para la plantación, abandonó los trabajos en los prados de Chiruá y fué a empezar otros nuevos a media legua más lejos del pueblo. Muy pronto riñó con el joven Mejía, nuestro mejor obrero asociado, y sin despedirlo precisamente, porque era yo quien le había invitado a seguirnos, consiguió hacer que se marchara a fuerza de vejaciones y miserias. Y lo más grave de todo, es que se hizo hostil a los aruaques, lo cual nos exponía a morir de hambre, porque mientras crecían nuestros plátanos y demás plantas alimenticias, no teníamos otro remedio que tomar de ellos nuestras provisiones; sin la protección de *Pan de leche* nadie hubiera venido a cambiar sus artículos con nuestro bacalao y nuestra lana, y el hambre nos hubiera obligado muy pronto a bajar a Dibulla. La desesperación se apoderó de don Jaime; deploraba su lamentable destino, maldecía sus canas y le martirizaba la nostalgia de aquellas dulces tardes pasadas a la puerta del ingeniero Rameau. Por fin me anunció que nuestra asociación había terminado; hizo sus preparativos y se marchó.

¿Qué podía hacer yo, viendo aquel desastre de mis proyectos de colonización? Si yo hubiera tenido salud, los trabajos se hubieran continuado con arreglo a mis planes; pero tres meses después de mi llegada a la Sierra estaba tan enfermo como el primer día; no podía dar cien pasos ni tocar una gota de agua fría sin sentirme atacado por la fiebre, por el delirio. Las lluvias continuas de la temporada habían hecho fermentar el heno que servía de tejado a mi cabaña, y corrompía la atmósfera que me rodeaba; luchaba contra la muerte sin la seguridad de vencerla; de continuar solo, tenía que sucumbir fatalmente. No tenía otro remedio que partir. Y con una tristeza profunda abandoné a los pobres indios, tan bárbaros aún como el día que los ví por primera vez; me puse en marcha; poco después perdí de vista mi cabaña, mi plantación y el vasto prado de Chiruá; luego vi desaparecer, detrás de un esçalón de la montaña, el hermoso valle de

San Antonio, y, subiendo mi pobre caballo la senda pedregosa de Caracasaca, cesé de oír el murmullo del arroyo, cuya voz tantas veces había respondido a mis ensueños del porvenir. Algunos meses después estaba en Europa.

Al entrar en mi verdadera patria, me pareció haber llegado al país del destierro.

Epílogo

No se puede negar. Los primeros europeos que se establezcan en Sierra Nevada tendrán que correr muchos peligros y soportar no pocos fatigas antes de triunfar. Tendrán que sufrir las fiebres palúdicas; el crecimiento de los ríos y los pantanos impracticables impedirán frecuentemente el transporte de mercancías; la enemistad de los avaros tratantes les suscitarán graves contratiempos, y, durante mucho tiempo, no podrán gozar de otras relaciones que la de los aruaques. Pero estos obstáculos disminuirán gradualmente con el progreso de la colonización y, hasta cierto punto, serán una ventaja para algunos hombres decididos, porque les obligarán a luchar con mayor energía y esto les hará más querida la victoria. El agricultor estima poco a la Naturaleza y se la apropia sin entusiasmo cuando ésta se presta fácilmente a producirle cuanto desee. Las razas fuertes y felices no se desarrollan jamás sino por la lucha, así como lo cuenta la fábula antigua del jardín de las Hespérides, guardado por los dragones. Los sacrificios no son nada; lo esencial es saber si la finalidad los exige. «Es una gloria —decía el agrónomo Sinclair— haber hecho crecer dos matas de hierba donde sólo había una.» ¡Cuánto más glorioso es llevar la cultura donde no existe y roturar los primeros terrenos en países que, con el tiempo, serán pródiga patria de innumerables habitantes! Con el trabajo se crean los pueblos, y, como Deucalión, las piedras se transforman en hombres; en la tierra que se remueve germinan las futuras generaciones. Esta gloria, según mi opinión, bien puede comprarse al precio de algunos sufrimientos y algunas molestias pasajeras.

En los llanos y en las regiones montañosas de Nueva Granada hay millones de hectáreas aptas para el cultivo y son tierras fáciles de colonizar; pero a pesar de mi fracaso, continuó creyendo que Sierra Nevada de Santa Marta es uno de los países de la América española que más ventajas ofrece a la emigración latina. Este macizo de montes, separado de los Andes y del resto de Nueva Granada por valles profundos, lagunas y pantanos es excelente para contener una población que encuentre en él cuantos elementos necesite para su prosperidad: salubridad del clima, fertilidad del suelo, facilidades para el comercio. Grande, como la cuarta parte de Suiza, Sierra Nevada podría producir lo bastante para mantener fácilmente el mismo número de habitantes que esta República.

El precio de las tierras es nulo en las vertientes de la Sierra por el lado de Río Hacha. El precio nominal por hectárea de tierra, vendida por el Gobierno, es de setenta y cinco céntimos; pero, todo jefe de familia, granadino o extranjero, no tiene más que pedir una concesión de cuarenta hectáreas de tierra laborable, para que se le conceda inmediatamente, con el compromiso de ejecutar, sencillamente, un trabajo cualquiera en el espacio de dos años. Lo más frecuente es que los colonos no se tomen siquiera la molestia de esa pequeña formalidad y se establecen donde quieren, sin pedir concesiones ni adquirir ningún compromiso; se hacen propietarios por el derecho de ser los primeros en ocupar las tierras. Esta facilidad de obtener sin trabajo grandes concesiones podría tener funestas consecuencias, dejando yermos por muchos años terrenos inmejorables para el cultivo; pero, en la mayor parte de los valles de Sierra Nevada, este peligro es menos temible que en el llano, porque el suelo cultivable se compone de hondonadas cerradas, pequeñas mesetas y llanos limitados, formando porciones distintas, pudiendo habitar en cada una una familia.

La flora de Sierra Nevada es de una extrema riqueza, y tal vez no se halle otra región en el mundo entero, excepción hecha de la India y el Brasil, en donde las plantas ofrezcan una variedad tan grande. Los ve-

getales útiles se cuentan por centenares. Entre otros, se encuentra el *myroxylon*, o palmera de cera, el marvilloso árbol de leche, *galactodendron*, multitud de plantas tintóreas, hierbas medicinales del Antiguo y Nuevo Mundo, la camamila y la zarzaparrilla, la borraja y el ipecacuana, la achicoria y el bálsamo de Tolú. Nadie intenta buscar esas plantas medicinales en Sierra Nevada, y tienen que remontar, para hallarlas, el río Amazonas, a través de las montañas y soledades de la provincia de Mato-grosso. Por las dificultades de los viajes, estos remedios valen, en las farmacias de Europa, un dos o tres mil por ciento más que en el punto de producción.

Según el sabio botánico Mutis, en Sierra Nevada existen tres especies de *chinchonas* desde últimos del siglo XVIII, época en la cual fué descubierta este árbol cerca de San Antonio; los trastornos políticos han dejado caer en el olvido el conocimiento de tan importante hecho. Tal vez estos árboles sean poco numerosos, pero no sería difícil hacer plantaciones, y, sobre todo, seguir otro sistema diferente al de los peruanos, que derriban el árbol para despojarlo de su corteza. Se puede empezar a descortezar parcialmente el *chinchona* cuando cuenta cinco años, y, teniendo cuidado de desnudarlo sólo por un lado, se le puede conservar con vida tanto tiempo como los árboles no descortezados.

Las plantas que los aruaques cultivan son en número muy reducido: la caña dulce, el plátano, el hayo, la *turma* (patata común), el arracacha, la malanga, el boniato, el agave, el naranjo y el limonero. Cada indio posee una pequeña *bananeria*, casi siempre en el fondo de un barranco o en un puesto oculto, y allí siembra o planta todo lo que reclama el sustento de su familia durante el año. Cuando se ven las pequeñas dimensiones de estos campos se pregunta el viajero con estupefacción cómo el suelo es bastante fértil para que varias personas puedan mantenerse y aun les sobren productos para procurarse la chicha y otras bebidas.

El café, cuyo cultivo tan rápidamente se ha genera-

lizado en Nueva Granada, es una planta casi desconocida en la parte oriental de Sierra Nevada. Durante mi estancia en el valle de San Antonio no pudimos recoger más que unos trescientos ejemplares para nuestra plantación; no obstante, si las afirmaciones de los habitantes de la Sierra son verdaderas, la producción de café sería una maravilla. Con frecuencia los arbustos dan dos cosechas en el año y dicen haber recolectado hasta doce kilogramos de algunas plantas. Sea lo que fuere, no deben tomarse como tipo de producción estos hechos extraordinarios para hacer cálculos en tales circunstancias, porque yo he visto cafetales en los Andes en donde determinados cafetos producían cinco kilogramos de café mientras que englobada toda la plantación, apenas correspondía a medio kilo por planta. Suponiendo que la producción fuera poco más o menos la misma en Sierra Nevada, los beneficios serían aún considerables, a pesar de las dificultades de transporte. Los plantadores de cacao, vainilla y otras plantas industriales, cuyos productos tienen mucho más valor y menos peso, al ser exportados pueden contar igualmente con resultados favorables.

Recorriendo los valles de la Sierra se nota con extrañeza la considerable altura a que se pueden cultivar plantas tropicales; yo las he encontrado en altitudes que corresponden a los climas de Francia e Inglaterra y las he visto crecer perfectamente. En Cucuí, Estado de Santander, los plátanos y caña dulce producen abundantes y excelentes frutos a dos mil setecientos cincuenta y siete metros de altura. Este hecho, que quizá no está aclarado por los geógrafos, prueba que no es sólo superposición, sino también penetración recíproca de los climas estacionados en la falda de las altas montañas de la zona ecuatorial, lo que conviene estudiar. Una sola ráfaga de viento es suficiente para llevar los ardores del verano hasta el pie de las nieves o para hacer descender el aire de los hielos por los valles ardientes extendidos en la base de los montes.

Así se determinan, por la exposición y el abrigo, una diversidad infinita de climas parciales y una maravillosa variedad de plantas de todas las especies. Por su

posición transversal en la dirección de los vientos alisios, Sierra Nevada recibe mejor que las otras montañas las tibias caricias del calor tropical; además, exprime sin cesar, como un gigantesco laboratorio, la humedad que le llevan los vientos y los valles, a excepción de las vertientes meridionales en donde no se conoce el período de sequía.

Nada falta, pues, en Sierra Nevada sino una inmensa población que la conquiste para la agricultura, para la Humanidad.

Actualmente, estas montañas están tristes a pesar de su propia belleza. Cuando un viajero se encuentra solo en medio de sus valles, rodeado de vastos semicírculos de bosques y prados, y no ve en el inmenso espacio más que algún buitre, solitario como él, describiendo grandes círculos sobre su cabeza, siente su corazón oprimido por dolorosa angustia. La Naturaleza virgen es hermosa seguramente, pero sugiere tristezas infinitas; lo que se necesita para hacerla alegre es fecundarla, poblándola de campos y de pueblos, milagro que sólo los hombres trabajadores podrán realizar.

Y no es solamente Sierra Nevada la que pide brazos a Europa y al resto del mundo: toda la Nueva Granada necesita colonos. Es, pues, preciso trabajar por la defensa de un país tan hermoso, tan admirablemente provisto de todas las riquezas del mundo. En otro tiempo, miles de españoles dieron su vida para conquistar ese mundo que Cristóbal Colón hizo surgir del seno de los mares, como otro planeta acoplado al nuestro; actualmente, parece que Nueva Granada nos sea más indiferente que les fué a los conquistadores hace tres siglos. Sin embargo, este Eldorado no es sólo el país del oro, es también el de la felicidad para cuantos saben apreciar la libertad. En nuestra caduca Europa, las viejas tradiciones de los tiempos bárbaros y de la Edad Media imperan todavía, y, desde el fondo de sus tumbas, los muertos gobiernan aún a los vivos. Por otra parte, la abundancia de población obstruye todo lo nuevo llegado por las vías de felicidad y bienestar; demasiado estrechos en nuestro continente, no podemos andar un paso sin poner los pies en la «propiedad

ajena», y, por la fuerza misma de las cosas, sólo podemos conquistar nuestra felicidad en detrimento de la de nuestro prójimo. Murallas, barreras, cercos, reglamentos y restricciones, todo nos encierra como los pliegues de un río infernal. Hasta los que se creen libres habitan una cárcel estrecha en la cual apenas pueden moverse y en donde el pensamiento se marchita antes de florecer. Allá, en la joven República americana, no hay ningún desgraciado en el gran banquete de la vida; la fecunda tierra alimenta generosamente a todos sus hijos y el aire de la libertad inflama todos los pechos. Tal vez, en medio de esta naturaleza virgen, los hombres rejuvenezcan también; tal vez los ciclos de la historia no sigan siempre, como animales encadenados, su acostumbrado círculo.

FIN

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO	5
I.—Colón-Aspinwall.—Camino de hierro de Panamá	5
II.—El «Narciso». — Porto Bello. — Los indios. — El golfo de Auraba	19
III.—Cartagena de las Indias.—La Popa.—La fiesta	33
IV.—El capitán de papeles.—Savanilla.—El Bongo.—Barran- quilla	43
V.—Los Caños.—La Ciénaga.—Gaira	55
VI.—Santa Marta	69
VII.—Los alrededores de Santa Marta.—El Horqueta.—La azu- carera de Zamba.—El médico hechicero	83
VIII.—San Pedro.—Minca.—El plantador filósofo.—Los correos	97
IX.—El círculo francés.—La colonia extranjera	107
X.—Río-Hacha	115
XI.—Los indios guajiros	127
XII.—El médico cazador.—La cuesta de San Pablo.— El Ran- chería.—Sierra Negra	139
XIII.—La caravana.—El paso del Enea.—El Pantano.—Las plagas del Volador	151
XIV.—El cacique Pan de leche.—Los aruaques.—El Mamma ...	165
XV.—El naufragio.—La enfermedad.—La derrota	177
XVI.—Epílogo	180



